

charles Hadushin

¿quiénes son los intelectuales norteamericanos de élite? *

Hay casi tantas obras acerca de los intelectuales como intelectuales.¹ Naturalmente, los intelectuales son maestros de la palabra y con frecuencia utilizan esa maestría para escribir sobre sí mismos. De modo que es muy posible que aparte de los jugadores de pelota y las actrices, los intelectuales sean las gentes más publicitadas en los Estados Unidos. En esa literatura hay opiniones ampliamente divergentes sobre quién puede ser considerado un intelectual, y mucho más un intelectual de élite. En su mayor parte las obras acerca de los intelectuales siguen un modelo. Casi la mitad de la obra se dedica a una definición de quién debe ser incluido bajo el título de intelectual. A menudo se hace referencia al desarrollo del término *intelligentzia* en la Rusia del siglo XIX. Luego se presentan argumentos referentes a la viabilidad del término; en la actualidad, ¿debemos considerar intelectuales a todos los "trabajadores intelectuales", de los ingenieros a los poetas? Una vez resuelto el problema de la definición, se discuten las características de los intelectuales: ¿los intelectuales de hoy son jóvenes o viejos? ¿Se hallan todos los intelectuales norteamericanos en la ciudad de Nueva York o se han dispersado por el país debido al

* Tomado de: *The American Intellectual Elite*, Charles Hadushin, Boston, Little Brown Company, 1974. Una versión de este capítulo apareció con el título "Who Are the Elite Intellectuals?", en *The Public Interest*, núm. 29, otoño de 1972.

¹ Es imposible examinar sistemáticamente en una obra de esta clase toda esa literatura.

crecimiento de las universidades? ¿Hay un núcleo interno o familias de intelectuales que gobiernan el gallinero? ¿Es verdad que la mayoría de los intelectuales son judíos? ¿Existe un sistema bicultural o tricultural en el que los científicos y tal vez los científicos sociales se hallen exiliados a un mundo aparte de la élite literaria? Después de resolverse sobre estas características, el desenlace consiste en un ataque o una defensa del papel de los intelectuales: son suficientemente críticos o excesivamente críticos del “sistema”, son un clero que defiende los valores actuales o una ola revolucionaria con ideas y valores nuevos y mejores, o tal vez el problema es que han perdido el rumbo y sólo contemplan su propio pequeño mundo intelectual sin importancia.

Definiciones del “intelectual”

Muchos de los descubrimientos y buena parte de la controversia dependen de cómo se enfoque la definición del término “intelectual”, de manera que seguiremos la fórmula desde el comienzo y dedicaremos algún tiempo a las definiciones. Mientras que hay considerable discusión acerca del momento preciso en que apareció el término y pudo ser aplicado con propiedad a un grupo de personas, no se discute que el término **intelliguentzia** se originó en Rusia en el siglo XIX y se refería, esencialmente, a personas que:

1. Se ocupaban de asuntos de interés público;
2. Sentían una responsabilidad personal por el Estado y solución de esos problemas;
3. Tendían a ver las cuestiones políticas y sociales como cuestiones morales, y
4. Se sentían obligados a hacer algo tanto en la vida como en el pensamiento.²

El término “intelectuales” aparece en el **Manifeste des Intellectuels**³ del 14 de enero de 1898, publicado en *L’Aurore* en protesta contra el proceso **Dreyfus**. Su forma resultaría familiar a los lectores de peticiones sobre la guerra de Vietnam⁴ y entre los signatarios se incluían Zolá, Anatole France, Proust, León Blum y

² Parafraseado de Michael Confino, “On Intellectuals and Intellectual Tradition in Eighteenth and Nineteenth Century Russia”, en *Daedalus*, núm. 101, primavera de 1972, p. 118. Este ensayo es el mejor que he hallado sobre el tema.

³ Frédéric Bon y Michel-Antoine Burnier, *Les Nouveaux Intellectuels*, Paris Ediciones Cujas, 1966.

⁴ Para un estudio de los signatarios de estas peticiones, ver Everett Carl Ladd, “Professors and Political Petitions”, *Science*, núm. 163, 28 de marzo de 1969, pp. 1425-1430.

otros a los que llamaríamos intelectuales. Actualmente, Fyvel⁵ ha observado que el término es de uso más corriente en los Estados Unidos que en Gran Bretaña.

La historia del término "intelectual" es interesante, pero en cierto modo carece de importancia para nuestros fines, puesto que el papel del intelectual siempre ha existido independientemente del término. Seguramente durante el siglo XIX en los Estados Unidos algunos clérigos desempeñaron papeles de intelectuales. Éstos florecieron durante la Ilustración, fueron el sello de la Reforma y del Renacimiento y el orgullo de la antigua Grecia y el judaísmo rabinico. Aun en las sociedades sin escritura, las funciones intelectuales eran un aspecto importante del papel del chamán o médico-brujo. Es evidente que se trata de una función que en diferentes sociedades es designada por diferentes palabras. Puesto que nuestro interés principal se halla en los Estados Unidos contemporáneos, debemos dedicar atención a los procesos particulares por los que algunas personas adquieren el rótulo de intelectuales de élite.

Aunque con frecuencia hablamos del intelectual de élite como si fuera una persona, el intelectual es un papel social, porque nadie es totalmente un intelectual.⁶ Algunas personas dedican la mayor parte de su tiempo a representar ese papel, otros le dedican menos, y algunos no están en absoluto en esa competencia. No es preciso discutir si los científicos atómicos son tan intelectuales como los críticos literarios. Más bien es preciso considerar por qué, en condiciones diferentes, personas que desempeñan ciertos papeles ocupacionales también desempeñan el papel de intelectuales.

Los papeles sociales pueden definirse en términos de su posición en la sociedad, las funciones generales que desempeñan, su tipo de producción específica y su rango en el sistema de estratificación. Si preferimos definir a los intelectuales norteamericanos en términos de su posición, podríamos decir que todos los graduados universitarios son intelectuales o, en forma más limitada, que los 400 mil profesores universitarios de tiempo completo lo son o, en forma aún más limitada, que sólo los 15 que gobiernan **Commentary**, **Partisan Review** o la **New York Review of Books** son intelectuales. Si nos interesa la función, podríamos decir que los intelectuales son quienes someten a una crítica básica a la sociedad y sus ideas.⁷ Además podemos ser más o menos elitistas según seamos más o menos exigentes respecto a la especie de

⁵ T. R. Fyvel, *Intellectuals Today: Problems in a Changing Society*, Nueva York, Schocken, 1968.

⁶ Robert K. Merton, "The Intellectual in Public Bureaucracy", *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, Free Press, 1967.

⁷ Lewis Coser, *Men of Ideas*, Nueva York, Free Press, 1965, p. x.

crítica que consideramos. La mayoría de las definiciones del intelectual incluyen algo acerca del **contenido** de las ideas intelectuales; es decir, la producción de los intelectuales. Por ejemplo, se dice que los papeles que se ocupan de ideas abstractas son papeles intelectuales.⁸ La mayoría de las definiciones del intelectual utilizan dos o tres de estas características del papel y tienen una tendencia elitista. Por ejemplo, podrían ser intelectuales aquéllos cuya principal ocupación los obliga a tratar ideas abstractas de alta calidad.

En nuestra búsqueda de la claridad, comencemos por lo que parece ser común a varias definiciones de los intelectuales —la naturaleza— de su producción. Según Parsons⁹ y Nettl,¹⁰ que parecen estar en desacuerdo en todo lo demás, el papel intelectual se preocupa en primer término de la cultura, especialmente de ese aspecto de la cultura que se ocupa de los símbolos que dan significación a los objetos y a las acciones. Max Hadushin llama a ese tipo de símbolos que expresan alguna aprehensión moral de la experiencia y la acción “conceptos de valor”.¹¹ Los conceptos de valor incluyen términos como “los derechos del hombre”, “la libertad de palabra”, “la justicia” y otros por el estilo. Como esos símbolos se definen esencialmente en su aplicación antes que en cualquier formulación abstracta, cualquier miembro de la sociedad que conozca los términos puede manipularlos con bastante facilidad. Precisamente debido a que los conceptos de valor pueden aplicarse tan fácilmente a una variedad de situaciones, la mayoría de las sociedades tienen un grupo relativamente pequeño de personas, llamadas intelectuales, que son creativamente expertas en hallar la relación de un concepto de valor con otro y en rastrear el uso y la aplicación de estos conceptos en la tradición de una sociedad.

El papel intelectual subraya siempre la alta calidad y la creatividad y, por lo tanto, con frecuencia se confunde con la inteligencia superior de cualquier clase. El papel de poeta, crítico literario, artista y otros semejantes exigen esa creatividad e

⁸ Seymour Martin Lipset, *Political Man*, Nueva York, Doubleday, 1960, p. 311.

⁹ Talcott Parsons, “The Intellectual: A Special Role Category”, en *On Intellectuals: Theoretical, Case Studies*, Nueva York, Ed. Philip Rieff, Doubleday, 1969, p. 4. En un libro publicado después de escrito esto, Parsons y Gerald Platt, *The American University*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1973, definen “intelectual” en forma más estrecha, diferenciando claramente el papel del intelectual del académico. Su uso del término y su análisis en el capítulo 6, “The University and the ‘Intellectuals’” es similar al nuestro.

¹⁰ J. P. Nettl, “Ideas, Intellectuals and Structures of Dissent”, en *On Intellectuals...*, *op. cit.*, p. 81.

¹¹ Max Hadushin, *The Rabbinic Mind*, Nueva York, Blaisdell, 1965, pp. 1-7, 107-111.

inteligencia superior, y además son papeles que otorgan una alta prioridad al manejo de símbolos de significación.¹² Si bien los símbolos del arte y la literatura no son necesariamente términos de valor, sí tienden a evocar una experiencia estética —y la estética es evidentemente un asunto de significación. Como los papeles literarios y artísticos se ordenan en torno a la significación, en la mayoría de las sociedades los literatos y artistas son considerados intelectuales, y con frecuencia se puede encontrar a intelectuales en carreras literarias o artísticas; por lo menos, artistas y literatos tienden a moverse en los círculos intelectuales.

Una interpretación del argumento de las “dos culturas” de C. P. Snow¹³ es que a pesar de la elegancia intelectual de la ciencia y el alto grado de creatividad que exige, los científicos no son considerados habitualmente intelectuales. Aunque Snow lamenta ese hecho, mientras que otros insisten en que la ciencia es efectivamente artística, su argumento de que la ciencia es algo distinto de la literatura, el arte y la política es básicamente válido. En la medida en que la ciencia es neutral en cuanto a los valores, y en la medida en que no le preocupa directamente la estética, no se ocupa del significado y la significación.¹⁴ Por cierto, hay científicos contemporáneos —por ejemplo Einstein, Russell, Oppenheimer o Commoner— a quienes la mayoría de las personas mencionaría como habiendo desempeñado papeles intelectuales. Pero eso se debe a que, además de sus papeles como científicos, se han ocupado de asuntos ampliamente relacionados con problemas humanos. En la medida en que los científicos participan, o incluso inician, en debates públicos sobre problemas tales como la radiación, la energía atómica o la calidad del ambiente, desempeñan papeles intelectuales, pero sobre esto volveremos pronto.

Los conceptos de valor pueden aplicarse en una serie de zonas ampliamente diferentes de la vida, porque no hay zona de interés o actividad humana que no sea gobernada por valores. Por lo tanto, el experto en valores es también un generalista. En esta opinión no hay intelectuales que desempeñen exclusivamente un papel de

¹² Hadushin, *Rabbinic Mind*, pp. 111-112. Los signos significativos pueden ser tradicionales. Ver Juan Linz, “Intellectual Roles in Sixteenth- and Seventeenth-Century Spain”, en *Daedalus*, vol. 101, verano de 1972, pp. 59-108, por un análisis de “intelectuales identificados con un orden, religioso o político”.

¹³ Sir Charles Percy Snow, *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 1959, especialmente “Intellectuals as Natural Luddites”. Véase también la discusión de Snow y otros en el *Times Literary Supplement*, 25 de octubre de 1963.

¹⁴ Parsons no sigue estrictamente su propia definición, pues incluye a las ciencias en su examen de los intelectuales, aunque en su libro *The American University* se ve a los científicos desempeñando un papel distinto del de los “intelectuales”.

especialista estricto. Finalmente, el generalista creativo intenta comunicar sus descubrimientos a una variedad de otros que piensa que lo comprenderán. Estas consideraciones nos dan un esbozo de definición: un intelectual de élite es alguien experto en tratar ideas generales de alta calidad referentes a cuestiones de valores y de estética y que comunica sus juicios sobre esos temas a un público bastante general.¹⁵

La función de círculos y periódicos

Pero, ¿quién o qué puede decir que una persona es un experto y que sus ideas generales sobre los valores de la estética son de alta calidad?

Para empezar, la calidad es algo que sólo puede ser determinado por sistemas sociales; es decir, por personas que actúan con certeza. Como lo sugieren las olas sucesivas de modas artísticas y literarias, lo que un grupo considera alta calidad no es necesariamente lo mismo para otro. La preocupación por la calidad se halla también íntimamente vinculada al proceso de comunicación, porque sólo mediante la amplia comunicación de una idea puede ser estimado por otro su mérito. Obviamente, personas que no son expertos no pueden estimar el mérito de las comunicaciones de los expertos. La evaluación de los colegas es esencial en todas las empresas que manipulan abstracciones de alto nivel. Esta evaluación se halla institucionalizada en forma muy elaborada en la ciencia y las profesiones. Sólo los científicos pueden determinar si

¹⁵ Aunque hemos llegado a ella en forma distinta, nuestra definición tiene mucho en común con la de Edward Shils, **The Intellectuals and the Powers**, Chicago, University of Chicago Press, 1972, p. 3.

En toda sociedad, sin embargo, hay personas con una sensibilidad inusual para lo sagrado, una tendencia rara a la reflexión sobre la naturaleza del universo y las reglas que gobiernan la sociedad. En toda sociedad hay una minoría de personas que, más que los hombres corrientes, son inquisitivas y desean estar en comunicación frecuente con símbolos más generales que las situaciones concretas inmediatas de la vida cotidiana y remotos en su referencia al tiempo y al espacio. En esa minoría existe una necesidad de exteriorizar esa búsqueda en discurso oral y escrito, en expresión poética o plástica, en reminiscencias históricas o literatura, rituales y actos de culto.

Shils señala también que los intelectuales cumplen necesidades sociales y no sólo propias: "habría intelectuales en toda sociedad aún cuando no hubiera intelectuales por inclinación" (página 5).

Sin embargo creo que mi uso del concepto de significación resume más claramente las preocupaciones de los intelectuales. Shils define también a los intelectuales en forma mucho más amplia que yo, por lo menos en este trabajo.

otra persona es o no un científico.¹⁶ Sólo los colegas pueden evaluar las calificaciones o la excelencia de un médico o de un abogado. Así la definición operacional de "médico" dice que es una persona a la que otros médicos consideran médico. En forma semejante, un intelectual de élite es simplemente una persona a quien otros intelectuales de élite consideran un intelectual de élite.

Esta forma de identificar a los intelectuales no es tan circular como parece. Cada campo tiene un método regular para certificar a sus miembros. Hay juntas de médicos y comités universitarios de científicos. Se podría discutir que en los Estados Unidos contemporáneos "la junta" o el "comité examinador" que admite a una persona a la situación de intelectual de élite, es la junta editorial del periódico intelectual. Un intelectual prominente es simplemente cualquier persona que escribe regularmente para los periódicos intelectuales prominentes y/o cuyos libros se reseñan allí. Mientras que el número concreto de apariciones en esos periódicos está, como veremos, profundamente relacionado con el prestigio intelectual, no es el único indicador. Hay algunos intelectuales muy destacados que sólo en forma muy infrecuente escriben, sin embargo son sumamente estimados por el ambiente o el círculo que rodea a la mayoría de esos periódicos intelectuales. En realidad, durante muchos años, el círculo era la llave de la certificación de los intelectuales. Examinemos más cuidadosamente este asunto de los círculos y las redes.

La moderna división del trabajo tiende a meter a la fuerza a los papeles dentro de límites ocupacionales estrictamente definidos, mientras que el intelectual afirma hablar de temas significativos y de importancia para una amplia gama de intereses y comportamiento humanos. La afirmación de que los intelectuales desarrollan una discusión de alta calidad sobre esos asuntos, sin embargo, implica también que debe existir alguna estructura social que separe el grano de la paja. El intelectual parece desorganizado, si no imposible de organizar, principalmente porque su modo de organización no sigue la estructura social más común en la vida moderna: la organización formal, tal como la ejemplifican los negocios, las fábricas y las universidades. Más bien, la forma característica de organización social intelectual es el círculo social

¹⁶ Desde cierto punto de vista, la certificación es todo el juego en la ciencia. Por un sofisticado examen de las muchas facetas del reconocimiento de la excelencia en las ciencias, ver Harriet Zuckerman, "Stratification in American Science", en *Sociological Inquiry*, núm. 40, 1970, pp. 235-257; **Scientific Elite: Studies of Nobel Laureates in the United States**, Chicago, University of Chicago Press, 1972, y Robert K. Merton, "Patterns of Evaluation in Science: Institutionalization, Structure and Functions of the Referee System", en *Minerva*, núm. 9, enero de 1971, pp. 66-100.

—una red de relaciones muy suelta que, sin embargo, controla y dirige a los intelectuales y la expresión intelectual.

Un círculo social tiene tres características: aunque puede tener un núcleo central de figuras notables, no tiene jefatura formal, porque no tiene papeles formales; las relaciones entre miembros no están institucionalizadas, aunque pueden desarrollarse algunas formas tradicionales; más importante aún, no obstante que algunas relaciones son directas, otras son indirectas (es decir, los miembros pueden estar unidos por una cadena en la que A se relaciona con B, quien a su vez se relaciona con C).¹⁷

Los miembros de un círculo se relacionan uno con otro debido a un interés que tienen en común. Esos intereses pueden ser económicos, políticos, culturales o personales. La presencia de un interés común distingue a un círculo de una red latente, en la que las cadenas pueden consistir en una cualidad o propiedad vinculadora que no es evidente en el momento a los miembros de esa red. Esto da como resultado el fenómeno del “mundo pequeño”.¹⁸ Para cualquier fin determinado —por ejemplo, encontrar a una persona desconocida con determinadas cualidades— es posible activar una red latente tal que aun en una sociedad de masas la distancia promedio de cualquier “blanco” dado es de alrededor de siete individuos. Como en todas las redes, sin embargo, el alcance completo de cualquier círculo no puede ser visible para ninguno de los participantes, hecho que lleva a la característica negación por parte de muchos intelectuales de su pertenencia a cualquier “grupo”.

Esa forma suelta de un círculo social se adapta a los requerimientos de la organización de la vida intelectual: es preciso clasificar ideas e individuos, comunicar nuevas ideas y formar opiniones que crucen las fronteras de las organizaciones formales individuales y aun las de distintas áreas institucionales. Además esa estructura suelta cumple el requisito de prestar alguna mejor atención a las nuevas ideas que a otras más formales, que tienden a asociar las ideas con posiciones sociales ya arraigadas.

En la medida en que todas las instituciones sociales sirven a necesidades sociales, resuelven problemas sociales o producen

¹⁷ Por una discusión más amplia de la teoría y los métodos de los círculos y redes sociales de Charles Hadushin, “The Friends and Supporters of Psychotherapy: On Social Circles in Urban Life”, en *American Sociological Review*, núm. 31, diciembre, 1966, pp. 786-802, y “Power, Influence and Social Circles: A New Methodology for Studying Opinion-Makers”, en *American Sociological Review*, núm. 33, 1968, pp. 685-699.

¹⁸ Stanley Milgram, “The Small-World Problem”, en *Psychology Today*, núm. 1, 1967, p. 1. Jeffrey Travers y Stanley Milgram, “An Experimental Study of the Small-World Problem”, en *Sociometry*, núm. 32, diciembre, 1969, pp. 425-443.

consecuencias sociales, en esa medida tienen historia. Los círculos sociales de intelectuales han surgido de circunstancias históricas particulares que han conformado su naturaleza y su estructura. En particular, a medida que se desarrollaba la sociedad industrial occidental, la función de los círculos en la definición de los principales intelectuales ha sufrido cambios considerables.

En los últimos 200 años ha habido tres tipos principales de círculos sociales no religiosos entre los intelectuales. Algunos se ocuparon principalmente de valores políticos, otros de valores de estilo de vida culturales, y algunos de ambos. (El cuarto tipo lógico, que no se ocupa ni de la política ni del estilo de vida, cubre una amplia gama de posibilidades, incluyendo la religión, pero aquí no nos interesa.) El círculo puramente político dio nacimiento al revolucionario cabal clásico; el círculo preocupado puramente por el estilo de vida dio nacimiento al bohemio clásico; el tercero existió como salón político literario cultural clásico. Este último, debido a ser el menos especializado, era el que disfrutaba de un prestigio más alto. Por "clásico" entendemos, por supuesto, el salón de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, porque la aparición de los papeles intelectuales como papeles intersticiales —es decir, un papel que cabe en los intersticios de las estructuras formales— sólo se hizo evidente cuando el resto de la sociedad se segmentó, como resultado de la revolución industrial, y de la decadencia de la iglesia y la nobleza como factores de integración.¹⁹

Nuevos estilos de los que hoy llamamos política **antiestablishment**, que surgieron tanto en Inglaterra como en Francia en el siglo XVIII, exigieron formas sociales más flexibles. Lo mismo sucedió con una producción artística de alto nivel, que empezó a romper con los arreglos institucionales establecidos para la distribución, el juicio y la apreciación del arte.

Aunque los diversos tipos de círculos sociales tienen características algo diferentes, se entrecruzan. La red bohemía se extiende a lo político, y ambas se encuentran con el salón literario-político. En los Estados Unidos el salón de Mabel Dodge de la Primera Guerra Mundial es un ejemplo clásico. Parte de la razón para la intersección de esos círculos es el hecho de que surgieron como consecuencia de factores comunes y, como resultado de ello, cada uno sirvió como lugar de reclutamiento para los demás.

Tal vez la razón más sencilla de esa intersección fue el tamaño. Comparados con los círculos modernos, el hecho más destacado sobre los círculos intelectuales clásicos era su tamaño absoluto

¹⁹ Por una historia informal de círculos sociales de varios tipos, ver Coser, *op. cit.*

relativamente pequeño y el número relativamente pequeño de tales círculos, cada uno de los cuales extraía sus miembros del mismo grupo de intelectuales. El siglo XIX contempló una enorme explosión del número de personas que podían aspirar a llamarse intelectuales. (El único intento serio de establecer un censo fue realizado por los pintores franceses Harrison y Cynthia White, quienes llegaron a la asombrosa cifra de cuatro mil pintores serios.)²⁰ Y fue precisamente esa explosión lo que otorgó tal importancia a la formación de círculos, porque las nuevas grandes cifras dificultaron las comunicaciones y la evaluación. Sin embargo el número de personas involucradas, así como el número de círculos, parecen minúsculos cuando se comparan con la situación contemporánea en los Estados Unidos.

La pequeñez tenía otras consecuencias importantes. El largo de las cadenas era relativamente escaso y la mayoría de las personas se conocían directamente o por lo menos a través de una persona. Tanto para los salones como para los círculos políticos revolucionarios el carácter directo de la mayoría de las relaciones permitía evaluar ideas y personas con más facilidad. El salón podía crear reputaciones directamente. La red estrecha de estos dos tipos de círculos se adaptaba también a su forma de organización bastante jerárquica. Aunque esta jerarquía no era burocrática, aún era posible juzgar el orden relativo dentro de un círculo político o cultural. La bohemia clásica (ahora recordada en ausencia por el dicho "La Rive Gauche –o Greenwich Village– no es lo que solía ser") no tenía la misma organización jerárquica, ni su red era tan estrecha. Una de las diferencias entre el estilo de vida bohemia y el estilo de vida burgués de la mayoría de los círculos políticos y culturales era el valor bohemio de que la ejecución no puede ni debe ser evaluada –o como lo diríamos hoy, la importancia de "seguir la propia onda". La escasez de evaluación rigurosa tiende a producir una estructura social más suelta. Es por esta razón que los círculos culturales y políticos siempre han vacilado en conceder a los bohemios derecho a la situación o a las realizaciones intelectuales.

El tamaño pequeño resolvía uno de los problemas más importantes de un círculo social: la construcción de alguna clase de marco. Debido a su naturaleza efímera, todo círculo social necesita una especie de clavija de la cual colgar las relaciones sociales. El

²⁰ El cálculo mínimo (alrededor de 1863) es de 3 000 pintores reconocidos de sexo masculino en París, y de otros 1 000 en las provincias. Los pintores ocasionales y los artistas profesionales de otros campos que pintaran algo fueron excluidos. Ver Cynthia y Harrison White, *Canvases and Careers*, Nueva York, Wiley, 1965, p. 83.

círculo social no dispone de contratos, ni de relaciones tradicionales, ni de productos formales para cimentar su estructura. Por eso los círculos siempre crecen en torno a alguna estructura formal u organización o personaje carismático existente, aunque también tienden a formarse estructuras formales en torno a círculos sociales. La fuente de cohesión inicial puede ser tan insignificante como el Café des Deux Magots o tan central como Madame de Staël. En un círculo pequeño el cemento es menos importante, porque la red de relaciones sociales pronto puede reemplazar a un centro formal. En la medida en que los centros bohemios clásicos tenían alguna forma, el principal cemento era la geografía o la ubicación de determinado café o calle. El salón clásico era mantenido por mujeres notables. Los círculos políticos clásicos con frecuencia se basaban en líderes carismáticos. A fines del siglo XIX, sin embargo, esas formas menos formales habían sido reemplazadas generalmente por otras más formales.

La bohemia (ahora conocida a veces en sus varias transformaciones como **the scene, the underground o the movement**) nunca se ha librado del todo de su carácter amorfo. Intersecta grupos de interés o de ocupación en las artes, el cine y la música, en forma no muy distinta de como lo hacen grupos de interés de la sociedad de clase media más amplia; esos grupos interseccionales se han convertido en puntos de reunión de diferentes círculos bohemios. Las drogas, por supuesto, tienen un mecanismo interconstruido que asegura cierta forma de "contacto" social. Tal vez debido a que, por su propia naturaleza, la bohemia nunca ha tenido pautas de realización propias bien definidas, el "éxito" alcanzado a través de la fama en la sociedad de la clase media ha servido frecuentemente como clavija para círculos que se presentan como la **scene**. Norman Mailer, Andy Warhol y Joan Báziz tienen cada uno un círculo formado en torno a ellos o a sus cultos.

El fracaso de la Comuna de París en 1871 marcó el comienzo del fin de los círculos sociales políticos reunidos exclusivamente en torno a líderes carismáticos y oradores callejeros locales. En la primera parte del siglo XIX era más fácil que surgieran movimientos políticos de círculos sociales que lo contrario. Después de Lenin las cosas cambiaron, aunque los círculos siempre siguieron vinculados a partidos ideológicos. Si bien el arte de hallar "compañeros de camino" llegó a un punto muy fino en la década de los 30's, hasta los grupos políticos más organizados han tenido siempre una especie de penumbra de redes de círculos sociales a su alrededor. Hasta la depresión, sin embargo, esas redes eran más características de Europa que de los Estados Unidos. Naturalmente es difícil para los fabianos resolver qué era más importante —el círculo social o la organización política formal. Empero la formali-

zación del partido comunista durante cuarenta años ha visto, como reacción, un regreso por muchos a formas más sueltas de organización radical, llamadas la **New Left**, aunque el puro tamaño de la sociedad actual hace más difícil mantener esas formas más sueltas. En la actualidad, como veremos, el fracaso de la **New Left** ha contribuido a acentuar el carácter amorfo de la vida intelectual.

Si los franceses inventaron el salón, los británicos inventaron su equivalente moderno más formal, el periódico literario político. Uno de los primeros ejemplos fue la **Edinburgh Review** que describe Lewis Coser, fundada en 1807 por un grupo de abogados sumamente instruidos pero pobres, descontentos con la vida intelectual y sus propias oportunidades profesionales. Esos intelectuales estaban vinculados con el renacimiento escocés del siglo XVIII. Varios de ellos conocían a Adam Smith, William Robertson, Robert Burns y David Hume. La mayoría había escuchado a Dugal Stewart, profesor **whig** de Filosofía Moral en la Universidad de Edinburgo. La mayoría eran miembros de la Sociedad Especulativa de la Academia de Física,

donde los jóvenes intelectuales de la Universidad de Edinburgo y sus alrededores discutían reformas legales, temas literarios y ciencia... [ellos] tuvieron allí ocasión de encontrarse en íntimo contacto personal intelectual antes de la fundación de su revista y al mismo tiempo de renovar sus vínculos con personas mayores que encarnaban la tradición que ellos esperaban conservar en el esfuerzo mismo por renovarla. Habían confirmado sus opiniones respectivas, discutido sus puntos de acuerdo y diferencia y formado lentamente una visión común a través de sus relaciones en una atmósfera intelectual por otra parte hostil.²¹

En años posteriores, cuando el periódico ya estaba establecido y había alcanzado una circulación de 15 mil ejemplares, leídos cada uno por tres personas que en conjunto representaban "a prácticamente todas las personas acomodadas que tenían la cultura suficiente para leer", la revista formó la superestructura en torno a la cual se agrupó un salón literario político. Como lo describe Coser, la situación era ya algo diferente de la primera etapa de salones de relaciones directas reunidos en torno a cafés de Londres en el siglo XVIII.

Aunque los autores ya no tenían necesariamente ese estrecho contacto tradicional que había caracterizado al café, se agruparon en torno a las **Review**, compartiendo un universo de ideas comunes. Para muchos la **Review** representaba no

²¹ Coser, *op. cit.*, p. 75.

sólo el contacto intelectual, sino también el ambiente para conocimientos personales. La oficina editorial se convirtió en una especie de foro informal, donde los escritores se encontraban unos con otros, con el editor y, ocasionalmente, con un lector.²²

En esta descripción vemos un modelo del moderno círculo intelectual, fundado no en la geografía ni en personajes clave, sino en un periódico político literario. El periódico actuaba para certificar a los principales intelectuales que lo dirigían y escribían y su influencia en la formación de la opinión era grande, porque todos lo leían; es decir, los principales creadores de la opinión de esa sociedad. La estructura era una combinación de firmeza y relajamiento. Un núcleo íntimo muy firme se desvaía en una penumbra de relaciones indirectas. No todos los autores se conocían directamente. Esa combinación de firmeza y relajamiento posibilitaba la existencia de un número relativamente grande de círculos interconectados. En la sociedad metropolitana moderna, que se estaba desarrollando en Inglaterra, los intelectuales podían sentirse próximos a un círculo particular y al mismo tiempo participar también en una vasta gama de círculos semejantes.

En la sociedad de masas contemporánea los descendientes de los periódicos intelectuales británicos ayudan a trascender las limitaciones de las distancias geográficas, las grandes cantidades de personas y las especializaciones estrechas tan características de nuestra sociedad. Los periódicos, como veremos, proporcionan a la vez comunicación y **feedback**. Sus editores cumplen la misma función de porteros que la anfitriona del salón, decidiendo quién puede decir qué, por cuánto tiempo y a qué público, así como qué libros serán comentados y cuáles ignorados. Muchos periódicos, como veremos, son centros de círculos intelectuales muy animados. Más importante aún, los periódicos vinculan a un núcleo interno de intelectuales de máximo nivel con una audiencia más amplia de personas intelectualmente activas.

Hemos identificado la élite intelectual norteamericana identificando y entrevistando a quienes escriben para los principales periódicos intelectuales y a los mencionados por ellos como miembros de su círculo.

Instituciones alternativas

Naturalmente, en la actualidad existen en los Estados Unidos muchas organizaciones e instituciones intelectuales aparte de los

²² *Ibid.*, p. 77.

periódicos y los círculos que los rodean, pero en todos los casos son insuficientes en sí mismas para asegurar la certificación de los principales intelectuales norteamericanos. Las universidades, que en otro tiempo servían para certificar a los principales intelectuales de Inglaterra y Alemania, pueden parecer un buen punto de partida para ubicar a los intelectuales de élite.²³ Pese a algunas excepciones notables, el 90 por ciento de los principales intelectuales que eventualmente entrevistamos tienen títulos universitarios. Más que cualquier otra organización, la universidad funciona como el primer portero de la comunidad intelectual, separando a los no elegibles. En la medida en que las universidades insisten en la educación liberal, son los guardianes de la excelencia no especializada en valores ni estética. En una organización única las universidades incluyen todas las especialidades que se refieren a las preocupaciones de los intelectuales. Lo que es más importante, las universidades se hallan en gran medida controladas por sus egresados.

Sin embargo el crecimiento y la proliferación de las universidades norteamericanas las ha condenado como certificadoras de la élite intelectual. Su tamaño y dispersión geográfica hace difícil la interacción regular necesaria para evaluar ideas. Hay alrededor de 400 mil profesores en institutos universitarios regulares de cuatro años y universidades en los Estados Unidos, y alrededor de la mitad de ellos, según un estudio realizado para la comisión Carnegie por Ladd, Lipset y Trow, están de acuerdo con la afirmación "yo soy un intelectual". Esto nos da por lo menos 200 mil autodeclarados intelectuales en los Estados Unidos, y seguramente habrá otros, además de los profesores universitarios que se incluyan en este grupo. Si somos más selectivos y consideramos solamente a los aproximadamente 8 mil profesores de humanidades y ciencias sociales que han escrito por lo menos veinte artículos profesionales y enseñan en lo que el estudio de la Carnegie llamaba universidades de alta calidad, encontramos que por el 90 por ciento de ese grupo se declara intelectual.²⁴ Esto nos da más de 7 mil personas que pueden efectivamente constituir un núcleo de la comunidad intelectual, pero que sin duda es un número demasiado grande para constituir una verdadera cúpula dirigente.

²³ Joseph Ben David y Awram Zloczower, "Universities and Academic Systems in Modern Societies", en *Archives Européennes de Sociologie*, núm. 3, 1967, pp. 45-85.

²⁴ Nuestro agradecimiento especial a Everett Carl Ladd y Seymour Martin Lipset, quienes nos proporcionaron estos datos para nuestras tabulaciones especiales. Todas las interpretaciones son nuestras.

Aun dejando de lado la cuestión del tamaño, el comentario generalizado de alta calidad sobre problemas económicos, sociales, políticos, éticos y estéticos de la vida contemporánea no se halla necesariamente entre las filas de los estudiosos universitarios. La universidad, con su lema de publicar o perecer, tiende a recompensar la pericia especializada más que el comentario generalizado. Así las actividades académicas, que otrora conducían a ese comentario, ahora intentan imitar a las ciencias neutrales con respecto a los valores.

La prueba de la falta de interés de muchos estudiosos por problemas actuales más generales se nos impuso durante las entrevistas realizadas para este estudio. Algunas de las personas con quienes hablamos eran académicos universitarios eminentes y sabios que habían escrito libros de importancia, alcanzando amplia notoriedad. Sin embargo casi ninguno de esos estudiosos especializados se atrevía a ofrecer una opinión firme sobre la guerra de Vietnam, la economía, o cualquier problema social de interés general, argumentando falta de conocimientos y experiencia en asuntos de interés público. En alguna definición del término estos eruditos son evidentemente intelectuales. En nuestro uso del término, la élite intelectual debe diseminar a un público general opiniones con respecto a valores, estética y política pública. Por lo tanto, si bien los académicos son indudablemente personas de elevada inteligencia, no desempeñan necesariamente el papel de intelectual de élite tal como lo hemos definido.

Además de las universidades, hay otros tres tipos de organización que tratan de certificar al intelectual de élite: la organización gremial o profesional, tal como la American Sociological Association, la Modern Language Association, la Authors Guild, el National Press Club y el P.E.N.; las sociedades honorarias oficiales "creadoras de reyes", como la American Academy of Arts and Sciences, o el National Institute of Arts and Letters, y la organización semisocial o club, como el Century Club de Nueva York.

Prácticamente todos los académicos pertenecen a alguna de las organizaciones académicas, y el 70 por ciento de los intelectuales que eventualmente consideramos pertenecían a uno u otro de esos tipos de organización. El Pen Club y el Authors Guild estuvieron representados cada uno en el 30 por ciento de la muestra; la American Academy of Arts and Sciences y el Century Club incluían cada uno entre el 20 y el 25 por ciento de la lista; el National Institute of Arts and Letters tiene un 10 por ciento, y el National Press Club el 8 por ciento. Hay una considerable superposición también en dirección contraria: por ejemplo, el 20 por ciento de todos los miembros de la sección de literatura del National Institute of Arts and Letters aparecen en nuestra muestra final.

Ninguna de esas organizaciones cumple completamente con la certificación.

Cada una de las organizaciones profesionales o gremiales se dedica a algunas funciones profesionales y otras intelectuales, pero aun el Pen Club, que ejerce cierta función selectiva y tiene intereses muy amplios, no es suficientemente selectivo para nuestros fines. Ninguno intenta jerarquizar a sus miembros ni evaluar sus ideas. Y a pesar de los esfuerzos de los núcleos radicales y otros por el estilo, las sociedades académicas norteamericanas aún se concentran en problemas bastante estrechos y técnicos.

Las organizaciones creadoras de reyes y los clubes sociales son efectivamente más selectivos, pero tienden a elegir personas que ya han alcanzado su objetivo, en general debido a alguna realización especializada. Muchos de sus miembros nunca han actuado fuera de su especialidad y otros se han retirado hace mucho del combate intelectual activo. También ellos tienen sus tendencias. A juzgar por los miembros que aparecen en nuestra muestra, la Academy of Arts and Sciences, establecida en Boston, tiene menos miembros de Nueva York que la comunidad intelectual en conjunto; mientras que el Century Club, con sede en Nueva York, naturalmente tiene más, al igual que el National Institute of Arts and Letters. En comparación con el Institute, la Academy tiende más a la academia y, en coincidencia, la Academy es la única organización de las mencionadas (aparte de las profesionales académicas) en que los judíos se hallan representados en la misma proporción que en el conjunto de la muestra.²⁵

El único beneficio y distinción importantes de los grupos creadores de reyes que podemos observar estadísticamente es que el Institute of Arts and Letters parece dar a sus miembros una garantía bastante sólida de que sus libros serán comentados con frecuencia: los libros del 75 por ciento de sus miembros en nuestra muestra fueron reseñados tres o más veces en los principales periódicos intelectuales encuestados, en comparación con el 40 por ciento de miembros de otras organizaciones.

²⁵ Es posible que parte de esta orientación refleje los intervalos de tiempo en los nombramientos y la tendencia de esas organizaciones a nombrarlas estrellas de ayer antes que las de hoy. Los judíos se hicieron más notables entre los intelectuales de élite norteamericanos a fines de la década de los 30's y comienzos de la de los 40's. Parte de la orientación también proviene de las pautas de admisión del pasado. La lista de miembros es el resultado acumulativo de las designaciones de muchos años y del requisito de algunas organizaciones de que haya un lapso de tiempo entre la proposición de un nombre y su eventual elección. Esta tendencia es claramente visible en la lista del Century Club cuando se examina por año-ingreso.

En resumen, si observamos la lista de los primeros 60 intelectuales que se da más adelante en este mismo capítulo y la comparamos con la lista de los miembros de cualquiera de estas organizaciones, resulta evidente que todos los grupos formales incluyen a muchas personas que evidentemente no pertenecen a la élite intelectual y excluyen a algunos que deberían pertenecer. Simplemente las organizaciones formales son menos flexibles que los círculos o incluso los periódicos, porque las organizaciones formales siempre llevan la carga adicional del mantenimiento de la organización. Se pueden resumir cincuenta años de estudio sociológico de la organización diciendo que los objetivos organizativos son casi siempre subvertidos de su propósito original por las necesidades de servicio propio de la vida organizacional. Los periódicos intelectuales y sus círculos siguen siendo una de las principales instituciones que certifican exactamente a los principales intelectuales norteamericanos. En el resto de este trabajo daremos las características de los intelectuales americanos derivadas de este proceso de certificación.

Cómo hallar a la élite intelectual

Ubicar a los principales periódicos intelectuales no es difícil. Si no nos perdemos en sutilezas sobre sus posiciones relativas, la lista de los veinte principales periódicos intelectuales que daría cualquier persona debería servir. La idea es incluir periódicos de interés general y excluir a los especializados o técnicos, tales como la **American Historical Review**. En 1969 obtuvimos calificaciones de una muestra de profesores, escritores y editores y descubrimos que los veinte periódicos intelectuales norteamericanos más importantes incluían a la **New York Review of Books**, **New York Times Books Review**, **New Yorker**, **New Republic**, **Commentary**, **Harper's**, **Partisan Review**, **Saturday Review**, **Nation**, **Atlantic**, **Daedalus**, **Ramparts**, **Yale Review**, **Dissent**, **American Scholar**, **Hudson Review**, **The Village Voice**, **Foreign Affairs** y **Public Interest**. Ni las entradas de esta lista ni las diferentes posiciones relativas que aparecen en ella son permanentes.²⁶ La bolsa intelectual cambia constantemente sus valores, y varios de los periódicos de nuestra lista han tenido evidentemente sus altibajos desde 1969; pero en conjunto los primeros 20 siguen siendo los primeros 20.

²⁶ Los altibajos de los periódicos intelectuales están descritos en Charles Hadushin, Julie Hover y Monique Tichy, "How and Where to Find Intellectual Elite in the United States", en **Public Opinion Quarterly**, núm. 35, primavera de 1971, pp. 1-18, y en el capítulo 2.

Una vez ubicados los principales periódicos, es sencillo ubicar a los principales intelectuales. Nuestra muestra de intelectuales dirigentes fue seleccionada de entre las 8 mil personas que contribuyeron a los 22 periódicos intelectuales más importantes durante el quinquenio 1964-1968. Cuanto mayor fuera la frecuencia con que una persona escribía o con que sus libros fueran comentados, más probabilidades tenía de ser incluida en la muestra. Los columnistas, por supuesto, fueron manejados en forma diferente, y los editores fueron automáticamente incluidos. También entrevistamos a una docena de intelectuales que no agregamos en la muestra, pero cuyos nombres aparecieron con mucha frecuencia en el curso de entrevistas con los incluidos.

En conjunto, nuestros descubrimientos acerca de los intelectuales norteamericanos se basan en 110 individuos científicamente escogidos y entrevistados durante el año de 1970. Según nuestra definición, hay probablemente alrededor de 200 intelectuales norteamericanos prominentes, de modo que tenemos a más de la mitad de ellos en la muestra. Nuestro "contrato" con las personas entrevistadas nos impide revelar sus nombres, pero un intento por parte de cualquier lector que se interese por probar informalmente nuestros métodos llegaría probablemente muy cerca de reproducir nuestra lista de intelectuales de élite.

Una palabra más sobre la lista. Si hay entre los intelectuales norteamericanos un prejuicio en el sentido de que la cantidad no significa calidad, no fue demostrado en nuestra muestra escogida esencialmente sobre la base de la cantidad de producción. Porque hay una relación muy elevada entre la inclusión en nuestra lista y el número de veces que un intelectual fue mencionado como importante por otros intelectuales entrevistados. Y cuantas más veces fueron comentados los libros de una persona en los periódicos, más veces fue mencionado como importante por otros intelectuales.

¿Cómo se ganan la vida?

Ahora que ya hemos indicado cómo rastreamos a los principales intelectuales, podemos dar una descripción objetiva de sus características. Hemos dicho que ser un intelectual no es una ocupación. ¿Cómo se ganan la vida los intelectuales? Alrededor del 40 por ciento de los 172 intelectuales que tratamos de entrevistar (hubo 62 a los que nunca encontramos) son profesores, casi el 40 por ciento son editores o miembros del personal de periódicos y diarios importantes, más del 15 por ciento son **free-lancers**, incluyendo a varios poetas, algunos novelistas y cuentistas, así como periodistas

y ensayistas. Los anuncios de la desaparición del **free-lancer**, tan lamentada por tantos, parecen algo prematuros, y la supuesta dominación de la élite intelectual por los académicos es también una impresión errónea. Es verdad que los intelectuales mayores tienen más probabilidades de llegar a ser profesores; menos del 30 por ciento de los de menores de 50 años son profesores, pero casi la mitad de los de más de 50 son académicos.

De los académicos que forman parte de la élite intelectual, la mitad se halla en el área de humanidades; pero más del 40 por ciento son científicos sociales, ocupación relativamente nueva para los intelectuales. Como los periódicos son tan importantes en la certificación de la élite intelectual, el grupo al que nos referimos ha sido llamado con frecuencia "intelectuales literarios". Si bien es cierto que la habilidad de escribir bien y con frecuencia es importante, la presencia de tantos científicos sociales sugiere que el término "literario" es equívoco. Y aunque los profesores de inglés constituyen el elemento dominante entre los profesores de humanidades, sólo constituyen la mitad de ese grupo. El resto se divide en partes iguales entre historiadores y un grupo variado de campos que incluye las lenguas extranjeras, la literatura comparada, etcétera. En cuanto a los científicos sociales, se dividen en cuatro grupos más o menos iguales: economistas, científicos políticos, sociólogos y un grupo misceláneo que incluye a antropólogos, geógrafos, psicólogos y demás.

Es posible exagerar la diferencia entre académicos y no académicos en la élite intelectual (ver cuadro 1). La mayoría de los intelectuales tiene varios trabajos al mismo tiempo. Casi todos, cualquiera que sea su empleo, hacen trabajos de **free-lancer**, y un sorprendente número de académicos son también redactores de periódico. Unos pocos no académicos enseñan, y algunos académicos son también miembros del personal de periódicos o revistas. Si hablamos de trabajos pasados, la superposición aumenta (la actividad de **free-lance** no aparece en nuestras estadísticas puesto que se aplica casi a todos). Los trabajos de planta son antecedentes raros para los académicos, pero un cuarto de los no académicos han dado clase, y casi un tercio de los académicos han tenido empleos como editores. Tanto entre los académicos como entre los no académicos hay considerable proporción de quienes han trabajado en empleos del gobierno más bien prestigiosos.

La lista de ocupaciones de los intelectuales ofrece fuerte apoyo a la hipótesis de C. P. Snow de las "dos culturas". Sólo un científico, un biólogo, aparece en toda nuestra lista de 172, que incluye además a un escritor científico que había sido antes un científico activo. Si nuestra lista de periódicos hubiera incluido a **Science**, **Scientific American** o al **Bulletin of Atomic Sciences**, es posible

CUADRO 1

**TRABAJOS U OCUPACIONES ADICIONALES
DE LOS INTELECTUALES NORTEAMERICANOS
(en porcentajes)**

Ocupación secundaria	No aca- démicos (N = 94)	Profesor, humanidades (N = 31)	Profesor, Ciencias Socia- les u otras (N = 32)
Actual			
Académica	6	0	0
Editorial	38	19	16
Personal de revista o periódico	29	9	3
Free-lance	87	81	78
Gubernamental	8	0	0
Anterior			
Académica	24	91	97
Editorial	60	31	34
Personal de revista	35	6	6
Personal de periódico	42	3	3
Gubernamental	25	28	34

NOTA: Los porcentajes suman más de 100, porque muchos tienen o han tenido varios empleos simultáneamente.

que los resultados hubieran sido diferentes. Pero, después de todo, éstos son periódicos especializados, uno de ellos órgano de una organización profesional. No estamos negando la elegancia de la ciencia ni el hecho indiscutible de que exige un alto grado de inteligencia y creatividad. Se trata simplemente de que la mayoría de los científicos importantes tienden a vacilar antes de comunicar sus valores y sentimientos personales no expertos al público en general. Cuando hacen pronunciamientos políticos o de valor tienden a ser asuntos breves en los medios de comunicación masivos. Hay algún trabajo público en comités por esto o contra aquello (principalmente contra la guerra de Vietnam, por la defensa del ambiente, por la destitución de Nixon o cualquier causa liberal), pero aparte de sus firmas en peticiones publicadas, y el adorno que sus nombres prestan a grupos de presión política, la mayoría de los científicos importantes escasamente contribuyen al debate público sobre esos temas. Aun cuando se trate de bombas y

proyectiles, la mayor parte de la actividad política de los científicos (y ha habido mucha) es antes privada que pública y se dirige a influir en altos funcionarios antes que a cambiar los valores del público pensante. Como señaló álgidamente Débora Chaplin, en el número del 31 de marzo de 1972 de la revista **Science**, “se puede ascender a altos puestos, eventualmente [en el círculo de la ciencia gubernamental] sin la molestia de tener que pronunciarse públicamente por nada”.

La importancia de Nueva York

Después de la ocupación, curiosamente la geografía es el hecho referente a los intelectuales de mayor interés para ellos mismos. Constantemente se refieren a París y Londres como centros de intelectuales modelo. La mayoría comparte la opinión que nos expresó un distinguido crítico:

No creo que haya realmente nada que pueda llamarse comunidad intelectual en los Estados Unidos actualmente —no en el mismo sentido en que se pueda hablar de la comunidad intelectual de París o incluso de la comunidad intelectual de Londres-Oxford-Cambridge. Durante alrededor de 15 años hubo una comunidad intelectual en la ciudad de Nueva York reunida en torno a **Partisan Review** y **Commentary**, y en cierta medida desempeñó el papel tradicional de comunidad intelectual en las ciudades capitales de Europa. Pero en los últimos 10 o 15 años las universidades han absorbido a la mayor parte de las personas que la constituían, y ahora tenemos comunidades intelectuales salpicadas por todo el país.

Creemos que la vida intelectual en los Estados Unidos siempre fue más desperdigada que en Europa. Y es tal vez, en comparación con los modelos europeos, que Nueva York parece estar declinando como centro intelectual, aunque, como veremos, hay otras razones para esa impresión. Sin embargo los hechos demuestran que aún hay una alta concentración de intelectuales en la zona de Nueva York. El 70 por ciento de las oficinas editoriales de los principales 25 periódicos intelectuales se hallan a menos de 10 millas del Empire State. Más del 50 por ciento de los propios intelectuales norteamericanos de élite se hallan aun personalmente instalados a menos de 50 millas del Empire State. (Llamamos a esto “distancia de almuerzo”—la zona dentro de la cual es fácil para un autor almorzar con su editor y volver a casa en el mismo día.)

CUADRO 2

**UBICACION GEOGRAFICA
DE LOS INTELCTUALES NORTEAMERICANOS
(en porcentajes)**

Región	Ubicación actual (N = 163)	Residentes en su lugar de origen ¹ (N = 160)
Fuera de los EEUU	2	12
Nueva Inglaterra	14	11
Zona Atlántica Central (excluyendo Nueva York)	5	14
Sur (excluyendo Wáshington)	4	9
Medio Oeste	6	12
Oeste	7	8
Wáshington, D.C.	11	2
Ciudad de Nueva York ²		

¹ Asistieron a la escuela primaria allí.

² En un radio de cincuenta millas.

CUADRO 3

**ANTECEDENTES GEOGRÁFICOS DE INTELCTUALES
ORIUNDOS DE OTRA PARTE QUE SE HALLAN
HOY EN NUEVA YORK**

Región	Porcentaje
Fuera de los EEUU	55
Nueva Inglaterra	67
Región Atlántica Central (excluyendo Nueva York)	41
Sur (excluyendo Wáshington)	33
Medio Oeste	37
Oeste	33
Wáshington, D. C.	100
Nueva York ¹	58

¹ Incluyendo un radio de cincuenta millas.

Reflejando la tradición norteamericana, Nueva Inglaterra (especialmente Boston-Cambridge) tiene aún una elevada concentración de intelectuales, aunque su 14 por ciento simplemente no alcanza a la misma categoría de Nueva York. El resto se halla disperso, con excepción de Washington, D.C., que, si bien no puede rivalizar con las capitales europeas, aún puede enorgullecerse de un sorprendente 11 por ciento del total (ver cuadro 2).

Nueva York aún es un magneto. Entre los intelectuales que crecieron en Europa, Nueva Inglaterra, Washington, o Nueva York, más del 60 por ciento viven ahora en Nueva York; y el 40 por ciento de los otros viven allí también. Pero la preeminencia de Nueva York en la vida intelectual, así como el rumor de que su preeminencia está declinando, posiblemente se remonten al hecho de que un tercio de la élite intelectual norteamericana efectivamente nació en la ciudad de Nueva York. El 40 por ciento de esos nativos han abandonado Nueva York, y, como desde el principio fueron el mayor contingente, es fácil comprender por qué con frecuencia se dice que "todos" abandonan Nueva York. Además una importante proporción de los intelectuales de élite que abandonaron Nueva York son académicos, y éstos tienden a escribir más acerca de los intelectuales que los no académicos. La visión del mundo de los académicos es un poco distorsionada, porque alrededor del 55 por ciento de los no académicos viven en Nueva York, comparado con alrededor del 40 por ciento de los académicos.

La mitad de los académicos se hallan concentrados en sólo 4 universidades: Columbia y Harvard tienen cada una el 16 por ciento de nuestros académicos, Yale y la Universidad de Nueva York ocupan el segundo lugar con el 9 por ciento cada una. La cifra de asistencia a la escuela de intelectuales de élite, ya sea en el primer ciclo o en cursos de posgrado, muestra un grado similar de concentración. La más importante escuela del primer ciclo fue Harvard, con el 12 por ciento; el New York City College tuvo el 10 por ciento, y Yale y Columbia quedaron justo detrás del New York City College. De los que hicieron trabajos de posgrado, el 25 por ciento fue a Columbia, el 16 por ciento a Harvard y el 5 por ciento a Yale.

Religión, edad, clase y sexo

El predominio de Nueva York se asocia frecuentemente con el supuesto dominio de los judíos en la vida intelectual norteamericana. Los judíos efectivamente se hallan mucho más fuertemente representados entre los principales intelectuales que en el conjun-

CUADRO 4

RELIGIÓN EN LA QUE CRECIERON LOS INTELLECTUALES
(Porcentaje)

Región en la que creció el intelectual	Protestante	Católica	Judía	Otra	Ninguna	Total
Fuera de los Estados Unidos	24	6	64	6	0	(17)
Nueva Inglaterra	54	15	15	15	0	(13) ¹
Región Atlántica						
Central	47	0	42	0	11	(19)
Sur	92	8	0	0	0	(13)
Medio Oeste	44	11	11	17	17	(18)
Oeste	36	18	28	0	18	(11)
Wáshington, D. C.	67	0	33	0	0	(3)
Nueva York	15	2	81	2	0	(47)

¹ En esta tabla y las siguientes los porcentajes pueden sumar 99, 100 o 101, según las agrupaciones.

CUADRO 5

INTELLECTUALES DE NUEVA YORK
Y DE FUERA DE NUEVA YORK
Y LAS RELIGIONES EN QUE CRECIERON
(en porcentajes)

Religión	Residencia actual	
	Nueva York	Otra
Protestante	31	34
Católica	12	3
Judía	44	49
Otra	6	6
Ninguna	8	8

to de la población. Constituyen alrededor de la mitad de la élite intelectual norteamericana. Los católicos están muy subrepresentados, pero los protestantes, que son alrededor de un tercio del grupo, también se hallan subrepresentados en comparación. Pero no hay diferencia hoy entre Nueva York y el resto del país en la proporción de miembros de la élite intelectual que son judíos o protestantes —aunque la mayoría de los intelectuales católicos vive actualmente en Nueva York. Es verdad que tres cuartos de los incluidos en nuestra muestra que crecieron en Nueva York son judíos, y el 90 por ciento de los educados en el sur son protestantes. La mayoría de los emigrantes a los Estados Unidos son judíos. Pero aparte de esos hechos, la geografía no parece estar muy relacionada con los antecedentes religiosos de los intelectuales, la mayoría de los cuales, en todo caso, se describe a sí mismo en la actualidad como “indiferente” u “opuesto” a la religión (ver cuadros 4 y 5).

La grandeza de una representación de 50 por ciento depende del punto de vista que se adopte. (La proporción de judíos es algo más alta en el segmento académico de la élite intelectual, porque el 60 por ciento de los judíos —y sólo el 30 por ciento de los no judíos— son profesores.) Seguramente no “todos” son judíos, como parecen sentir algunos intelectuales con quienes hemos hablado. Además está la cuestión de con quién comparar a la élite intelectual. Naturalmente, en comparación con el resto de la élite norteamericana, los intelectuales son abrumadoramente de origen judío. Aun comparándolos con los profesores norteamericanos de élite (los que han publicado más de 20 artículos en periódicos académicos y enseñan en colegios y universidades de alta calidad), de la misma edad y en los mismos campos, hay entre 2 y 5 veces más judíos en la élite intelectual (ver cuadros 6 y 7).

La cuestión de la edad plantea el problema del efecto de la generación dentro de la cual crecieron sobre el carácter de los intelectuales de élite. Como en el caso de cualquier élite, la élite intelectual norteamericana tiende a ser mayor que el grupo del que surge. Sólo un tercio de los intelectuales de élite que son científicos sociales tienen menos de 50 años de edad, en comparación con dos tercios de profesores de élite de ciencias sociales; del mismo modo, un cuarto de los intelectuales de élite en el campo de las humanidades tienen menos de 50 años, pero más de la mitad de los principales profesores de humanidades del país tienen menos de 50. Tomados como grupo, un tercio de la élite intelectual tiene menos de 50 años, un tercio se halla entre los 50 y los 60 y un tercio tiene más de 60. El grupo de más de 60, por supuesto, representa a la generación que llegó a la madurez en la década de los 30's y comienzos de los cuarentas. El grupo de entre 50 y 60 llegó a la

madurez intelectual al fin de la Segunda Guerra Mundial, mientras que los de menos de 50 crecieron intelectualmente en el periodo de la Guerra Fría. (Sólo el 13 por ciento tiene 40 años o menos.) Sorprendentemente, el efecto de esas diferencias generacionales en las opiniones de los intelectuales es insignificante (ver cuadro 8), aunque hay un efecto generacional en las opiniones que sostienen distintos círculos intelectuales.

Naturalmente, una razón del mayor promedio de edad de los intelectuales de élite es que su **stablishment** no había sido revolucionado por la Segunda Guerra Mundial. La élite profesoral llegó a su posición no sólo porque ascendieron en un sistema estático, sino también porque el propio sistema se expandió después de la Segunda Guerra Mundial. Los profesores son relativamente jóvenes, como las élites de las naciones en desarrollo; y al igual que esas élites, están empezando a enfrentar el clamor de los aún más jóvenes, que encuentran los caminos bloqueados por una élite que probablemente permanezca en escena muchos años más. Como la élite intelectual es relativamente vieja, hay lugar en la cumbre, aunque el proceso de llegar allí puede haber cambiado.

Un estudio de cómo se llega a ser un intelectual de élite se hallaría fuera del alcance de este trabajo. El primer esbozo de la entrevista utilizada en este estudio dedicaba varias preguntas al problema de la carrera y el "éxito"; las respuestas duraban una hora o más y por lo tanto —salvo en el caso de historias de empleo— abandonamos, con pesar, todo intento de investigar seriamente el nacimiento de un intelectual. A pesar de nuestra carencia de datos concretos, la escasez de intelectuales jóvenes en esta muestra bien puede ser ocasionada por el hecho de que el reclutamiento para el papel de intelectual de élite funcionaba de distinto modo en la década de los 60's que en la de los 30's, los 40's y los 50's. Tengo la impresión, derivada de la lectura de relaciones autobiográficas de la vida intelectual en esos periodos (por ejemplo **Starting Out in the Thirties** de Alfred Kazin o **Making It**, de Podhoretz), de que los intelectuales jóvenes solían ser patrocinados por intelectuales mayores que los llevaban a la prominencia intelectual mediante una combinación de periódicos, círculos y partidos políticos controlados por los intelectuales de más edad. Esa combinación falló en los sesentas cuando los jóvenes aspirantes a intelectuales empezaron a rechazar los periódicos, los círculos y los partidos existentes; rechazaron incluso la idea misma de una vida construida principalmente sobre la base del intelecto como distinto de la acción y el sentimiento. Paralelamente a ese rechazo de las formas e instituciones existentes hubo un intento de construir otros nuevos, pero esas instituciones demos-

CUADRO 6

PROFESORES NORTEAMERICANOS DE ÉLITE
QUE FUERON EDUCADOS COMO JUDÍOS

Campo	Edad			
	Menos de 50		50 y más	
	%	N	%	N
Ciencias sociales	39	(2 875)	21	(1 263)
Humanidades	24	(2 248)	12	(1 767)
Ciencias	26	(6 141)	28	(1 783)
Profesiones	33	(2 718)	28	(1 220)
Otros	21	(4 729)	10	(2 979)

CUADRO 7

INTELECTUALES DE ÉLITE
QUE FUERON EDUCADOS COMO JUDÍOS

Campo	Porcentaje	Número
Ciencias sociales	56	(30)
Humanidades	61	(28)
No académicos	29	(80)

CUADRO 8

PROFESORES DE ELITE E INTELECTUALES DE ÉLITE
DE MENOS DE 50 AÑOS, POR CAMPO

Campo	Profesores de élite		Intelectuales de élite	
	%	N ¹	%	N
Ciencias sociales	67	(4 138)	34	(32)
Humanidades	56	(4 015)	26	(31)
Ciencias	78	(7 924)	2	
Derecho y medicina	69	(3 939)	2	
Otros	61	(7 708)	2	
No académicos	2		37	(94)

¹ Calculados para dar la cifra de profesores de esas categorías en los EEUU que enseñan en universidades de alta calidad y que han escrito 20 artículos o más.

² Representación insuficiente o nula.

traron ser efímeras. En 1970, cuando recogimos nuestros datos, prácticamente no había bases institucionales de las que pudiéramos extraer una muestra de jóvenes intelectuales y, como se verá, los intelectuales de élite de más edad ignoraban sistemáticamente quiénes eran los intelectuales jóvenes más importantes. En cierto modo, pues, la década de los 60's fue ocasión para otra "generación perdida" de intelectuales, aunque perdida en forma bastante diferente que la generación de los 20's. Los jóvenes intelectuales de los sesentas, por lo tanto, no aparecen en número apreciable en nuestra muestra, aunque efectivamente hemos entrevistado a algunos de ellos, y es posible que esa ausencia explique lo relativamente insignificante de nuestros descubrimientos sobre el efecto generacional en las opiniones de los principales intelectuales norteamericanos. Pero ese descubrimiento, y el hecho de que hay menos intelectuales de élite jóvenes, no es un "error": refleja la estructura de la vida intelectual en los Estados Unidos en este momento.

Volviendo al tema relacionado con éste de la religión o el origen étnico, la expansión de universidades y colegios después de la Segunda Guerra Mundial y el relajamiento paralelo de las barreras contra los profesores judíos entre la élite llevó a la presencia en la mayoría de los campos del doble de judíos que antes de la guerra. La ciencia y las profesiones del derecho y la medicina son excepcionales, porque los judíos ya estaban bien representados entre la élite antes de la guerra.²⁷ En contraste, entre la élite intelectual el acceso a los judíos se facilitó desde la década de los 30's y comienzos de los 40's; entre los intelectuales de más de 60 años de edad los judíos cuentan con poco más de un tercio, mientras que entre los dos grupos más jóvenes casi la mitad son judíos. En una área la generación se hace efectivamente diferente. En toda la Europa occidental ha habido en el siglo XX una tendencia de las carreras intelectuales a ser cada vez más abierta y a reconocer cada vez más el talento, cualquiera que sea el origen de clase de una persona. Y por eso hoy hay más intelectuales de élite procedentes de las clases bajas que en otras élites occidentales, para las cuales la clase es una barrera más importante. (Lo contrario es cierto para Europa occidental —allí los intelectuales tienen orígenes de clase más altos que el resto de la élite.) Esta tendencia se observa aun entre los intelectuales norteamericanos, pues mientras apenas poco más del 10 por ciento de los padres de los intelectuales de élite de más de 60 años procede de familias

²⁷ Para un examen general de los académicos judíos en los Estados Unidos, ver el artículo de Seymour Martin Lipset y Everett Carl Ladd, "Jewish Academics in the United States" en *American Jewish Yearbook*, 1971.

de trabajadores manuales, el 40 por ciento de los padres de los intelectuales de élite más jóvenes han sido obreros.²⁸

Convertirse en un intelectual de élite implica para muchos una importante movilidad ascendente. Si observamos la posición de clase actual, los intelectuales de élite son efectivamente una élite. Su ingreso familiar promedio en 1969 era de alrededor de 35 mil dólares, bastante más de lo que ganan los principales profesores universitarios o de colegio. Naturalmente, los intelectuales que se hallan en su punto máximo ganan bastante menos que los que se hallan en el nivel superior en otras áreas institucionales, como los negocios o incluso la política.

Finalmente tenemos que señalar que en realidad ha habido muy pocas mujeres entre los principales intelectuales norteamericanos en 1960.

Liberales, pero no radicales

Dados sus antecedentes y su posición, ¿dónde se hallan exactamente los intelectuales de élite políticamente en comparación con todos los demás? La élite intelectual norteamericana es más liberal sobre cualquier tema de política pública que el público general norteamericano, más liberal que cualquier otro segmento de la élite norteamericana y, en general, más liberal que los profesores universitarios de élite examinados en el estudio de la Carnegie (con controles apreciados de edad, campo y religión) (ver cuadro 9). En un importante panorama de la política de los intelectuales norteamericanos y soviéticos, Lipset y Dobson, en el número del verano de 1972 *Daedalus*, concluyen, con bases en el estudio de la Carnegie de los profesores norteamericanos y otros datos, que la intelectualidad **per se** parece hacer más liberal y más crítica de la política del régimen a una persona.²⁹ Si nuestra muestra es más "intelectual" que incluso la élite de la muestra del estudio de la Carnegie de los profesores norteamericanos, entonces tenemos una verificación adicional de nuestra hipótesis. Lo que cuenta es ser un intelectual.

Salvo en algunos de los problemas más antiguos relacionados con el socialismo y el capitalismo, donde los intelectuales de élite judíos tienden a hallarse más a la izquierda que otros,³⁰ los

²⁸ Esto lo demuestra el estudio del Bureau of Applied Social Research sobre los dirigentes americanos, dirigido por Allen Barton, Bogdan Denitch, Carol Weiss y este autor, del cual forma parte este estudio.

²⁹ Ver también Ladd y Lipset en el número de *Science* del 9 de junio de 1972.

³⁰ Entre los profesores norteamericanos en general tanto la generación como la religión estaban relacionadas con el liberalismo respecto a la mayoría de los problemas.

CUADRO 9

OPINIONES DE INTELLECTUALES Y PROFESORES ¹
DE ÉLITE, POR CAMPO ACADÉMICO
(en porcentajes)

Pregunta	C a m p o				No aca- démico Intelec- tuales
	Ciencias sociales		Humanidades		
	Intelec- tuales (N = 21)	Profe- sores ²	Intelec- tuales (N = 10)	Profe- sores ²	
Soy un intelectual	100	91	100	89	75
Universidades					
Los estudiantes revoltosos deben ser expulsados	60	71	60	79	35
La militancia estudiantil es una amenaza a la libertad	85	81	60	81	52
La izquierda es causa de los problemas	30	40	40	44	23
Negros					
Los negros deberían controlar sus propias escuelas	86	60	70	58	87
El racismo blanco es la causa de las revueltas	55	56	30	46	63
Nueva política					
La política no puede tender al cambio	24	16	40	28	21
La violencia no tiene justificación	57	62	60	65	66

(Continuación cuadro 9)

	C a m p o				No aca- démico
	Ciencias sociales		Humanidades		
	Intelec- tuales (N = 21)	Profe- sores ¹	Intelec- tuales (N = 10)	Profe- sores ²	
La marihuana debería ser legal	85	60	70	39	93
Política exterior El comunismo tiende al progreso en los países en desarrollo	5	14	10	27	17

¹ Como la composición por religión y por edad de los profesores de élite es tan distinta de la de los intelectuales de élite, y como entre los profesores esas características tienen una importante relación con la opinión expresada, los datos referentes a los profesores se han reorganizado para representar sus opiniones atribuyéndoseles la **misma** distribución por edad y religión de los intelectuales de élite. Los problemas examinados se representaron por preguntas más detalladas, evidentemente, que los títulos del cuadro, y fueron dirigidas a los profesores de la Comisión Carnegie para el Estudio de la Enseñanza Superior; y por cortesía de la comisión y de los profesores Lipset y Trow fueron utilizadas nuevamente para el estudio de los intelectuales norteamericanos un año después, en 1970. Las preguntas fueron planteadas a los intelectuales por medio de un cuestionario que se devolvía luego de una entrevista de entre dos y seis horas. Eso fue un error, porque los intelectuales, especialmente en el área de Humanidades, no gustan de los cuestionarios. Sólo nos devolvieron el 60%. La principal tendencia es el bajo índice de devolución de parte de los literatos, que se ha corregido presentando separadamente los datos para científicos sociales, profesores de humanidades y no académicos.

² Como se explicó en la nota a, el número se ha ajustado. Los números originales aparecen en el cuadro 6.

antecedentes de clase social y aun la edad no tienen relación con la opinión de la élite intelectual. En todo caso, los intelectuales de élite que proceden de las clases trabajadoras son más conservadores que los demás; los miembros jóvenes de la élite intelectual actúan como si hubieran crecido en la década de los 30's con la generación radical de entonces; y los no judíos votaron casi en un

cien por ciento sobre los demócratas o por un tercer partido, al igual que los judíos. Hace tanto tiempo que los intelectuales de élite están preocupados por la cultura de los intelectuales que sus antecedentes anteriores han llegado a ser casi insignificantes.

Pero esto no significa que casi todos los miembros de la élite intelectual sean radicales. No lo son, como veremos detenidamente en la segunda parte. En 1970 menos de la mitad querían que los norteamericanos se retiraran de Vietnam inmediatamente, aun cuando la mayoría de los intelectuales se había opuesto fuertemente a la guerra desde 1965, mucho antes que cualquier otro grupo de la población. Y su oposición se daba principalmente en terreno pragmático, "la guerra no solucionaba" más bien que en terreno ideológico o incluso moral. Y en la tercera parte veremos que un gran número de intelectuales se preocupan en forma activa por el problema racial, pero la mayoría se opone al **Black Power** y admite con franqueza que no sabe cómo comprender el problema racial norteamericano. La crisis cultural y los cambiantes valores de la juventud preocupan aún más a los intelectuales que la raza, pero la mayoría de ellos opina que los jóvenes están muy lejos de la base. Sólo unos pocos de los miembros de la élite intelectual se dedican hoy a la destrucción del "capitalismo" por sistema, aunque un tercio se describe a sí mismo como "radical" en su juventud. Es por estas razones que algunos de los académicos más jóvenes han atacado a la élite intelectual como defensora del **stablishment**.

Los primeros setenta

Ahora que ya sabemos algo sobre las características sociales y las opiniones políticas de los intelectuales de élite, podemos seleccionar a la más élite de entre las filas de la mera élite. La elección no es invento nuestro, por supuesto, y sigue una vez más el principio de la certificación por los colegas. Pedimos a los intelectuales de élite de nuestra muestra que mencionaran a intelectuales que hubieran influido sobre ellos con respecto a problemas culturales o sociopolíticos, o que creyeran que tienen gran prestigio en la comunidad intelectual de la que se sienten parte.³¹ Se planteó una serie de preguntas diferentes, pero cada persona encuestada sólo podía registrar un único "voto" por un

³¹ Estas son las preguntas. No se formularon todas las preguntas a todos los entrevistados. El objetivo era encontrar **algo** que pudiera responder cómodamente.

1. ¿Qué intelectuales que escriben sobre problemas sociopolíticos gozan de

intelectual particular, de muchas preguntas diferentes que respondiera con el mismo nombre.³²

Es preciso hacer varias advertencias con respecto a nuestra lista de los principales intelectuales. En primer lugar, se aplica a 1970, cuando emprendimos las entrevistas, y representa el consenso de los principales intelectuales de fines de la década de los 60's, no de comienzos de los 70's. En segundo lugar, las preguntas fueron planteadas en el contexto de una entrevista sobre Vietnam y sobre problemas sociales norteamericanos. Es posible que por esa razón los expertos en Vietnam adquirieran una prominencia mayor de la que podrían haber tenido de otro modo. A pesar del hecho de que la mitad de las preguntas directas se referían a líderes culturales y la otra mitad a líderes sociopolíticos, es posible que en las respuestas hayan incluido el contexto en el sentido de disminuir la importancia de las personas literarias y aumentar la de los científicos sociales. (Hay una buena cantidad de científicos sociales entre los entrevistados, sin embargo, y es posible que el aumento de la importancia de la ciencia social entre los intelectuales sea mayor de lo que se ha reconocido finalmente.) En tercer lugar, nuestra solicitud de nombres no le pareció bien a todos. Un importante escritor de ficción comentó:

Recientemente me hizo esta misma pregunta [quiénes son los escritores importantes] la revista **Esquire**. En mi opinión, escribir no es un deporte consecutivo, y apenas se empieza a calificar a los escritores como más importantes o menos importantes que otros escritores, se falsea completamente el hecho de que todos los escritores dependen muchísimo unos

mayor prestigio en el círculo o círculos intelectuales a los que usted se encuentra más próximo?

2. ¿Qué intelectuales que escriben sobre problemas sociopolíticos cree usted que gozan de mayor prestigio en la comunidad intelectual en general?
3. ¿Qué intelectuales que escriben sobre temas culturales gozan del prestigio más elevado en el círculo o círculos intelectuales a los que usted se halla más próximo?
4. ¿Qué intelectuales que escriben sobre temas culturales gozan del prestigio más elevado en la comunidad intelectual en general?
5. ¿Qué intelectuales que escriben tanto sobre temas sociopolíticos como culturales gozan de un elevado prestigio en la comunidad intelectual en general?
6. ¿Podría decir los nombres de las personas cuyas opiniones sobre problemas sociopolíticos en general han influido más en su propio pensamiento?
7. ¿Podría usted nombrar los nombres de las personas cuyas opiniones generales sobre temas culturales han influido más en la suya?

³² Esta lista certificada por instituciones y círculos intelectuales es distinta de una lista de intelectuales célebres, como lo señala Lewis Coser, "The Intellectual as Celebrity", en **Dissent**, núm. 20, invierno de 1973, pp. 46-56.

de otros. Esto incluye a los malos, a los tontos. He conocido escritores fracasados, **equis**, por ejemplo, cuyos libros son virtualmente ilegibles, pero cuya contribución como persona entusiasta y conversadora es de un valor inestimable. No me parece posible calificar a los escritores. No me parece posible clasificarlos. Como he dicho, todos dependemos mucho unos de otros. No es posible decir sencillamente que Saul Bellow es mejor que Ralph Ellison o que Norman Mailer es mejor que Kurt Vonnegut. Quiero decir, no tiene sentido, porque todos ellos dependen muy estrechamente unos de otros. Es un clima creativo, un clima intelectual en que la gente puede trabajar libremente y con placer.

Estamos de acuerdo, por supuesto, y es por eso que hemos insistido en la idea del círculo de intelectuales. Aun con sus objeciones, sin embargo, este sujeto nos dio el nombre de intelectuales a los que consideraba importantes en diversos modos. Y casi todos los demás lo hicieron también.

Siguiendo el precedente establecido por Moses incluimos aquí una lista de los setenta "dignatarios" del campo intelectual norteamericano, tal como fueron mencionados por nuestros "jurados".

La lista está ordenada alfabéticamente en cuatro categorías generales. Desearíamos que el lector intentara un análisis personal de esta lista. Es preciso observar que aquí el liderazgo no equivale a tener muchas votaciones y por lo tanto no es igual a la posición central de un círculo social, aunque, por supuesto, está relacionada con ella. Es posible hacer un análisis más exacto comparando a los que tienen más "votos" con los que tienen menos, utilizando toda la lista de 172 intelectuales. Queremos destacar que por razones administrativas no todos los integrantes de los primeros setenta estaban en nuestra lista para ser entrevistados, de modo que no hay garantía de que la inclusión en la lista signifique que hemos tratado de entrevistar a la persona, ni mucho menos que la hayamos entrevistado efectivamente. Pero también es cierto que nuestra muestra incluye a un gran número de intelectuales importantes, y que entre los 172 de la lista la muestra de los entrevistados resulta tendenciosa sólo en términos de la relativa escasez de **free-lancers** de importancia. Éstos escasean principalmente porque no tienen secretarías que los obliguen a cumplir con sus obligaciones sociales. Presumiblemente ésa es precisamente la razón por la que son **free-lancers**. Aquí aparecen sólo los primeros 70. En realidad, dos tercios de los miembros de la lista de los 172

tuvieron menos de dos "votos", el 16 por ciento entre dos y cinco votos y el 18 por ciento seis o más.³³

La primera sorpresa es que la edad **no** tiene relación con el número de votos. La razón de esto es probablemente que muchos intelectuales mayores tienden a descender un poco, especialmente dado que nuestra calificación concede puntos por las relaciones sociales y la polémica activa. Sin embargo, los intelectuales más jóvenes no se incluyen en la lista a menos que sean bastante excepcionales. El resultado neto es que no afecta la categoría de un intelectual de élite. Otra sorpresa es que el hecho de vivir en la zona metropolitana de Nueva York (nuestro distrito de cincuenta millas) **no** tiene relación positiva con el prestigio. La "mafia" de Nueva York ha sido seriamente sobreestimada.

Algunos lugares comunes relativos a los intelectuales parecen encontrar apoyo en las características que los intelectuales con más votos. Más del 40 por ciento de los judíos recibió seis o más votos en comparación con alrededor del 15 por ciento de los no judíos. El 40 por ciento de los profesores de humanidades recibió seis o más votos, al paso que sólo el 25 por ciento de los no académicos y de los profesores de ciencias sociales tuvieron 6 o más votos. El radicalismo en la juventud está fuertemente asociado con el prestigio; ninguno de los que dijeron haber sido conservadores o personas de centro en su último año en la universidad recibió seis o más votos, pero el 60 por ciento de los que fueron radicales en la universidad sí los recibió. La asociación entre el radicalismo de las opiniones actuales y el prestigio es de proporciones mucho más modestas. (Con respecto al gran problema del momento, la guerra de Vietnam, **no** hubo diferencia en votos entre los que querían retirarse inmediatamente y los que favorecían una coalición y una retirada más gradual. Por otra parte, muy pocos de los que estaban en favor de impedir el triunfo comunista obtuvieron ningún voto.) Y en conjunto el número de "radicales" contemporáneos, autodeclarados o no, en los primeros setenta es efectivamente pequeño.

Los círculos sociales de intelectuales son un fenómeno histórico: sus características están muy relacionadas con el tiempo y el lugar en que aparecen y las clavijas institucionales de las que cuelgan. Los intelectuales norteamericanos de élite que vimos en 1970 eran fundamentalmente los mismos que llegaron al poder a fines de la década de los 40's y comienzos de los 50's, como lo muestra un estudio de Tom Conway.

³³ Si contamos **todas** las preguntas que piden nombres, aparte de las referentes a Vietnam, entonces la mitad recibía menos de 2 "votos", el 20 por ciento entre dos y cinco y el 30 por ciento seis o más.

Sus características sociales y sus orientaciones políticas aún están vinculadas a las circunstancias y problemas de la gran depresión, el nazismo, el stalinismo y el antiestalinismo. Con respecto a los problemas actuales no son necesariamente de vanguardia, aunque sí son más liberales que otros grupos comparables. La guerra de Vietnam y las visiones revisionistas de la guerra fría lograron "elegir" a algunas caras nuevas, pero pese a la impresión que muchos tienen de la **New York Review of Books**, el nuevo órgano de la élite intelectual, tales personas no han tenido un efecto muy notable en las filas de los intelectuales de élite. Los problemas de relaciones raciales han aportado algunos negros, pero ninguno de ellos ha sido especialmente nuevo para la escena. La "revolución cultural" (drogas, rock, etcétera) y el nuevo estilo de la política radical también trajeron algunas caras nuevas, pero la mayoría ya ha abandonado los principales círculos sociales intelectuales.³⁴ Si la generación de menos de 30 años ha formado círculos nuevos, éstos no tienen aún la cohesión suficiente para que podamos identificarlos y encontrarlos. Si es que existen, existen en **pockets** aislados, no en redes nacionales; y en 1974 sería muy difícil cambiar radicalmente nuestra muestra de intelectuales de 1970.

La incapacidad de la mayoría de los intelectuales entrevistados para nombrar a sus reemplazantes es sintomática en esta conclusión.

Algunos han expresado la opinión de que la idea misma de una élite intelectual está pasando de moda. Lo dudo. El paciente está vivo y bastante bien, gracias, pero está envejeciendo y sus herederos aún no se han dado a conocer.

El poder y la gloria: el sistema de periódicos intelectuales

Los periódicos intelectuales norteamericanos contemporáneos son las principales agencias de calificación del mérito de los intelectuales norteamericanos y los principales responsables de la importancia de los primeros setenta, cuyas características acabamos de examinar. Un prominente intelectual norteamericano molestó recientemente a algunos de sus colegas al confesar abiertamente que el éxito era de fundamental importancia para él.³⁵ Podhoretz, desalentado por la reacción a su libro **Doings and**

³⁴ La mayoría de los escritores asociados con esa revolución —los "new journalists", los críticos de cine y de arte de vanguardia y los innovadores como Andy Warhol, etcétera— han hecho poco o ningún contacto con los intelectuales identificados en ese estudio, y por lo tanto era menos probable que fueran mencionados por nuestros entrevistados.

³⁵ Una confesión similar es "What New York Does to Its Writers", de Mary Breasted, en **Village Voice**, 1º de junio de 1972.

Undoings, finalmente reunió el valor necesario para medir su prestigio como intelectual y, según dice:

descubrí para mi sorpresa que después de mucho servicio activo mi haber registraba un aumento impresionante. Había empezado a moverse en forma vacilante con una reseña en la página cuatro (con fotografía) en el **Sunday Times**; volvió a aumentar ligeramente con un retrato y una nota halagadora en **Newsweek**; decayó un poco después de un maligno ataque contra mí en **The New York Review of Books** (sin caricatura de Levine, lo cual me costó otro punto más); pero luego ascendió notablemente cuando se me confirió el habitual honor de ser atacado por extenso en el **New Yorker**, pese a su tradicional regla contra la reseña de libros que contengan material que haya aparecido originalmente en sus páginas, como pasaba con **Doings and Undoings**; ascendió aún más cuando **Partisan Review** destacó en la portada su nota sobre mí, y eventualmente se estableció a una nueva altura a medida que la publicación del libro retrocedía en el pasado.³⁶

Para comprender el mundo de los principales intelectuales de fines de la década de los 60's, es preciso comprender primero a los principales periódicos intelectuales de esa época. Para empezar quisiéramos saber cuáles eran los periódicos principales y de dónde procedía su influencia. Luego quisiéramos examinar las relaciones entre periódicos e intelectuales, incluyendo quién hace a quién. Nuestras elaboradas calificaciones de periódicos e individuos intelectuales son, a cierto nivel, puro chisme organizado, por interesante que pueda ser tal cosa. Pero, ¿cómo se seleccionan y transmiten las ideas?, ¿quién determina qué ideas tendrán influencia, así como quién puede enunciarlas? —todo esto es importante para la vida política y cultural.

Lo que se lee

Para ser influyente un periódico debe ser leído, de preferencia, por intelectuales de prestigio. Como se ve en el cuadro 10, de los ocho periódicos (de una lista de 42) que ocuparon los primeros lugares en nuestra muestra de 1970, la **New York Review of Books** y la **New York Times Book Review** compartían el primer lugar como "más leídas", con alrededor del 75% de los principales intelectuales, quienes afirmaban leerlas regularmente. (En reali-

³⁶ Norman Podhoretz, **Making It**, Nueva York, Random House, 1967, p. 351.

dad, el primer lugar correspondería a **The New York Times Magazine**, con más del 80%, pero es un caso especial que discutiremos más adelante.) En segundo lugar, con más del 50% de la muestra afirmando leerlos regularmente, se hallaban **New Yorker**, **New Republic**, **Commentary** y **Harper's**. En tercer lugar se hallaba **Partisan Review**, con un tercio de la muestra. **Saturday Review** era leída por poco más del 20%. A continuación aparece la lista completa, en orden alfabético. (Este orden es algo distinto del registrado en nuestro primer estudio de un grupo menos selectivo de entrevistados, destinado a ubicar los principales periódicos para poder escoger nuestra muestra de escritores.)³⁷

Descubrimos que los profesores leían menos de esos periódicos que los no académicos; su promedio fue de 11 periódicos cada uno, de la lista de 42, mientras que los no académicos alcanzaban a un promedio de 14 periódicos cada uno. Naturalmente que es posible que estos resultados reflejen el hecho de que los periódicos profesionales, que probablemente sean leídos con mayor frecuencia por los académicos, no fueron incluidos en nuestra lista. Las personas mencionadas dos o más veces por el resto de nuestra muestra señalan cómo siendo intelectuales influyentes leen más periódicos.

Los no académicos influyentes afirmaron, en general, leer regularmente un colosal promedio de 16.5 periódicos. Aun los poco más de 9 periódicos que leen los académicos menos influyentes, la docena de periódicos que leen los académicos influyentes, o los poco más de 11 que leen los no académicos menos influyentes, parecen en realidad cifras bastante grandes. Se tiene casi la impresión de una máquina creadora de opinión que, para producir opiniones de la mejor calidad, debe ser alimentada con una abundante ración de opiniones de la mejor calidad. En realidad, cuanto mayor es el prestigio de un intelectual, mayor es el número de los principales periódicos que probablemente lee.

Parte de la razón por la que los no académicos leen un número mayor de periódicos puede ser su deseo de mantenerse al tanto de los intereses del público general, asunto de aparentemente menor importancia para los académicos. Una proporción mayor de los no académicos lee las publicaciones de circulación masiva como **Newsweek**, **Time**, **Life** y **Esquire**, mientras que una proporción mayor de profesores lee las de menor circulación, como **Daedalus**, **Dissent**, **The Public Interest** y **Commentary**. Pero tanto académicos como no académicos concordaron en cinco de los seis periódicos a los que consideran influyentes. **New York Review of Books**, **New Republic**, **The New York Times Book Review**, **The New Yorker** y

³⁷ Hadushin, Hover y Tichy, "How and Where to Find Intellectual Elite".

CUADRO 10

PERIÓDICOS Y REVISTAS LEÍDOS REGULARMENTE
POR 90 INTELLECTUALES DE ÉLITE
NORTEAMERICANOS EN 1970

Periódico o revista ¹	Porcentaje que los lee "regularmente" ²
American Scholar	22.2
Atlantic	47.8
Atlas	16.7
Columbia Review	18.9
Commentary	54.4
Commonwealth	18.9
Daedalus	41.1
Dissent	38.9
Esquire	25.6
Foreign Affairs	26.7
Harper's	53.3
I. F. Stone's Bi-Weekly	24.4
Life	28.9
Look	20.0
Nation	22.2
National Review	16.7
New American Review	12.2
New Republic	54.4
New York Review of Books	74.4
New York Times Book Review	78.9
New York Times Magazine	81.1
New Yorker	58.9
Newsweek	52.1
Paris Review	13.3
Partisan Review	32.2
Playboy	10.0
Progressive	10.0
Public Interest	27.8
Ramparts	16.7
Saturday Review	23.3
Time	46.7
Transaction	22.2
Village Voice	22.2

¹ Los periódicos que figuran en la lista son los leídos cuando menos por el 10% de los que respondieron a la pregunta.

² La formulación concreta de la pregunta explicaba: "Es decir, lee algo en la mayoría de los números."

Haper's son leídos por una elevada proporción de ambos grupos. **Commentary**, publicado por el Comité Judío Norteamericano, parece ser ligeramente preferido por los académicos, tal vez porque más de entre ellos son judíos.

The New York Times Sunday Magazine es un caso especial. Literalmente el 98% de los intelectuales de élite entrevistados (incluyendo a los que no viven en Nueva York) afirmó leer el **New York Times**, y más de las tres cuartas partes de ellos también dijeron leer el **New York Times Sunday Magazine**. Aunque éste no había sido incluido en el primer estudio, porque técnicamente se le clasifica en los directorios como suplemento dominical, fue incluido en la lista ampliada de publicaciones utilizada en el presente, de modo de poder compararlo con los periódicos. Aunque ese suplemento es ampliamente leído, por los comentarios de los entrevistados no hay mayor evidencia de que sea especialmente influyente entre los intelectuales como publicación independiente. Por otra parte, algunos manifestaron que **The New York Times Book Review** puede hacer o deshacer la reputación de un intelectual.

Quién escribe para qué

El mundo intelectual es circular. Los principales intelectuales escriben para los principales periódicos porque, aun sin ayuda de las encuestas, creen que tales periódicos son leídos por la élite intelectual. De modo que cuando surge un problema que realmente les preocupa, como la guerra de Vietnam, empuñan la pluma (o aporrean la máquina de escribir) y escriben para los periódicos intelectuales: el 60% de nuestra muestra escribió acerca de la guerra.

Preguntamos a los intelectuales de élite cómo harían (o cómo hacen) para comunicar sus ideas acerca de la guerra de Vietnam a otros intelectuales. La gran mayoría dijo que escribiría en un periódico; los más influyentes tendían a decir que escribirían más que los menos influyentes. Poco más de la mitad de la élite mencionó periódicos específicos, y la mayoría de las personas que mencionaron los periódicos nombró por lo menos dos. El periódico escogido con mayor frecuencia como medio para llegar a otros intelectuales fue la **New York Review of Books**, elegida por 21 personas. Otros periódicos mencionados por más de 10 personas fueron **Commentary**, **Sunday**, **Times Magazine**, **Atlantic** y **Haper's**. Entre 5 y 8 veces fueron mencionados **New Republic**, **Dissent**, **Partisan Review**, **New Yorker** y **The Nation**. Se manifestó una tendencia de los intelectuales de élite más influyentes a

señalar un mayor número de periódicos y a mencionar periódicos influyentes con mayor frecuencia. Por ejemplo, 16 de los 21 que seleccionaron la **New York Review of Books**, y 14 de los 17 que escogieron **Commentary**, fueron mencionados dos o más veces por nuestra muestra como intelectuales influyentes. Si bien estos intelectuales más influyentes tendían a declarar exactamente cómo comunicarían sus opiniones a otros intelectuales, otros intelectuales menos influyentes tenían más probabilidades de no saber qué periódicos utilizar.

Una lista estadística de periódicos intelectuales sugiere que todos los más importantes son útiles para llegar a los intelectuales. Pero los intelectuales más influyentes tendían a pensar que había un órgano para los intelectuales —la **New York Review of Books**.

Cuando escribo para mis colegas intelectuales, si alguna vez lo hago, escribo para la **New York Review of Books**.

Una serie de personas que escriben en la **New York Review of Books** han hecho de ella una especie de órgano del sentimiento intelectual anti-Vietnam.

Para llegar a los intelectuales, la **New York Review of Books**, con la que no estoy de acuerdo, es ciertamente un medio muy importante.

Cuando fueron escogidos otros periódicos, generalmente se les percibía como menos importantes para llegar a los intelectuales. Los siguientes comentarios ilustrativos fueron hechos por un intelectual que no escribe para la **New York Review of Books**:

No hay más publicaciones masivas para intelectuales que la **Book Review** y el **Magazine** del **New York Times**. Ambas llegan tanto a los intelectuales como al público en general. Hay dos lugares realmente efectivos para llegar a los intelectuales y lectores en general... **New Yorker**... **Harper's**. El más efectivo, sin discusión el más poderoso periódico intelectual es la **New York Review of Books**. Eso no se discute. No es un lugar donde yo pueda escribir, pero si uno quiere llegar a la comunidad intelectual, ése es el medio a utilizar.

Al escoger los periódicos en que escribirían, algunos intelectuales tomaron en cuenta su tipo de público. Una retroalimentación (**feedback**) interesante era un elemento muy importante. Los intelectuales tenían la sensación de que los artículos publicados en periódicos influyentes tenían como consecuencia una respuesta más seria y frecuente de los lectores que los publicados en periódicos menos influyentes. Como lo expresó un prominente

escritor "(basándome en las cartas que recibo)... he observado que si escribo algo en la **Saturday Review** sólo lo leen gentes sin interés, pero si escribo para la **New York Review** lo lee todo el mundo". Otro intelectual habló de un conocido suyo que recibió más cartas en respuesta a una reseña aparecida en **New Republic** que en todos los años en que había escrito regularmente para dos periódicos no influyentes. Otro afirmó que recibía muchas más cartas cuando escribía para el **New Yorker** que cuando lo hacía para **Esquire**, aun cuando la circulación de **Esquire** es mucho mayor. También se observaron otras diferencias en el público. Un intelectual, por ejemplo, describió al público de **Harper's** como de "buenas amas de casa", pero no podía imaginar "quién diablos lee **Atlantic**".

La mera circulación masiva, sin embargo, también tiene su atractivo. Un destacado crítico de un periódico de primera categoría gustaría de llegar ocasionalmente a un público mayor:

Si escribiera un artículo largo y analítico sobre la situación del teatro... **Harper's** o **Atlantic** no lo publicarían. Es posible que al editor le encantara, pero no lo publicaría porque actualmente están muy metidos en el negocio duro, competitivo, y utilizan temas intelectuales que estén "calientes" en cuanto a su tema o escritos por alguien sensacional. Publicarían un artículo sobre ecología. Si Andy Warhol escribiera una nota sobre el desnudo en el teatro, **Harper's** y **Atlantic** se romperían el alma por conseguirlo. Pero si Eric Bentley o Francis Ferguson escribieran un artículo brillante analizando las filosofías del teatro actuales, es posible que el editor lo leyera fascinado y dijera: "Ya sabe que esto no lo leería nadie." Revistas como **Harper's**... no son realmente canales para la expresión intelectual. Generalmente se les cuenta como tales y no lo son. **Esquire** no lo es. Quiere la novedad. Por lo tanto, hay un verdadero cisma en el país entre las revistas de amplia y las de reducida circulación. Y por eso uno termina encerrado en el rincón donde sólo puede hablarle a la gente que probablemente ya está de acuerdo.

Los periódicos de gran circulación tienden a crear y servir a celebridades intelectuales, cuyos productos pueden no haber recibido ese cuidadoso escrutinio por el círculo de sus pares a que está sujeta la mayor parte del trabajo en los periódicos intelectuales. La "novedad" y el sistema de estrellas conspiran para producir

Erich Segals y Charles Reichs, ninguno de los cuales, como se observará, aparece en nuestra lista de los primeros setenta.³⁸

La mayor parte de la muestra, sin embargo, no sabía cómo llegar al gran público y/o no le interesaba hacerlo. Cuando les preguntamos cómo comunicarían sus opiniones sobre Vietnam al público votante, los intelectuales dieron respuestas más bien vagas. Menos de la mitad dijo que escribiría, y la mayoría de ellos especificó que el medio de su elección serían periódicos antes que libros. Después de éstos, el medio mencionado con más frecuencia fue la televisión, escogida por alrededor de un 20%, seguida por los diarios, mencionados por sólo el 10%. Algunos intelectuales dijeron que de ningún modo tratarían de llegar al público, explicando que escribirían sólo para públicos intelectuales. Uno "nunca había considerado tal cosa", mientras que otro replicó que escribir para el público general era "extraño a mi tipo de pensamiento." Otro explicó: "Nunca me dirijo al público general votante. Mi comunicación es con otros intelectuales."

Después de decir que escribirían para el público general, la mayoría de los intelectuales se mostraron bastante vagos acerca de cómo lo harían. Sólo el 75% pudo mencionar un periódico específico, y sólo cinco pudieron nombrar más de uno. El periódico señalado con mayor frecuencia como el mejor para llegar al público general fue el **Sunday Times Magazine**, pero sólo fue mencionado por siete personas. Ninguno de los intelectuales trataría de llegar al público escribiendo en la **New York Review of Books, Commentary** o **Partisan Review**, y sólo una de cada tres personas escogió a **Harper's, Atlantic, New Republic, New Yorker** o el **Nation**. De acuerdo con las respuestas de la mayoría de nuestros entrevistados, evidentemente los periódicos influyentes no son un medio para llegar directamente al gran público.

Algunos intelectuales, sin embargo, defendieron una teoría de influencia "indirecta" sobre el público. Un editor de un importante periódico intelectual, aunque de circulación relativamente reducida, nos explicó su teoría:

Los periódicos de opinión... **New Republic, Nation, New Leader...** influyen fuertemente en otras publicaciones. Se puede observar que las revistas masivas populares se ocupan de un problema un año después que los periódicos de opinión. ... Alguien me dijo que Henry Luce solía emplear a

³⁸ McLuhan lo hace, sin embargo, y debe señalarse que había hecho contribuciones "sólidas" antes de alcanzar el nivel de celebridad. Por un análisis brillante del problema de las celebridades en los periódicos, ver Lewis Coser, "The Intellectual as Celebrity", *op. cit.*

una mujer que casi no hacía otra cosa que leer las publicaciones menores y marcar y cortar las cosas que llegarían a ser de interés.

Y otro editor de un importante periódico intelectual añadió:

En una medida muy grande, las publicaciones de circulación reducida hacen germinar las ideas que luego se diseminan en la sociedad. Preparan la agenda básica... No es una influencia directa, es fundamentalmente indirecta. Actúa sobre la mente de las personas que tienen a su cargo las páginas editoriales, los escritores, otras publicaciones, los dirigentes del pensamiento, la mayoría de los dirigentes y todo tipo de dirigentes de opinión.

Los intelectuales que no querían o no podían escribir como medio de influir en alguien tenían su propia teoría de los Tiempos Modernos. La televisión es la verdadera fuente de influencia, como nos dijo un prominente intelectual:

Escribir ya no es tan importante. Las gentes que están formando la opinión en este país no son esos viejos intelectuales que escriben para periódicos viejos. Son las gentes que están transmitiendo por las redes... la repercusión de algo dicho en el Johnny Carson Show o en el Congreso es muy superior a la de lo que aparece en la **New York Review of Books**.

Qué hace una publicación intelectual de primera clase

Cualesquiera que sean las percepciones de los intelectuales acerca de los principales periódicos, tenemos los datos para construir una "fórmula" del periódico intelectual de éxito. Dos ingredientes fundamentales distinguen a los periódicos más influyentes de los menos influyentes: lo que publican y a quién publican. Analizamos el contenido de los principales 24 periódicos de 1964 a 1968 (véase el Apéndice sobre muestreo para la lista de los 24 principales). Ese periodo coincide con el apogeo de las tendencias de la década de los 60's y por lo tanto ofrece una visión de un mundo que ya algunos intelectuales importantes recuerdan con nostalgia.³⁹

³⁹ Al examinar periódicos incluimos todos los números de los trimestrales. De las revistas mensuales codificamos los números correspondientes a los meses impares para 1964, 1966 y 1968 y los de los meses pares para 1965 y 1967. Para los semanarios tomamos un número cada cuatro empezando por el primero publicado en 1964, el segundo en 1965, el tercero en 1966, el cuarto en 1967 y el primero en 1968.

El fin de los sesentas ya está siendo aclamado (o llorado) como la época en que los intelectuales norteamericanos se politizaron y se desplazaron hacia la izquierda. Nuestros datos sugieren (como se verá) que esto no es completamente verdadero de nuestra muestra. Sin embargo se observó un desplazamiento hacia la izquierda especialmente con respecto a la principal publicación de los intelectuales, la **New York Review of Books**.

En cierto sentido es verdad que todas las revistas de circulación masiva se han vuelto hacia la izquierda, pero es sólo aparente. Están compitiendo por un público rico y joven. Cuando empezó la **New York Review of Books** yo escribía bastante para ella. Después empecé a ver claramente que en los últimos años se estaban desviando en una dirección que no me gustaba —publicando a gente como Kopkind, que me parece abominable, y Tom Hayden y otros por el estilo. Estaban adoptando la moda de la **New Left**.

Lo que leo normalmente ha ido preocupándome en forma creciente por Vietnam. Por ejemplo, leo bastante de la **New York Review of Books**, que trae artículos sobre Vietnam en todas las páginas.

La **New York Review of Books** tiene bastante poder e influencia sobre el mundo literario de Nueva York. Por supuesto que digo literario porque así empezó. Acabó por ser un periódico mucho más político y social que literario.

Otros no creen que esto sea cierto. Personas cercanas a la **New York Review of Books** han señalado que tuvo un contenido sociopolítico importante desde su comienzo en 1963. Es posible que así sea, pero un cuidadoso análisis de contenido en el periodo de cinco años estudiado revela que **todos** los periódicos que tenían una proporción relativamente alta (el 20% o más) de contenido literario en 1964 y 1965 han reducido grandemente desde entonces el espacio dedicado a temas literarios. La única excepción, **Kenyon Review**, ha cesado de publicarse. Esta disminución de atención prestada a la literatura fue acompañada por un aumento de interés por las artes y los problemas sociopolíticos. A partir de 1967 las seis publicaciones más leídas por muestra —la **New York Review of Books**, **New Republic**, **Commentary**, **The New York Times Book Review**, **New Yorker** y **Harper's**— mostraron **todas** un marcado aumento de contenido sociopolítico con una disminución correspondiente de contenido referente a la literatura y, en este caso, también a las artes. Y esto es lo que distingue a las publicaciones más influyentes del resto. Sólo 5 de los 18 periódicos menos influyentes aumentaron su contenido sociopolítico en esos años.

Parte, aunque de ninguna manera todo, del aumento en cobertura sociopolítica fue resultado del aumento del número de artículos sobre Vietnam y, en menor medida, de las crisis en las universidades. De nuevo 5 de los 6 periódicos influyentes aumentaron la proporción de espacio destinado a problemas sociopolíticos candentes, como Vietnam y la agitación estudiantil, mientras que sólo 5 de los 18 periódicos menos influyentes siguieron esa tendencia. La única excepción entre las publicaciones más influyentes fue **Commentary**, que ya tenía una proporción muy elevada de atención a los problemas "candentes".

Ante la pregunta de qué publicaciones habían influido más en el entrevistado acerca de Vietnam, **New York Review** fue mencionada con frecuencia como influyendo en forma **negativa** sobre el pensamiento del entrevistado, especialmente debido a su contenido de izquierda. Otras publicaciones mencionadas frecuentemente, aunque rara vez por su influencia negativa, fueron el **New Yorker**, **New Republic** y **I. F. Stone's Bi-Weekly**, seguidas por **Harper's**, **Commentary**, **Dissent** y **Atlantic**. También **The New York Times Sunday Magazine** fue mencionado con frecuencia, y una serie de personas señaló que parte de la cobertura del **Times** tenía un enfoque conservador. En general, las publicaciones consideradas influyentes o de buena cobertura eran aquellas cuyos corresponsales escribían desde el teatro de la acción y se pasaron a una posición anti-Vietnam, pero fueron conscientes de ese cambio. También se consideró importante cualquier cobertura periodística en el lugar de la acción.

Aunque un **aumento** en contenido político coincide con una mayor influencia, una cobertura política intensa, por sí sola, no es garantía de gran influencia general. En efecto, los tres periódicos de mayor proporción de contenido político (**Progressive**, **Dissent** y el **Reporter**) no se hallaban entre los más influyentes. En forma similar los tres con mayor proporción de contenido literario (**Yale Review**, **Kenyon Review** y **Sewanee Review**) tampoco llegaron a la lista de los más influyentes. Las publicaciones influyentes, con la posible excepción del **New Republic**, no tienen una gran proporción de su contenido en ninguna categoría determinada. La **cobertura general** es por lo tanto un ingrediente muy importante para llegar a ser una publicación de las más influyentes.

Si nuestra visión de los periódicos como porteros de la conversación y la fama en el mundo intelectual es correcta, la reseña de libros debería ser una función importante, pues es la quinta-esencia de la tarea de portería. Cuanto más importante sea una publicación, más reseñas debería tener. Ejemplos extremos son la **New York Review of Books** y la **New York Times Book Review**. Pero esto se aplica en general a todos los periódicos influyentes,

aun los que no se dedican especialmente a las reseñas. Cinco de las seis publicaciones más influyentes presentaban el 25% o más de sus notas en forma de reseñas de libros. Sólo ocho de los dieciocho menos influyentes presentaban el 25% o más de su material en forma de reseñas, y tres de ellas eran especialistas en temas literarios—**Yale Review**, **Sewanee Review** y **Kenyon Review**.

En último análisis son las personas, no los temas o la cobertura, lo que hace una publicación. Las principales publicaciones intelectuales atraen más del talento intelectual de primera categoría. Volvamos a esa lista de las setenta estrellas principales del mundo intelectual para ver cómo les fue en la publicación en periódicos. El número de “votos” obtenidos por un intelectual de sus iguales estaba estrechamente relacionado tanto con el simple número de artículos publicados por él y con la variedad de publicaciones en que hubieran aparecido. Las excepciones, por supuesto, son los propios porteros oficiales: los editores. Recibieron buen número de “votos”, pero sus líneas individuales tendían a aparecer menos que en el caso de otros influyentes. Lo más importante es que las publicaciones mejor calificadas son las que tienen mayor proporción de trabajos escritos por estrellas intelectuales.

Los periódicos especializados tenían más dificultad para atraer a los escritores estrella. Y es la especialización, por supuesto, lo que hace que una publicación tenga una influencia menos extendida como medio intelectual. Los tres periódicos especializados en literatura tuvieron la mayor dificultad para atraer estrellas. En **Kenyon Review**, **Sewanee Review** y **Yale Review** menos del 3% de los artículos eran obra de estrellas. Los periódicos políticos especializados no tuvieron mejor suerte. De los cinco periódicos de por lo menos un 40% de contenido político, tres (**Nation**, **Progressive** y **Reporter**) tuvieron menos del 3% de su contenido escrito por estrellas. Pero los periódicos políticos de mayor influencia atraen más estrellas. El 10% de los artículos de **Dissent** y el 8% de los de **New Republic** eran obra de estrellas. Es un resultado especialmente bueno para el **New Republic**, que se publica semanalmente, presenta muchos artículos por año y debe tener una lista de personas que pueden escribir regular y rápidamente—lo cual no siempre es una característica de las estrellas intelectuales.

Como hemos dicho, la reseña de libros con frecuencia cumple la función de la crítica y discusión del salón. De modo que, para ser influyente, los reseñistas de una publicación deben tener un elevado prestigio en la comunidad de intelectuales. De las publicaciones que incluyen un gran número de reseñas, **The New York Review of Books**, el periódico más calificado, tenía un sorprendente récord del 12% de sus reseñas escritas por estrellas. Hasta el **New Yorker**, que no se especializa en las reseñas, pero recibió una

calificación elevada, atraía una gran proporción de reseñistas estrella: el 15%. Y tenemos la impresión de que el editor de la **New York Times Book Review** debe estar distribuyendo las reseñas con nuestra lista de estrellas en la mano, pues ha habido un marcado cambio en la situación de los reseñistas en los últimos años. Periódicos importantes que, sin embargo, no alcanzaron calificaciones elevadas, como **Partisan Review**, **Ramparts** y **Progressive**, compensan su falta de reseñistas estrellas reseñando los libros de las estrellas.

El juego del poder

Los intelectuales, a través de sus hábitos de lectura y preferencias de escritura, hacen a algunas publicaciones más prestigiosas que otras, porque, naturalmente, aprueban los temas, el estilo y los autores de determinado periódico. Pero una vez que las publicaciones alcanzan posiciones de eminencia, adquieren un poder independiente para hacer o destruir el prestigio de intelectuales individuales. Ese poder se ejerce a través del sistema de camarillas y estrellas, la capacidad de impulsar a algunas personas y no a otras y la capacidad de seleccionar determinadas ideas y no otras. Como resultará evidente, el poder de apoyar una idea, a la vez que se ignora o denigra otra, proporciona la clave del reino de los intelectuales.

La escasez de estrellas, por definición, lleva a las publicaciones a una posición incómoda. La mayoría de los periódicos gustarían de tener estrellas que escribieran para ellos. Como lo expresó un editor:

Hay diferencia entre ser importante y ser bueno. Si yo supiera quiénes son las personas importantes, los haría venir a mi periódico.

La misma búsqueda de estrellas indica que los periódicos más admirados por su influencia son también los más odiados por su carácter de círculo cerrado. La **New York Review of Books**, que encabeza la lista de publicaciones influyentes, también encabeza la lista de publicaciones más criticadas por eso, distinción que comparte con otras de las publicaciones más calificadas.

New Republic era escrito por personas que hablaban para sí mismas. Esto se aplica también a la **New York Review of Books**.

L. **New York Review** es parroquial, estrecha, limitada e incestuosa. Sólo se reseñan sus libros mutuamente, se elogian mutuamente y difunden chismes unos sobre otros.

La otra cara del parroquialismo es el poder en el mundo intelectual. Sólo dos de las personas que entrevistamos pensaban que las camarillas que rodean a algunos periódicos, tema que se discutirá en el próximo capítulo, no tenían poder alguno, y sólo una persona afirmó que el poder estaba bien distribuido. Cuando preguntamos quién tenía el poder de crear o destruir la reputación de un intelectual, 45 personas dijeron que ese poder pertenecía antes a publicaciones que a individuos. Mientras que algunos percibían ese poder como difuso en los grupos o círculos que rodean a los periódicos intelectuales –tema que examinaremos en el próximo capítulo–, otros atribuían ese poder a los editores, los reseñistas o el propio periódico. El periódico considerado como más poderoso en ese aspecto fue la **New York Review of Books**, que 39 intelectuales creen capaz de crear o destruir reputaciones. Según 19 personas **Commentary** tenía ese poder, y según 11 **The New York Times Book Review**, **Harper's**, **Atlantic** y **Partisan Review**, elegidos como poderosos por más de cinco personas, fueron elegidos principalmente por intelectuales no influyentes. Los únicos periódicos elegidos como poderosos por más de una persona, aparte de éstos, fueron **Public Interest** (elegido por cuatro intelectuales influyentes) y **Dissent**.

Unos pocos intelectuales veían con disgusto ese poder. Como lo expresó uno de ellos:

El poder se halla en los círculos que rodean a **Commentary**, **Dissent**, la **New York Review of Books** y **Partisan**. El noventa y nueve por ciento de lo que sucede en esos círculos es payasada.

Uno opinaba que el poder de los periódicos influyentes era injustificado:

Las gentes que controlan buena parte del acceso son las gentes de la **New York Review of Books**. La más influyente de ellas, supongo, es Elizabeth Hardwick. Si existe algo como un **establishment** cultural debe tener como centro a esa revista. Ella (Hardwick) también está relacionada con el **Theater for Ideas**, que es muy importante entre los intelectuales. No tiene mucho de teatro, al igual que la **New York Review** tampoco tiene mucho que ver con libros. La gente dice que debería llamarse **New York Review of Vietnam**.

Unas pocas personas expresaron amargura ante el poder de los reseñistas:

La **New York Review of Books** representa a la propia ciudad de Nueva York y la actitud de la **New York Review** hacia los libros es muy tosca y muy provinciana. La **New York Review** está en contra de las novelas.

La **New York Times Book Review** tiene un monopolio peligroso y amenazante y el único canal para las reseñas de libros... Un libro que no sea reseñado en ella no se venderá.

En su mayor parte, sin embargo, los intelectuales **no** hicieron juicios de valor ni mostraron reacciones negativas al poder de los periódicos. Así, aunque las publicaciones fueron criticadas por sus posiciones políticas, por crecer hacia adentro o en forma incestuosa, y por toda una variedad de otras razones, el poder de los periódicos era aceptado como un hecho natural por la mayoría de los intelectuales.

Como cabía esperar, las personas mencionadas con mayor frecuencia como poseedoras del poder de crear o destruir reputaciones fueron los editores de las principales publicaciones—Robert Silvers, Jason Epstein⁴⁰ y Norman Podhoretz. Algunas personas hicieron comentarios sobre la alianza entre periódicos y editoriales que representan Silvers y Jason Epstein. Sólo dos personas mencionadas más de dos veces como poseedoras del poder de crear o destruir reputaciones no tenían relación con periódicos. Empero una de esas personas, Edmund Wilson, se dijo que no utilizaba ese poder. El otro, Lionel Trilling, merecía la mayor consideración y respeto de varios intelectuales por sus esfuerzos por ayudar a escritores de talento a llegar a ser publicados por los periódicos influyentes. Aunque algunos intelectuales nombraron a ciertas personas, generalmente académicos, o a algunas editoriales como poderosas, el control del acceso y el poder de crear o destruir reputaciones se atribuyó principalmente a las publicaciones.

Si bien hemos hablado de los intelectuales influyentes y estrellas diciendo que “hacen” un periódico, el poder de los periódicos evidentemente puede “hacer” a un intelectual. Según nuestros entrevistados, hay una variedad de métodos de “entrar”, aunque no es seguro que cualquiera de esos métodos funcione. Algunos dicen que una vez que un novato ha aparecido en cualquiera de una serie de periódicos reputados, ya “la hizo”:

El mundo editorial es muy pequeño. Una vez que uno ha penetrado, con una o dos obras, hay tan pocos editores; todos se conocen entre sí, y tienen tan poca imaginación que siguen publicando las mismas cosas.

⁴⁰ El editor es Bárbara, no Jason Epstein. Pero muchos entrevistados, por accidente o en forma deliberada, dijeron “Jason” en lugar de “Bárbara”.

Yo creo que si uno logra publicar una nota crítica larga, que es la manera de empezar, en la **New York Review of Books**, o llama la atención de alguien como Izzy Stone, o publica una nota larga en el **New Yorker** o en **Harper's** o quizás en **Atlantic**, es un medio tan bueno como cualquier otro para establecer su reputación, porque son los periódicos más reputados.

Aparentemente, sin embargo, no sirve de mucho ser publicado si el artículo no aparece en uno de los periódicos de mayor influencia:

X es un intelectual emergente y será un escritor muy bueno, pero nadie lo conoce porque sólo escribe para **Dissent**.

X ha influido mucho en mi pensamiento, pero la gente no ha oído hablar de él porque sus artículos tienden a no publicarse en general en lugares intelectuales... (escribe para) el **American Scholar** o algo así.

En contraste con quienes abogan por lograr la publicación de un artículo, otros sostienen que la manera de ser publicado y "entrar" es conocer a las gentes "correctas":

Yo creo que mucho de lo que se publica se publica porque alguien conoce a alguien que conoce a alguien.

Sin embargo otros afirman que puede no tener importancia "quién conoce a quien":

Yo conozco a Epstein y a Silvers, pero francamente no creo que me publicaran porque soy demasiado **middlebrow** y no soy suficientemente radical.

No consigo que me publiquen en **New York Review** o en **Commentary**. Conozco a los editores, pero me resisto a comprometerme con ellos, aunque no por falta de respeto. Pensé escribir un artículo para la **New York Review**, pero me dijeron, "No, usted no es una persona seria."

A pesar de esa evidente función de portería, el número de nombres nuevos con ideas presumiblemente nuevas no es abrumador. La **New York Review of Books**, a la que muchos atribuyen el poder de crear o destruir reputaciones individuales, empezó, en efecto, por publicar a quienes ya eran influyentes. Como grupo, la élite intelectual mayor que examinamos tenía escasa conciencia de personas "emergentes" en el mundo intelectual. Muchos no pudie-

ron mencionar a ninguna personalidad emergente, mientras que otros mencionaron a "recién llegados" como Norman Mailer y John Updike. Los editores no estaban mejor informados que el resto de la élite intelectual, pues sólo la mitad dio algún nombre, y pocos de los mencionados eran realmente nuevos. La mayoría de los editores o bien no sabían quiénes podían ser los "nuevos", o bien manifestaron muchas dudas. Uno dijo tristemente:

Bastante sorprendentemente, la última persona de importancia que llegó al escenario intelectual con una incuestionable capacidad para escribir tanto sobre problemas culturales como moral-políticos fue Susan Sonntag. No sigo a todos los escritores jóvenes y es posible que haya alguien emergente que sea realmente bueno, pero hasta ahora ninguno se ha marcado en mi conciencia.

Los periódicos no sólo pueden publicar a los recién llegados, si quieren hacerlo, sino que también pueden rechazar a intelectuales ya establecidos porque no siguen la actual línea política de la publicación. Tres intelectuales nos dijeron que habían sido excluidos del **Times** y uno de la **Saturday Review**, debido a opiniones impopulares o excesivamente radicales. Como lo expresó uno:

El **Times** una vez me pidió que escribiera un artículo que escribí y que ellos se negaron a publicar... porque les chocaba demasiado. Fue la primera vez que fui censurado, por así decirlo. No soy de ningún modo un revolucionario. Me asombré al descubrir en primer lugar que existía una organización como el **New York Times (Magazine)** que aún mantenía una opinión fundamentalista y, en segundo, que yo era excluido. Quiero decir, por Dios, había cosas impublicables.

También los intelectuales conservadores tenían dificultades para ser publicados. Después que un intelectual liberal comentó que no lograba que lo publicaran en el **New York Times** por diferencias políticas, le preguntamos si había otros periódicos donde pudiera publicar. Respondió:

¿Sobre la guerra de Vietnam? ¿Cómo haría yo, en 1970, para que me publicaran artículos sobre la guerra para comunicarme con otros intelectuales, con mi posición, que no es popular? Creo que hay tres lugares donde es posible que mi posición fuera escuchada. Sé que encontraría un público amistoso en **Commentary** si lo escribiera de modo que tuviera algo que ofrecer a todos. Me imagino que sería posible

convencer al **New York Times Magazine** y, supongo, a **Harper's**.

Un conservador, famoso por su posición de halcón con respecto a Vietnam, probó esos lugares y le resultó imposible hacer que sus opiniones fueran publicadas o siquiera reseñadas:

(Mi último libro sobre política exterior) fue realmente rechazado por los principales instrumentos de la reseña de libros. Eso no fue accidental. La primera vez en mi vida que un libro mío no fue reseñado por el **New York Times**. Por el momento, los medios intelectuales no quieren publicarme, pero seguiré intentándolo. Puedo hacerme oír hablando, pero por el momento no logro que me publiquen debido al muro de resistencia contra las opiniones sobre política exterior que represento. A veces me siento casi totalmente boicoteado por los "snobs", como dicen... **Harper's, Atlantic, Commentary** y la **New York Review of Books**. Conozco a todos los editores y puedo llamarlos y me escucharán, pero no logro que me publiquen. Esta opinión o este grupo de opiniones no se reseñan, no se discuten y no se publican y los editores dicen lisa y llanamente que no lo harán. Estamos atrapados en una situación en que el mercado abierto de las ideas no lo es tanto.

Es posible que en alguna época haya habido un mercado abierto de las ideas, pero lo dudamos. La función de un periódico, al igual que la de un salón, es por último la de seleccionar entre las muchas ideas nuevas y viejas las que en su opinión deben comentarse. Casi todos los entrevistados destacaron el hecho de que los periódicos influyentes tienen una posición política definida, en general izquierdista. Se veía a la **New York Review** como el más radical de los periódicos influyentes, y a muchos de los entrevistados eso no les gustaba. La famosa cubierta del coctel Molotov provocó comentarios particularmente negativos:

New York Review dedicó una cubierta a cómo hacer un coctel Molotov. Creo que ese énfasis elegante en la violencia proviene de gentes que no tienen mucha experiencia de la violencia.

Mi grupo estaba indignado por los artículos de Kopkind, o la moralidad que emana de la boca de un fusil... por el viraje completo en favor de las revueltas, por el coctel Molotov en la cubierta, etcétera.⁴¹

⁴¹ La famosa cubierta fue publicada el 24 de agosto de 1966. Por un examen de las reacciones y del modo cómo llegó el cocktail Molotov a la cubierta, ver Philip Nobile, "A Review of the **New York Review of Books**", en **Esquire**, No. 77, abril de 1972, p. 107.

Lo curioso es que la mayoría de los intelectuales de élite incluidos en la muestra se oponían a la política radical, pero creían que esa política influía en la comunidad intelectual. En otras palabras, la mayoría de los intelectuales de élite con quienes hablamos no sufren la influencia de la supuesta línea radical de la **New York Review**, ni están de acuerdo con la política radical, pero, tal vez porque se publica, suponen que sí tiene influencia sobre otros intelectuales.⁴²

Como los periódicos tienen una línea, muchos se quejaron de que las publicaciones ahogan y rechazan las ideas nuevas. Algunos opinaban que los periódicos crecen hacia adentro y perpetúan la misma línea reiterativa en beneficio de su pequeño y complaciente público. Se acusó a los periódicos influyentes de ser antes seguidores que dirigentes y de resumir lo que ya sabe todo el mundo en vez de proponer ideas originales. Es decir, los periódicos aparecen comportándose como universidades, instrucciones creadoras de reyes y otras organizaciones con funciones de portería más rígidas, en lugar de salones flexibles que estimulen el intercambio de ideas. Este sentimiento era particularmente visible en los comentarios de intelectuales, cuyas opiniones nuevas o impopulares no alcanzaban la publicación o no eran reseñadas. Un intelectual se quejó de que ninguno de los periódicos influyentes aceptaba su artículo contrario al Informe Warren porque, cuando lo escribió, la oposición era nueva e impopular. Más adelante, sin embargo, todas las publicaciones andaban en busca de artículos sobre el asesinato y eventualmente el suyo fue publicado. El fracaso de los periódicos en la generación de temas se expresa de muchos modos, por ejemplo:

Se podría decir que la **New York Review of Books** de alguna manera ha reemplazado a **Partisan Review** como sátira intelectual, pero la **New York Review** en realidad no genera nada.

Debo decir que no he encontrado ninguna opinión particular expresada en los últimos años por ninguna de esas gentes que contribuyen a esas revistas (**New York Review**, **Commentary**, **Partisan** y **Dissent**), de la que pueda decirse más que es algo provocativa y, en general, amplificadora de las formas tradicionales de pensamiento a favor y en contra. Los intentos de la Nueva Izquierda por introducir algunas ideas nuevas sobre política han fracasado completamente, en parte debido a la falta de consideración seria.

⁴² Por cierto, Nobile en "A Review", señala que la **New York Review of Books** ha dejado de lado a muchos de sus autores izquierdistas mencionados como ofensivos por nuestros examinados.

Por supuesto que las nuevas ideas deben llegar eventualmente a los periódicos, pero lo hacen en forma especial. Las nuevas ideas son aportadas generalmente por gentes nuevas; es decir, no por las estrellas intelectuales ya establecidas, que son casi todos generalistas, sino por especialistas a largo plazo en el problema candente del momento. Un editor que quiere cubrir un problema que de pronto se ha vuelto candente busca escritores o académicos que se especialicen en eso o envía a un reportero de planta a cubrir la escena. De los artículos referentes a problemas políticos que se volvieron candentes a mediados de la década de los sesentas, el 60% fueron escritos por académicos y la mayor parte de los demás por reporteros o periodistas profesionales. Y esto se aplica a los problemas de las crisis en las universidades (que cabría esperar que fueran cubiertos principalmente por académicos) tanto como a la guerra de Vietnam. El escritor más influyente sobre Vietnam fue un académico, el difunto Bernard Fall. También tuvieron gran influencia reporteros como Shaplen, Halberstam y otros que se especializaron en Asia Sudoriental. Una temprana posición contra la guerra fue adoptada por Hans Morgenthau, académico y estrella, que ya había escrito mucho sobre política exterior y la guerra fría, el problema de mayor interés para los intelectuales desde 1945. Generalistas intelectuales influyentes como Theodore Draper, John Kenneth Galbraith, Mary McCarthy, Arthur Schlesinger Jr., Susan Sontag y otros no adoptaron una posición pública contra la guerra hasta que ya la mayoría de los intelectuales se habían vuelto en contra de la guerra.

Esto nos lleva de regreso al poder de los periódicos para crear personalidades. Los periódicos se volvieron a los especialistas en Vietnam en busca de ayuda. A su vez, algunos especialistas en Vietnam adquirieron gran influencia porque habían aparecido en esos periódicos. Chomsky es un caso interesante de académico que había sido un especialista técnico en un campo sin relación con la política exterior, pero fue lanzado al primer plano en la **New York Review** sobre el tema de Vietnam como primer paso de su transformación en una estrella intelectual más general. En realidad, se ha dedicado a urgir a los otros intelectuales a abandonar la especialización estrecha en favor del interés general político y moral. En su caso, las recompensas se dieron no sólo en términos de un sentimiento de rectitud moral, sino de preeminencia en la comunidad intelectual. También podemos citar a alguien como David Halberstam, que era desconocido para la mayoría de los intelectuales antes de su informe sobre Vietnam.

Finalmente, aunque un intelectual tenga la línea política correcta, la experiencia correcta y las relaciones correctas, debe adoptar un estilo correcto de periódico intelectual o no logrará que lo

publiquen. Se dice que un tono ácido ayuda. Un lector fiel de la **New York Review** afirma que quienes escriben allí “están tan llenos de odio como las cosas que atacan”. Una serie de personas opinó que la **New York Review** era cáustica en su crítica de libros y “si no acuchillan al libro, acuchillan al autor”. Y un excrítico de la misma publicación afirmó que había dejado de escribir para ella porque “no quiero ser un asesino profesional”. Por otra parte, se considera que “escribir bien” es muy importante. Un entrevistado, observando que se tiende a considerar elitista a la **New York Review**, explicó que “en parte es porque es terriblemente difícil hallar escritores para esa maldita cosa. Se necesita gente que combine la experiencia con la habilidad literaria –cosas ambas fáciles de encontrar, pero difíciles de encontrar juntas”.

El futuro de los periódicos

Los intelectuales influyentes pueden crear periódicos y éstos pueden crear o destruir la reputación o el prestigio de los intelectuales. Los cambios en los tiempos también afectan la influencia de los intelectuales y de las publicaciones. Desde mediados de la administración de Johnson los intelectuales no han gozado del favor político. La administración Nixon contribuyó a crear condiciones económicas perjudiciales para muchas publicaciones. No sólo no prestó atención a las opiniones de los intelectuales, sino que el vicepresidente llegó al extremo de ridiculizar a la **intelliguentzia**.

En los últimos veinticinco años ha habido una serie de modificaciones en la influencia de las publicaciones. **Nation** perdió prestigio durante la época de la guerra fría, mientras aumentaba el de **Partisan Review** y **Commentary**. Luego, a medida que la tendencia se desplazaba hacia la izquierda, **Partisan Review** perdió prestigio; **Reporter**, en parte por razones políticas y en parte por razones personales y financieras, tuvo que dejar de publicarse; y **Kenyon Review** también dejó de aparecer en parte porque su énfasis en la literatura resultaba menos atractivo. La **New York Review** empezó a publicarse y cabalgó en la cresta de la nueva ola de radicalismo antibélico, mientras **Public Interest** tomaba el camino opuesto y cubría el descuidado campo del análisis de la política pública a nivel de discurso general.

Al comienzo de los setentas una serie de procesos han hecho aún más incierto el futuro de los periódicos intelectuales y su relativa influencia. Para empezar las publicaciones de circulación masiva como el **Saturday Evening Post** (difunto desde 1969) y **Look** dejaron de publicarse. **Life** se les unió en 1972. Además de

problemas de circulación y de ingresos, todos los periódicos se enfrentan a la amenaza de un gran aumento de tarifas postales. Las incertidumbres económicas generales han exacerbado aún más la debilidad de la posición financiera de los periódicos. Las publicaciones intelectuales dirigidas a un público relativamente grande, como **Harper's** y **Saturday Review**, han sido especialmente afectadas.⁴³ Nuevas administraciones han tratado de variar el objetivo de esas publicaciones, apartándolas del círculo intelectualmente más prestigioso, pero también más cerrado de los intelectuales en penumbra, escogido por los editores Willie Morris y Norman Cousins.

El caso de **Saturday Review** es especialmente instructivo en vista de su fracaso financiero y el regreso de Cousins a la dirección. Básicamente, lo que trató de hacer la nueva administración de **Saturday Review** fue **segmentar la revista** de modo que resultara más atractiva para públicos especializados en el estilo de su éxito anterior, **Psychology Today**. Cuando aún estaban diseñando ese cambio nosotros aparecimos (desdichadamente apenas en forma mimeográfica) prediciendo su fracaso. La razón de su fracaso podía deducirse de nuestro análisis de cómo publicar un periódico intelectual de éxito: **tiene** que ser general y cubrir una **amplia gama** de temas. Si bien los periódicos especializados han demostrado en los últimos años tener más éxito en el mercado semimasivo, el periódico intelectual es en sí una forma especializada: salvo que su especialidad es ser general en forma brillante, capaz de comentario inmediato sobre cualquiera que sea el tema "candente" del momento.

En línea con lo que parece haber sido la tendencia de comienzos de la década de los 70's, los periódicos retiraron el énfasis de la política, tal vez debido a que los liberales y radicales que constituyen casi toda la élite intelectual se sentían tan frustrados en ese periodo. El equipo Nixon-Agnew pareció por algún tiempo haber desorganizado realmente al "movimiento" y los problemas políticos adoptaron un aire más pragmático o tecnológico en lugar del sabor ideológico o moral de parte del comentario de los sesentas. Watergate, por supuesto, ha puesto en cuestión ese viraje, y la preocupación por la índole maligna de "la estructura de poder" puede tener nuevamente interés para los intelectuales. Cualquiera que sea el caso, aunque I. F. Stone se unió a la **New**

⁴³ Hasta la fecha los análisis del público de los diversos periódicos se han limitado a los informes de investigación de mercado. Todos estos periódicos tienen lectores instruidos —en su mayoría de nivel universitario o superior— con ingresos, profesiones y niveles de participación e interés político muy importantes.

York Review of Books (y resulta ser el autor favorito de los lectores), la **Review** parece tener un aspecto menos radical en los últimos años. Hasta ha publicado a Buttinger sobre Vietnam, un hombre que fue un ferviente defensor de Diem, y publica regularmente reseñas de Passell y Ross, a quienes el propio Jason Epstein medio condenó como "economistas liberales" en las páginas de la **New York Review of Books**. **Commentary** parece haberse desplazado definitivamente hacia la derecha,⁴⁴ pero su viraje se inició a fines de los sesentas cuando su editor se irritó (como la mayoría de los intelectuales —como veremos— que, sin embargo, no lo reconocieron por escrito) por la posición de la **New Left**. El cambio de **Commentary**, así como la creciente influencia de la nueva publicación, **Public Interest**, ha llevado a la creación de un nuevo término, el de "neoconservadores". En un ataque contra ellos en **Dissent**, Joseph Epstein (quien ha aparecido en **Commentary**) observa "qué grupo tan variado forman esas personas, así como qué distintos son de los que hasta ahora se acostumbraba a considerar conservadores norteamericanos. Muchos de los neoconservadores rechazan la calificación",⁴⁵ y —podríamos agregar— los así calificados que entrevistamos en 1970 aún mostraban fuertes evidencias de su reciente pasado liberal-radical.

Finalmente, cualquiera que sea el futuro de los periódicos, deberán tomar en cuenta de alguna manera los gustos cambiantes del recién llegado público joven. Si bien es cierto que la **New York Review of Books** está firmemente establecida en las universidades, tal vez más que ningún otro periódico intelectual, ningún periódico importante (con excepción tal vez del **Village Voice**) ha logrado

⁴⁴ Podhoretz no siente que él o su periódico se hayan desplazado hacia la derecha.

⁴⁵ Joseph Epstein, "The New Conservatives: Intellectuals in Retreat", en **Dissent**, núm. 20, primavera de 1973, p. 153. Epstein menciona con calificación a los siguientes como "neoconservadores" y todos han publicado en **Commentary** o **Public Interest**: Edward Banfield, Daniel Bell, James Coleman, Nathan Glazer, Morris Janowitz, Harry Johnson, Irving Kristol, Seymour Martin Lipset, Daniel Patrick Moynihan, Norman Podhoretz y James Q. Wilson. Todos ellos, salvo los editores Kristol y Podhoretz, son científicos sociales —lo que implica que la orientación técnica es una característica del conservadurismo como lo ve Epstein. Pero también hay un movimiento en el pensamiento y la literatura, encabezado por personas como Lionel Trilling, que podría llamarse "liberalismo reafirmado" y que presta menos atención a la crítica política teórica y más a los valores, la filosofía y la literatura. Por ejemplo, un número reciente de la **New York Review of Books** publicó un ensayo encantador de Alfred Kazin, quien contribuye regularmente, sobre "Melville the New Yorker", que difícilmente puede considerarse un ejercicio en "nuevas sensibilidades", pero en realidad la **New York Review of Books** nunca abrazó verdaderamente ese estilo de crítica literaria. Su radicalismo era político, no cultural.

atraer regularmente contribuciones de autores de menos de treinta años.

Los periódicos intelectuales han tenido importancia en los Estados Unidos porque han captado y comunicado las corrientes intelectuales del momento. Pero los periódicos y los tiempos están cambiando tan rápido que algunas de nuestras afirmaciones podrían ser viejas cuando esto se publique. En una época de gran cambio e incertidumbre intelectual hará falta un notable esfuerzo creador para mostrar una representación coherente y significativa de la comunidad intelectual, si es que aún existe.

Los intereses de los intelectuales

En el momento de la entrevista el 70 por ciento de los intelectuales norteamericanos declararon que el problema que más les preocupaba era la guerra de Vietnam. Pero esto no significa que la guerra fuera la preocupación exclusiva de los intelectuales. Después de discutir los principales problemas del país, pedimos a cada uno de los entrevistados que escogiera el problema, aparte de Vietnam, que más le hubiese interesado en los últimos cinco años. Después de alguna discusión, la mayoría de los entrevistados logró deslindar una zona o un complejo; unos pocos escogieron dos temas. El problema no era que los intelectuales tuvieran pocos intereses, sino el hecho de que tienen tantos. Como resultado de esa exploración podemos decir que aparte de Vietnam cuatro áreas ocupaban la atención de los intelectuales norteamericanos a fines de la década de los sesentas: la crisis cultural, las relaciones raciales, las reformas internas y problemas de política exterior, distintos de la guerra de Vietnam. Este capítulo enfoca esos otros problemas y explica qué tipos de intelectuales estaban interesados en qué tipos de problemas.

Es mejor definir lo que entendemos por crisis cultural, porque es el problema menos claro, pese a ser el más popular entre los intelectuales —elegido por casi el 40 por ciento. Durante los últimos años de la década de los sesentas el público general norteamericano se interesó cada vez más por problemas que los medios de comunicación y las encuestas de opinión pública presentaban como “crimen y disturbios”, “la ley y el orden”, “inquietud universitaria” y “polarización e inquietud en los Estados Unidos”. Como hemos visto, ninguno de estos problemas en sí eran fundamentales en opinión del público y, por lo menos según las encuestas, no eran, para el público en general, objeto de una preocupación única. Para los intelectuales no era así. El problema más general para ellos era “el carácter revolucionario de nuestra

época”, como lo expresó uno; o como dijo otro, “el conflicto cultural incluye todo, desde la señora con zapatos tenis que tiene la sensación de que el mundo se está derrumbando, hasta los muchachos de pelo largo que quieren hacer que se derrumbe”. La ley y el orden se veían como parte de ese problema de valores, pero se definía como un “problema de autoridad... La disminución general de la aceptación de las instituciones sociales como legítimas.” 33 de los 108 intelectuales que nos proporcionaron material sobre el segundo problema que más les interesaba hablaron en general de conflicto cultural, crisis cultural y valores, mientras que una docena empezó por los problemas estudiantiles y derivó rápidamente hacia esos otros intereses más generales. Puesto que para la mayoría de las personas era imposible hablar de un aspecto de este complejo sin mencionar otro, hemos creado este grupo de “crisis cultural”. Este tópico es sumamente importante para comprender una posible tendencia conservadora entre los intelectuales y merece un examen cuidadoso.

En segundo lugar, escogida por más del 25 por ciento, la raza fue el “segundo problema” más popular entre los intelectuales. En esta categoría fueron incluidos discusiones de los derechos civiles, el **Black Power**, la integración, etcétera. Aquí los intelectuales no difieren del público en la manera de formular los problemas, ni tampoco resultaron tener opiniones especialmente distintivas. El desaliento y la perplejidad son reacciones comunes en esta zona.

A continuación el complejo de problemas más discutidos entre los intelectuales, escogido por casi el 20 por ciento de la muestra, era la política económica, las reformas sociales incluyendo el bienestar social, la pobreza y la educación y los asuntos urbanos. Agrupados bajo el título “reformas internas”, también estos problemas resultan para los intelectuales difíciles de separar. Preocupan tanto a los tecnócratas como a los ideólogos de izquierda. Todos tienen mucho que decir sobre estos problemas y en realidad han tenido cierto efecto sobre las políticas nacionales en los últimos diez años; sin embargo ambos grupos se sientan incomprendidos e impotentes para efectuar los cambios que creen necesario que los Estados Unidos lleven a cabo para sobrevivir como sociedad justa y vivible.

Aun después de discutir el problema de Vietnam, más del 10 por ciento de la élite intelectual sentía que tenía cosas importantes que decir sobre la política exterior –principalmente en la zona de la guerra y la paz en general– y las Naciones Unidas –la reducción de armamentos y las relaciones entre Oriente y Occidente en particular. Salvo en que varios favorecían una relación más razonable con la China –paso dado posteriormente por la administración Nixon– la mayoría de las opiniones expresadas no eran especial-

mente sorprendentes ni productivas. Al igual que en el caso de las relaciones raciales y las reformas internas, en esta zona los intelectuales sabían lo que debía lograrse, lo habían sabido por 25 años, pero admitían no tener mucha idea de cómo llevar a la realidad sus planes, esperanzas e ideas.

Finalmente cuatro intelectuales hablaron de la contaminación, del control demográfico o la ecología, y cuatro discutieron una variedad de problemas diversos, como los viajes por el mundo. La volatilidad de los problemas se desprende no sólo del pequeño número interesado en el ambiente y la ecología, sino de la ausencia total de problemas tales como la liberación de la mujer, la liberación de los homosexuales y otros de minorías semejantes de la lista. Es cierto que uno o dos intelectuales mencionaron esos temas, pero sólo al pasar.

Esta lista de problemas parece bastante razonable y no especialmente asombrosa –hasta que comparamos los intereses de los intelectuales con los de otros dirigentes norteamericanos. A pesar del hecho de que tienden a ver los mismos problemas que el resto de la élite, los intelectuales simplemente se hallan en otro mundo cuando se llega a los intereses personales. Un año después de nuestras entrevistas con los intelectuales exploramos otros grupos de élite norteamericanos. Interrogamos a dirigentes de los negocios, de sindicatos, de la administración gubernamental federal, del congreso, de partidos políticos, asociaciones voluntarias y medios de comunicación masiva sobre el problema nacional relacionado con un problema social que más les interesara. No los interrogamos separadamente sobre Vietnam y Asia sudoriental, como lo habíamos hecho en el estudio de los intelectuales, pero alrededor del 8 por ciento de los dirigentes norteamericanos escogieron ese problema. Esto debe compararse con casi la mitad de la élite intelectual norteamericana, que escogió espontáneamente el tema de Vietnam antes que lo mencionáramos. Es verdad que el problema de Vietnam era más “candente” en 1970 (el año de la invasión de Camboya), pero la guerra de Vietnam y el Asia sudoriental aún eran importantes problemas nacionales en 1971.

Aun excluyendo a Vietnam y el Asia sudoriental –como se ve en el cuadro 11– es evidente que los intereses de los intelectuales son radicalmente distintos de los del resto de la élite norteamericana. También aquí es cierto, como lo mencionamos más arriba, que en el momento de nuestras entrevistas con los dirigentes en 1971 la recesión, la inflación y el control de precios y salarios eran las principales novedades del momento. Aun así el examen del cuadro muestra grandes diferencias entre los intelectuales y el resto de la élite norteamericana, que también difiere considerablemente en su interior. Después de todo, quienes más hablan de la

CUADRO 11

PROBLEMA¹ QUE MÁS INTERESA AL DIRIGENTE,
POR SECTOR INSTITUCIONAL
(1971) (en porcentajes)

Sector	Economía	Reforma social, problemas sociales ²	Raza	Política exterior, defensa	Ecología	Valores, cultura	Gobier- no, re- forma parti- daria	Varios	Porcen- taje total	Número total
Económico										
Negocios	40	21	11	2	10	10	4	2	100	129
Fuerza de trabajo	58	11	13	2	7	7	0	2	100	45
Político										
Administración	29	19	8	21	14	7	3	...	101	111
Congreso	29	24	6	12	14	6	8	2	101	51
Partido	16	11	16	5	11	9	32	0	100	44
Asociación voluntaria	18	23	25	11	11	11	0	0	99	44
Simbólico										
Medios de comu- nicación masiva	13	17	13	11	9	30	7		100	46
Intelectuales (1970)	8	11	26	11	4	37	...		101	108

¹ Excluyendo a Vietnam y Asia Sudoriental.

² Por ejemplo, la pobreza, la salud, la educación, el alojamiento y demás problemas urbanos.

economía son los especialistas: hombres de negocios y dirigentes sindicales; estos últimos se sienten especialmente afectados. A continuación, en su preocupación por la economía, vienen el congreso y la administración, puesto que son sumamente sensibles a las necesidades de la fuerza de trabajo y los comerciantes. En mi opinión, basada en los tipos de persona que se encuentran en nuestra muestra intelectual, si las entrevistas con ellos hubieran coincidido con las entrevistas del resto de los dirigentes norteamericanos, el número de intelectuales preocupados por problemas económicos se hubiera duplicado al máximo, llegando alrededor del 16 por ciento en total —cifra aún relativamente baja. Como los medios de comunicación masiva en general se comportan como los intelectuales, y como en 1971 sólo el 13 por ciento escogió hablar de la economía, esta hipotética cifra del 16 por ciento para los intelectuales parece bastante razonable.

La diferencia más sorprendente entre los intelectuales y otros miembros de la élite norteamericana es la casi total falta de interés por parte de los últimos por el reino de la cultura y los valores —como si dijéramos, la especialidad de los intelectuales. Sólo el 9 por ciento de la élite no intelectual escogió ese tema para la discusión. Sólo los dirigentes de los medios de comunicación masiva, los parientes más cercanos de los intelectuales entre los dirigentes norteamericanos, tenían tendencia a escoger el tema —el 30 por ciento de ellos lo escogió. Del mismo modo, salvo por los dirigentes de las asociaciones de voluntarios, algunas de cuyas asociaciones estaban directamente interesadas en los problemas raciales, el interés de los intelectuales por los problemas raciales norteamericanos es simplemente inigualado por otros. Especialmente notable es la muy escasa preocupación de la administración⁴⁶ y del congreso por los problemas raciales. Y aunque la ecología aún no tiene muchos adeptos, la proporción de interesados entre los dirigentes norteamericanos es generalmente el doble que entre los intelectuales. Los problemas de ecología y del ambiente han sido por supuesto presentados como asuntos técnicos o científicos y, por lo tanto, han provocado menos interés entre las personas menos científicamente orientadas, que componen la mayor parte de los dirigentes de los medios de comunicación masivos y de los intelectuales tal como los hemos definido.

Las especialidades de los diversos dirigentes americanos contribuyen a sus intereses particulares en problemas sociales, y se verá claramente que, aun entre los intelectuales, la especialización afecta estos intereses. El propio clima creado por la especializa-

⁴⁶ Aun cuando la administración veía la raza como un problema.

ción ocupacional puede llegar a una visión del mundo completamente diferente. El interés por Vietnam, la raza y la crisis cultural da una visión radicalmente distinta de los Estados Unidos que el interés por la inflación y el estado de la economía, así como por los detalles de la salud, la educación, el bienestar social y otros problemas urbanos.

Las diferencias entre la élite norteamericana en su conjunto y la élite intelectual en términos de sus intereses, a pesar del hecho de que tienen opiniones bastante similares acerca de lo que anda mal en los Estados Unidos, sugiere que lo que un intelectual ve como errado no necesariamente indica a qué se va a dedicar él mismo. Esto último tiene mucho que ver con sus intereses, capacidad y preparación. Sin embargo es importante ver en qué medida valora una persona su propio esfuerzo. Es decir, ¿cree que el problema en que está trabajando es de importancia fundamental para el país? Éste es indudablemente el caso en todas las zonas salvo la crisis cultural. El cien por ciento de los que trabajan en el área de la política exterior hallan que es éste uno de los problemas más importantes que el país ha enfrentado en los últimos 25 años; el 75 por ciento de los que se dedican a las reformas internas piensan que es el más importante. Pero a pesar del interés general de los intelectuales por la crisis de la cultura y los valores, los intelectuales que trabajan en ese campo no tienen más probabilidades que otros intelectuales de ver esa área como de suprema importancia: sólo el 40 por ciento la ve así. ¿Es esto lo que se quiere decir al hablar de cobardía? Tal vez.

Así como los intelectuales difieren del resto de los dirigentes norteamericanos y del público general en los temas que les interesan, también difieren entre sí. Una de las pocas diferencias generacionales en nuestra muestra de los principales intelectuales aparece en la selección del segundo problema. Como lo muestra el cuadro 12⁴⁷ los intelectuales mayores tienen muchas más probabilidades de escoger la política exterior, mientras que los intelectuales más jóvenes tienden a elegir algún tema en el área de las reformas internas. Aunque los que discuten los problemas de reformas internas tienden a ser un poco más radicales que otros, en nuestra muestra el radicalismo no está vinculado a la edad en forma visible; hay muchos intelectuales mayores y también un número suficiente de liberales jóvenes para borrar cualquier diferencia de edad en la orientación política.

Por otra parte, la disposición temporal de los problemas es asunto generacional. Los problemas de la guerra nuclear, el desarme y las relaciones entre Oriente y Occidente alcanzaron su

⁴⁷ El cuadro 12 se presenta en la siguiente página.

CUADRO 12

PROBLEMAS QUE INTERESAN MÁS A LOS
INTELECTUALES SEGUN SU EDAD
(en porcentajes)

Problema	Edad		
	Menos de 50 (N = 35)	50-59 (N = 33)	60 o más (N = 30)
Política exterior	5	8	23
Reforma interna	32	22	3
Raza	24	28	20
Crisis cultural	34	36	43
Varios	5	6	10

mayor importancia al fin de la Segunda Guerra Mundial. Los defensores de diversas posiciones sobre estos temas en nuestra muestra ya habían formado su opinión en esa época. A pesar de alguna referencia ocasional de su parte al interés de la juventud por evitar una guerra nuclear, el hecho es que desde fines de la década de los 40's el interés por el desarme como problema ha ido disminuyendo entre los intelectuales. (Véase el cuadro 10, más arriba, por las tendencias en distintos problemas desde la Segunda Guerra Mundial.) Un número menor de las personas jóvenes interesadas en la paz hablan ahora de política exterior, desarme u organización mundial. Más bien hablan del imperialismo económico norteamericano y el aventurerismo militar como resultado del sistema capitalista norteamericano y, por lo tanto, sus comentarios están clasificados bajo el título de las reformas internas. En cuanto a las reformas internas, también éste parece ser un problema de principios de la década de los sesentas, época en que se formaban los intereses intelectuales de muchas de las personas más jóvenes que aparecen en nuestra muestra. Aun algunos de los intelectuales más conservadores interesados por las reformas (y hay un buen número de ellos) formaron su interés en esa época.

Hemos dicho que los intelectuales interesados por las reformas internas eran algo más radicales; por ejemplo, tendían a oponerse a la guerra fría a fines de la década de los cincuentas. Los intelectuales interesados por los problemas raciales, por otra parte, tenían una orientación más conservadora en la década de los cincuentas y eran favorables a la guerra fría. Algunos de éstos son los intelectuales que hemos mencionado como habiendo sido "radicalizados" hasta cierto punto por la década de los sesentas, aunque su radicalización se extiende principalmente a los proble-

mas "elegantes" de los sesentas, tales como la raza, las drogas, la contracultura, etcétera, antes que a los problemas del socialismo y el capitalismo.

Esto no significa que los círculos radicales se interesaran exclusivamente por las reformas internas. Dando la vuelta, para ver en qué problemas estaban interesados círculos diferentes en lugar de observar las políticas de quienes mencionan problemas diferentes, el cuadro 13 muestra que los intereses de nuestros escasos radicales se distribuían en forma pareja entre las reformas internas, los problemas raciales y la crisis cultural. Los representantes del círculo intelectual literario de Nueva York en nuestra muestra, sin embargo, parecían interesarse casi exclusivamente por los problemas raciales. El círculo social científico-literario parecía dividido en su preocupación entre los problemas de la crisis cultural y los problemas de las reformas internas. El círculo del centro, como cabía esperar por el hecho de ser el epítome de la

CUADRO 13

PROBLEMAS QUE INTERESAN MÁS A LOS
INTELECTUALES, SEGÚN SU CÍRCULO INTELECTUAL
(en porcentajes)

Problema	Círculo				
	Radical (N=6)	Literario (N=10)	Ciencias sociales- literario (N=35)	Centro (N=10)	Ninguno otro (N=47)
Política exterior	0	10	9	10	15
Reforma interna	33	10	37	0	11
Raza	33	70	17	20	23
Crisis cultural	33	0	34	60	43
Varios	0	10	3	10	0

intelectualidad de cierta clase, se interesaba en forma predominante por la crisis cultural, al igual que aquellos que no eran miembros de ningún círculo.

Naturalmente el prestigio intelectual está vinculado con el carácter de miembro de algún círculo, pues todos los miembros del círculo del centro tienen un elevado prestigio. Pero hay muchos intelectuales de elevado prestigio en otros círculos, y aun algunos aislados. De modo que la cuestión de cuáles son los problemas que interesan a los intelectuales de mayor prestigio es un problema

separado, hasta cierto punto, de la comprobación de cuáles son los problemas de moda en distintos círculos. Es indudable que los intelectuales de mucho prestigio no sólo tenían más probabilidades de percibir a la cultura y los valores como problemas, sino de estar interesados en trabajar en esa área. El cuadro 14 muestra que el 60 por ciento de los intelectuales que recibieron seis o más "votos" estaban interesados en la crisis cultural. Por otra parte, es evidente que la raza no era el problema "correcto", puesto que los intelectuales de menor prestigio tenían muchas más probabilidades de escogerlo. La variedad de problemas (la mitad de ellos eran ecológicos) que colocamos bajo el título de "varios" también fueron escogidos mucho más por intelectuales menos prestigiosos. La política exterior estaba relacionada en cierta medida con el prestigio, pero en forma diferente: tenía más probabilidades de ser elegida por personas de prestigio moderado. Finalmente las reformas internas no estaban relacionadas con el prestigio. Este análisis de los problemas según su relación con los círculos intelectuales y el prestigio intelectual sugiere una vez más que la frase tan citada de Harold Rosenberg, en que describe a los intelectuales como "un rebaño de mentes independientes", es muy aplicable a los tipos de problemas que en su opinión importa discutir. Por supuesto en esto han insistido por algún tiempo los estudiosos de la sociología del conocimiento, pero rara vez se encuentra una demostración tan clara de que algunos temas son "correctos", mientras que otros no

CUADRO 14

PROBLEMAS QUE INTERESAN MÁS A LOS
INTELECTUALES, SEGÚN SU PRESTIGIO INTELECTUAL
(en porcentajes)

Problema	Número de menciones, todas las preguntas menos Vietnam		
	0-1 (N=52)	2-5 (N=27)	6 o más (N=29)
Política exterior	10	19	7
Reformas internas	18	22	21
Raza	35	26	10
Crisis cultural	27	26	62
Varios	10	7	0

lo son. Aquí los hallazgos son más marcados que los hallazgos en la mera percepción de problemas discutidos en el apartado

anterior. Como resultará evidente la corrección o no de un tema afecta el **modo** como se discute, así como el mero hecho de que se discuta.

La corrección de un tema dado para la discusión intelectual puede o no estar en relación con la experiencia de los intelectuales que efectivamente lo discuten. Es decir, intelectuales de gran prestigio pueden estar interesados en un problema particular, pero es posible que ellos mismos no sean intelectuales especialmente importantes en ese campo. Por cada grupo de problemas principales notamos, por lo tanto, con qué frecuencia los miembros de nuestra muestra, que escogían ese problema, eran mencionados por otros miembros de nuestra muestra como habiendo influido en su pensamiento sobre ese problema; como habiendo participado en una discusión sobre el problema, o como teniendo una reputación general de influencia en ese problema. Los intelectuales de nuestra muestra eran bastante importantes en la comunidad intelectual acerca de la mayoría de los problemas que escogieron tratar con nosotros. Con respecto a los problemas de política exterior, reformas internas y la crisis cultural, aparentemente hemos dado con un círculo cerrado de personas que influyen unas sobre otras, puesto que alrededor de la mitad de los que hablaron de esos problemas fueron mencionados por lo menos una vez como habiendo influido en el pensamiento de un entrevistado acerca de ese problema. Muy pocos de los intelectuales de nuestra muestra eran importantes en problemas raciales y ninguno en el campo de la ecología u otros problemas varios. No sólo había una influencia de círculo cerrado sobre la opinión, sino incluso una considerable cantidad de discusión efectiva dentro de los círculos de quienes escogieron problemas particulares. Alrededor del 40 por ciento de los que escogieron el problema de las reformas internas discutían efectivamente problemas de esa área con por lo menos una persona más de la muestra que había escogido ese tema. Lo mismo puede decirse del problema de la crisis cultural. En el área de las relaciones exteriores hubo menos participantes en discusiones que intelectuales influyentes en nuestra muestra, principalmente porque con frecuencia se mencionó a no intelectuales que ocupaban puestos de poder como participantes en discusiones. Con respecto a la reputación general de influencia entre los intelectuales acerca de los problemas de política exterior reformas internas, raza, crisis cultural y ecología, sólo sobre las reformas internas la mitad de nuestros entrevistados fueron mencionados por lo menos una vez. Esto también refleja una tendencia de fines de la década de los sesentas en que los radicales son más visibles que los no radicales. Como los que escogieron el problema de las reformas internas tendían a ser algo más radicales

CUADRO 15

**IMPORTANCIA DE LOS INTELLECTUALES
MÁS INTERESADOS EN DIVERSOS TEMAS
(en porcentajes)**

Importancia	Problema				
	Política	Reformas	Raza	Crisis	Varios
	Exterior (N = 12)	ínternas (N = 21)	(N = 28)	cultural (N = 40)	(N = 7)
Mencionado una o más veces					
Influyendo en el pensamiento del entrevistado sobre este problema	50	57	18	43	0
Participando en discusión sobre este problema	17	43	7	38	0
Con reputación de influyente en este problema	33	48	11	28	14

que los otros, también tendían, debido a la naturaleza de los tiempos, a ser más visibles (véase el cuadro 15).

Tal vez el elemento determinante y fundamental del interés de un intelectual en un tema es su ocupación —la forma como se gana la vida. Hemos definido a los intelectuales como generalistas —personas que hablan en forma accesible a los “legos” bien educados sobre temas de significación general, que no necesariamente se hallan dentro de su especialidad ocupacional. En gran medida esto es característico de las personas incluidas en nuestra muestra. Sin embargo cuando se les preguntaba: “¿Cuál es el problema que más le interesa?”, la mitad de los intelectuales escogía un problema que quedaba dentro de su campo de especialización, aunque la proporción de especialistas variaba de un tema a otro. La división ocupacional que hemos estado utilizando —no académicos, profesor de humanidades o científico social— no es suficientemente fina para este propósito (aunque los datos aparecen en el cuadro 16). Por ejemplo, consideramos a un no académico un “experto en política exterior” si había hecho buena parte de su trabajo como corresponsal extranjero; del mismo modo, un no académico que

CUADRO 16

**INTELECTUALES MAS INTERESADOS POR
PROBLEMAS DIVERSOS, SEGÚN SU OCUPACIÓN
(en porcentajes)**

Problema	Ocupación		
	No académico (N = 52)	Profesor de humanidades (N = 73)	Profesor de ciencias sociales y otras (N = 23)
Política exterior	11	9	16
Reformas internas	13	17	40
Raza	36	17	
Crisis cultural:			
Valores	30	35	10
Juventud y estudiantes	0	17	26
Varios	11	4	0

haya escrito mucho sobre las razas sería considerado un “experto” sobre la raza. Evidentemente un profesor de gobierno especializado en política exterior era un experto en política exterior, y los profesores de economía eran expertos en economía. Pero cualquier profesor de ciencias sociales era considerado “experto” en reforma social, y cualquier crítico profesional era considerado un especialista en el campo de la cultura y los valores.

Considerando las especialidades de esa forma, encontramos que la mitad de los que hablaban de problemas de política exterior eran especialistas, dos tercios de los que se ocupaban de reforma social eran especialistas y alrededor de la mitad de los que se interesaban por la economía, y otros problemas varios, eran especialistas en uno de varios campos. La crisis de la cultura se dividió para este fin en dos grupos de problemas: los que se refieren específicamente a la juventud y la inquietud estudiantil y los que se refieren en forma más general a la cultura y los valores. Menos de la mitad de los que eligieron la cultura y los valores, en términos generales, eran especialistas en algún sentido del término. Por otra parte, de los once intelectuales que escogieron los problemas estudiantiles, todos eran profesores. Cuatro de ellos eran especialistas investigadores en el campo de las universidades, la educación y los estudiantes universitarios (un historiador

y tres sociólogos), y su investigación personal se había desarrollado en ese campo por muchos años. Pero como los disturbios habían afectado a todos los profesores directa y personalmente, todos los profesores pueden ser considerados "expertos" en las crisis universitarias.

El campo de las relaciones raciales es de especial interés debido al gran número de "amateurs" que escogieron ese tema. Sólo un cuarto de los preocupados por la raza eran especialistas en esa área. Unos pocos eran historiadores que habían escrito sobre temas raciales, y el resto periodistas que habían hecho algún trabajo especial sobre la raza—casi todos ellos durante el apogeo del movimiento de los derechos civiles a comienzos de la década de los cincuentas. Aunque los científicos sociales habían escrito mucho profesionalmente acerca de las razas, y aunque las relaciones raciales son tema de un curso, en la mayoría de los programas de los departamentos de psicología, antropología y sociología, sólo un científico social aparece en nuestra muestra entre los interesados por la raza y, curiosamente, no era un especialista en ese campo. Otros cinco académicos se interesaron por la raza y, salvo uno, todos eran del campo de las humanidades. Todos los demás intelectuales interesados en la raza eran no académicos, muchos de ellos **free-lancers** o periodistas. Todo esto por supuesto se vincula al interés predominante del círculo literario en la raza. Pero el carácter de no expertos de los intelectuales en este campo tiene consecuencias importantes para la forma como se discutía la raza en 1970.

Hemos visto que la ubicación social de un miembro de la élite afecta fuertemente su interés por los problemas sociales. Los intelectuales no sólo diferían de los demás miembros de la élite, sino que dentro del grupo de los intelectuales había diferencias importantes de interés, ocasionadas por la generación, el punto de vista político, el círculo social y la especialidad ocupacional. Sin embargo, una vez que un tema ha sido elegido y discutido, tiene su dinámica propia. El cuadro 17 muestra diferencias considerables entre problemas en la forma en que los intelectuales hablaban sobre ellos. Una distinción importante existe entre los problemas que generalmente se ven como problemas aislados y los que parecen estar vinculados en forma intrínseca a otros problemas o que forman parte de un problema mayor. Ocho de los doce intelectuales que hablaron de política exterior, veían los problemas sobre los que hablaban como bastante específicos; mientras que dos tercios de los que hablaban de reformas domésticas o de crisis cultural, tenían la sensación de no poder hacerlo sin referirse a otros problemas. En forma interesante sólo una minoría de

los que hablaron de la raza se refirieron a otros problemas o veían los problemas raciales como parte de un problema mayor.

Existe, además, la presunta tendencia de los intelectuales a invocar siempre una teoría como explicación de cualquier posición que pudieran adoptar con respecto a cualquier tema. Ese lugar común no halló confirmación en nuestras conversaciones con intelectuales destacados. La mayoría, cuando hablaban de problemas sociales, lo hacían principalmente con base al sentido común, evitando hacer deducciones de teorías económicas, sociales, políticas, literarias o culturales. Es posible que esto refleje el hecho de que nuestra muestra fue elegida entre los que habían escrito para el público en general antes que para públicos especializados. Aun así, la tendencia a invocar una teoría variaba de un tema a otro. Ninguno de los que hablaron sobre política exterior lo hizo desde un punto de vista teórico, pero alrededor de un tercio de los que hablaron de reformas internas o de la crisis cultural, sí lo hicieron. Las teorías invocadas para los problemas de las reformas internas eran fundamentalmente marxistas, mientras que en el reino de la cultura se tendía más bien a invocar teorías antropológicas o sociales. Una marca técnica del intelectual —el sentido de la historia— prevaleció notoriamente. Casi la mitad de los intelectuales hizo algún tipo de referencia histórica en el curso de la discusión del segundo problema, y naturalmente la crisis cultural fue la que provocó mayor cantidad de referencias históricas.

Finalmente un aspecto importante del estilo al tratar un problema es el grado en que una persona llama la atención sobre un problema en forma meramente descriptiva o, además de señalarla, también incita a la acción o a algún tipo de cambio (véase el cuadro 17). En los próximos apartados examinaremos en detalle las diversas relaciones entre los intelectuales y los hombres de poder. Por el momento sólo queremos señalar que los problemas fueron manejados en forma muy diferente unos de otros: es evidente que muy pocos pueden tener un programa de acción para enfrentarse a la crisis cultural, pero es especialmente sorprendente que prácticamente ninguno de los que discutió los problemas raciales tuviera alguna sugerencia para la acción. Aun en el reino de la política exterior o en el grupo de problemas varios, sólo una minoría sugirió acciones o cambios. Sólo en el reino de las reformas internas la mayoría ofreció programas de acción. Evidentemente la mayoría de los intelectuales no creen que su función en el comentario social abarque sugerencias específicas para la acción —para la mayoría es suficiente con sólo describir o delinear el problema. Y es hacia esos análisis que nos volveremos ahora.

Las relaciones raciales: la expulsión de los intelectuales*

La mayoría de los intelectuales que entrevistamos no eran dirigidos, sino seguidores en el campo de las relaciones raciales. Su interés por las relaciones raciales era generalmente posterior al brusco crecimiento de la actividad en favor de los derechos civiles de fines de la década de los cincuentas y principios de la de los sesentas. Como hemos visto, en el periodo 1945-1950 sólo el 15 por ciento mencionó las relaciones raciales como el primer o segundo problema más importante para ellos. En el periodo 1950-1955 sólo el 22 por ciento señaló las relaciones raciales como el problema social o político más importante o próximo al más importante que les interesaba personalmente como intelectuales. Pero cuando el movimiento de los derechos civiles adquirió impulso en el quinquenio 1955-1960, más del 40 por ciento concedió a las relaciones raciales el primero o el segundo lugar, mientras que en el quinquenio siguiente, 1960-1965, más de la mitad las ubicó allí. En 1970 casi el 30 por ciento estaba deseoso de hablar de las relaciones raciales como el problema que personalmente más les

CUADRO 17

ENFOQUE DEL PROBLEMA POR LOS INTELLECTUALES (en porcentajes)

Enfoque	Problema				
	Política exterior (N=12)	Reformas internas (N=21)	Raza (N=28)	Crisis cultural (N=40)	Varios (N=7)
Ve el problema como parte de un cuadro mayor, vinculado a otros problemas	33	67	39	63	57
Invoca una teoría	0	33	18	30	14
Da alguna referencia histórica	42	33	39	60	0
Incita a una acción que suponga algún cambio	42	57	11	23	43

* Una primera versión de esta parte fue escrita por Stella Manne, quien contribuyó en el análisis y la conceptualización.

interesaba. En muchos aspectos, la élite intelectual no difería mucho del conjunto de la población, puesto que las Encuestas Gallup muestran que en el periodo 1960-1965 más de la mitad del país opinaba que las relaciones raciales eran el "problema más importante" que el país enfrentaba. Especialmente en el periodo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el brusco aumento del interés por los derechos civiles, los intelectuales de élite preocupados por la raza tendían, como lo hemos señalado antes, a ser menos prestigiosos que otros intelectuales de élite de nuestra muestra. También deberíamos recordar a los lectores que la mayoría de los intelectuales que escogieron este tema eran **amateurs** antes que expertos sobre las razas.

Hay otras anomalías en este campo. Sólo entrevistamos a intelectuales blancos. En nuestra lista inicial recogida en los periódicos había pocos negros y todos rechazaron la entrevista. Si hubiéramos hecho entrevistas "bola de nieve" sobre la base del problema más importante para los intelectuales aparte de toda otra cuestión, hubiéramos incluido más negros. Pero las entrevistas "bola de nieve" fueron reunidas sobre la base de todas las preguntas sociométricas y, por lo tanto, tendieron a inclinarse en dirección a los expertos en Vietnam. Los intelectuales entrevistados que estaban interesados y eran activos en el movimiento de los derechos civiles, acababan de ser hechos a un lado por la nueva línea de militancia negra. Como nos dijo uno de los entrevistados:

Quando yo actuaba en los Amigos de la SNCC hace cuatro o cinco años, el problema aparecía maravillosamente claro. Apoyábamos a las organizaciones –todas blancas y negras, aunque quizás predominantemente negras, como la SNCC– que trabajaban con medios no violentos por una extensión de los derechos de los negros al máximo, especialmente en el voto, pero también en el alojamiento y todo lo demás... Por lo menos por un tiempo la SNCC y la Southern Christian Leadership Conference parecían estar haciendo mucho... Podíamos usar las campañas de recolección de fondos no sólo para reunir dinero, sino también para propaganda porque tanto los periódicos como las estaciones de televisión en esta zona eran en general bastante favorables a ese tipo de actividad negra. Después, por supuesto, cuando Stokely Carmichael pronunció aquel discurso sobre el **Black Power**, simplemente se apartaron de todo el asunto.

La guerra de Vietnam drenó aún más energías del movimiento de los derechos civiles. Los intelectuales que fueron mencionados muchas veces como influyentes con respecto a la guerra se

contaban entre los menos activos o interesados en los problemas raciales. La guerra de Vietnam, las revueltas urbanas de pocos años antes de nuestra entrevista (revueltas que habían sido predichas en la obra publicada de algunos de nuestros entrevistados), la falta de progreso del pueblo norteamericano sobre los problemas raciales y su propio exilio del "movimiento", han llevado a la mayoría de los intelectuales que entrevistamos a una visión pesimista de las relaciones raciales norteamericanas.

Una de las determinantes más importantes de la orientación en el campo de las relaciones raciales, aparte de la calidad de miembro de algún círculo, era la forma como un intelectual había llegado a interesarse por el tema. Varios dijeron que su interés había surgido en su primera infancia, cuando adquirieron conciencia de las diferencias raciales, generalmente en una forma dolorosa. El ingreso al mundo adulto era otra fuente de interés importante en la raza. Para algunos esto significaba la Segunda Guerra Mundial, cuando la realidad de la discriminación racial apareció en forma dramática y brutal para intelectuales y liberales blancos del norte que trabaron amistad con soldados negros. Esos liberales nunca antes habían compartido su vida cotidiana con negros y se sorprendieron por la discriminación tanto dentro como fuera del ejército. Otros adquirieron conciencia de los problemas raciales en sus primeros trabajos. En conjunto, las experiencias de la infancia y las primeras experiencias adultas explican alrededor de un tercio de los intelectuales que ahora se interesan por la raza. Los intereses profesionales explican otro tercio de los que ahora se interesan por la raza. Éstos incluyen los intereses académicos profesionales por la historia negra, por ejemplo, así como las experiencias dramáticas de los periodistas que cubrieron los primeros debates en el congreso sobre el empleo equitativo en la década de los 40's, o los **sit-ins** y marchas más dramáticas por los derechos civiles en la década de los 50's y comienzos de los 60's. Los periodistas que cubrieron el periodo activo de la lucha por los derechos civiles conocieron a la mayor parte de los líderes del movimiento, y habían caminado junto a ellos en muchas marchas. Finalmente un tercio de los intelectuales preocupados especialmente por la raza se habían vinculado al movimiento de los derechos civiles como resultado de acontecimientos experimentados de segunda mano —los informes de las primeras batallas por la integración escolar, las marchas, los **sit-ins** y las revueltas urbanas. La decisión de la suprema corte de 1954 tuvo gran influencia aun sobre los intelectuales. Se podría haber imaginado que fueron los intelectuales quienes forzaron esa solución, y sin duda fueron algunos. Pero muchos de nuestra muestra fueron estimulados por la posición de la corte, lo que demuestra que los intelectuales son

tan afectados como otros ciudadanos por el clima de valor creado por el gobierno nacional.

La mayoría de los intelectuales interesados por la raza tenían algunas experiencias personales en relaciones y enfrentamientos raciales; la mayoría conocía a uno o más de los dirigentes negros de la lucha por los derechos civiles más famosos. Preguntamos sistemáticamente, al igual que en otros campos, qué libros, autores o personas que conocían habían influido sobre sus ideas acerca de las relaciones raciales o a quién consideraban importante en ese campo. No todos los mencionados lo fueron como personas con quienes se estaba de acuerdo, sino simplemente como alguien cuyas ideas era preciso tener en cuenta. La lista elaborada con las menciones de 23 entrevistados es muy instructiva.

CUADRO 18

PRINCIPALES INFLUYENTES SOBRE PROBLEMAS RACIALES

Nombre	Número de menciones
Malcolm X	11
James Baldwin	10
Eldridge Cleaver	9
Daniel Patrick Moynihan	8
Martin Luther King	8
Kenneth Clark	7
Gunnar Myrdal	6
Ralph Ellison	5
Richard Wright	5
Bayard Rustin	4
C. Vann Woodward	4

Hay sólo tres blancos entre los 11 nombres de la lista y como reflejo de los antecedentes literarios de los intelectuales interesados por la raza hay sólo tres científicos sociales. Como señaló un editorialista:

En todo el campo de la sociología de la raza hay enorme cantidad de literatura que he leído, otra que sé que existe, pero no conozco lo suficiente de ese campo para dar nombres.

El interés por la raza provino fundamentalmente de novelistas, ensayistas y dirigentes de la lucha por los derechos civiles políticamente activos de los negros. Una y otra vez los entrevistados destacaron la comprensión y el sentimiento que surgía de la lectura de ensayos y novelas y, sobre todo, de la autobiografía de Malcolm X. Como nuestros intelectuales eran todos blancos, con una experiencia necesariamente limitada de la vida de los negros, los escritos humanistas les daban una sensación de inmediatez que podían comprender y con la que podían identificarse. Los siguientes comentarios de un crítico literario son típicos.

Ralph Ellison y Jimmy Baldwin han influido en mí del mismo modo que en otros han influido algunos escritores que les gustan... Mi amigo Ralph Ellison... es un escritor magnífico y creo que su nuevo libro es la mejor novela escrita por un negro. Pero conocí a Richard Wright en la década de los treinta, he conocido a varios escritores [negros] y siento mucha simpatía por los escritores. Tienen una tremenda calidad humana y artística que creo como escritor y crítico que es siempre muy buena para mí... Para mí, Richard Wright, Ralph Ellison, James Baldwin, algunos poetas, han sido los mejores escritores... Un libro que ha influido mucho en mí recientemente ha sido la autobiografía de Malcolm X. Me gusta muchísimo, creo que es grandiosa. No soy admirador de Eldridge Cleaver, debería explicar, no soy un admirador de la militancia negra. No soy un admirador de Le Roi Jones. Lo que admiro de Malcolm es su increíble sentido de la escritura... mientras que Cleaver parece ser simplemente un militante más...

A pesar de los comentarios negativos sobre los militantes y los separatistas negros, este crítico sí tomaba en cuenta a los militantes. Los tres primeros influyentes de la lista general son, naturalmente, militantes.

La posición de Moynihan es un asunto aparte. En el momento de las entrevistas era consejero de Nixon sobre política interna y acababa de salir con su doctrina del "descuido benigno". Los entrevistados concedían que era importante cuando se trataba de la política racial, pero el siguiente comentario, tal vez sobre la palabra **benigno**, era típico de las observaciones más bondadosas:

Nunca sé si Pat es benigno. Creo que ha sido una buena influencia. Es muy difícil decir. Ya nadie está en lo cierto y nadie está equivocado.

La mayoría de los periodistas dijeron que habían leído algo sobre la raza, o habían tenido largas conversaciones personales con algunos de los dirigentes por las luchas de los derechos civiles; pero en general tenían la impresión de que los acontecimientos y el propio movimiento por los derechos civiles tenían más relación con el clima de la opinión sobre la raza que cualquier obra de intelectuales.

Creo que era una idea a la que le había llegado el momento. Creo que los intelectuales fueron periféricos ... Los Kennedy —diablos, ellos no lo iniciaron, tuvieron que correr para alcanzarlo. Creo que lo mismo pasó con todos. Fue simplemente algo que ocurrió. Era el momento correcto y el lugar correcto... No creo que los intelectuales hayan sido nunca conscientes de ello. No puedo recordar realmente haber leído a fines de la década del cincuenta o comienzos de la del sesenta nada muy inteligente acerca de la raza.

Para 1970 cuál era la idea o incluso cuál era el problema parecía estar en discusión entre los intelectuales que se preocupaban especialmente por la raza. Aproximadamente un tercio de los entrevistados tenían la impresión de que, en conjunto, las actitudes o la psicología raciales eran la raíz del problema racial norteamericano, aunque algunos que adoptaron esa posición admitían que factores estructurales sociales o políticos también eran importantes. Este entrevistado, que tenía un antiguo interés por los problemas raciales, es típico de los que adoptaron una visión psicológica.

El problema fundamental es que la abrumadora mayoría de los norteamericanos blancos están comprometidos, consciente o inconscientemente, con el mantenimiento de una sociedad dominada por los blancos... Creo que éstas son actitudes inconscientes y que todo el mundo como que acepta esas actitudes y adopta una posición sobre la base de este supuesto.

Como se verá claramente, una posición que destaca el carácter psicológico innato de las relaciones sociales no puede conducir al optimismo. "A diferencia de la guerra de Vietnam [el problema racial] depende de lo que la gente piensa... Tanto yo mismo como todo el país durante toda su historia ha sido ingenua y ciegamente racista." No es sorprendente, en nuestra muestra blanca, la abrumadora tendencia de los entrevistados a interpretar el racismo como el problema negro de los blancos antes que como el

problema negro de los negros. Los obstáculos psicológicos que los negros enfrentan —apatía, odio por sí mismos, escasa autoestima—, que han sido ampliamente discutidos en el pasado (aunque más en la literatura de las ciencias sociales que en la literatura novelística), sólo fueron mencionados por un entrevistado, un editor que declaró una serie de veces durante la entrevista que no era un experto en el problema y sabía relativamente poco sobre él.

Es posible que la falta de interés por la psicología negra provenga del aumento mismo de las expresiones abiertas de cólera de los negros. Un periodista **free-lance**, que una vez había escrito sobre el daño que 350 años en América habían hecho a la personalidad del negro, ahora concentraba su atención en los factores económicos y políticos subyacentes al problema racial. Tenía la impresión de que las cosas habían cambiado desde que escribiera su libro.

Han avanzado bastante y su cólera se ha desatado, mientras que en el pasado la cólera de los negros aún estaba bajo control considerable. Una gran parte del problema negro de los negros era que tenían que suprimir su cólera para poder sobrevivir, y por eso la cólera se volvía hacia dentro convirtiéndose en odio por sí mismo o por otros negros —hay un enorme sentimiento liberado por el descubrimiento de que después de 350 años de temer a los blancos, ahora la cosa es al revés.

Una vez dejada de lado la psicología, aunque casi todos los intelectuales opinan que es por lo menos un aspecto del problema racial, la clase social y el poder pasan a ser factores importantes. Un tercio de los intelectuales consideraba que en el corazón del problema racial se hallaban problemas estructurales. Un editor explicó:

En realidad se ha creado —en una sociedad que no cree en una clase deprimida, no cree que sea necesaria ni justa— una especie de clase permanentemente deprimida.

La depresión y la privación no tienen por qué ser simple pobreza, como lo señaló un columnista, “la pobreza no es el problema —la prosperidad agrava la falta de movilidad de los negros no educados.” El problema subyacente podría ser la simple falta de poder, según un crítico literario.

Desde la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se han convertido en una superpotencia, a veces con mentalidad de “hermano mayor”... El problema de negros y blancos es... en

muchos sentidos más fundamental que Vietnam, porque el negro es especial de los Estados Unidos. Y para mí el nombre del juego es poder... Cada vez me sorprende más, viviendo en Nueva York... los millones de personas insignificantes que viven en Brooklyn, Queens y en el Bronx, las grandes masas de puertorriqueños y negros descuidados y olvidados y, al mismo tiempo, el extraordinario poder de los Estados Unidos.

Por último, otro tercio de los interesados por la raza enfocaron problemas políticos antes que los puramente estructurales aunque, por supuesto, son temas relacionados, y muchos entrevistados mencionaron la política y la estructura social en la misma frase. Típica de las declaraciones más políticas fue esta queja de un activista político:

La administración de Nixon no parece preocuparse por los derechos civiles... Mucha de la legislación necesaria ya existe; simplemente es preciso hablar sobre ella y que la defiendan el presidente y el gobierno federal. Tienen que seguir diciéndoselo al pueblo.

Las tres orientaciones sobre el problema racial –psicológica, estructural y política– obviamente no son excluyentes; la mayoría de los intelectuales interesados admitirían, si se les presionara, que los tres son aspectos importantes del problema. Sin embargo representan diferencias estratégicas, y el hecho de que los intelectuales preocupados se dividieran en la importancia que les concedían es un signo de la confusión de la época. Ciertamente la “línea” que los intelectuales adoptan hoy no la escogen al azar. La determinante más importante es la forma como un intelectual se interesó por primera vez por el problema racial. Si las experiencias de la infancia o el ingreso al mundo adulto fueron las fundamentales, es casi seguro que destacará el carácter psicológico de la raza, pues la experiencia chocante de su propio racismo o el de otros sigue siendo el hecho más importante en su comprensión de la raza. Por otra parte, dos tercios de los que llegaron a ese campo por habérseles encargado un reportaje o por otros intereses profesionales veían el problema como estructural. La estructura es casi la “línea” universal de los intelectuales publicados con inclinación hacia las ciencias sociales, y parece haber prevalecido sobre las demás opiniones para la mayoría de los periodistas que han cubierto las relaciones raciales. Para el intelectual no comprometido es tal vez la visión más conveniente.

Los conversos del movimiento por los derechos civiles se dividían entre visiones psicológicas –“racismo de los blancos”– y

políticas –fracaso del movimiento para atraer la atención de la administración. Como el racismo es la opinión sostenida por las alas radicales del movimiento que parecen estar más cerca de la escena, y la acción política por el ala más liberal que llevaba más tiempo en la acción, los intelectuales del movimiento por los derechos civiles parecen estar fijos en el punto en que primero se interesaron por las relaciones raciales. Lo más importante acerca de los intelectuales del movimiento por los derechos civiles es que los intelectuales blancos que entrevistamos llevaban muchos años completamente apartados del movimiento.

El hecho de que los intelectuales adopten una visión psicológica, estructural o política de las relaciones raciales afecta sus otras opiniones sobre la raza. Mientras que dos tercios de los intelectuales preocupados por la raza aún respaldaban la idea de la integración –“creo que la integración es el único ideal posible para este país”–, un tercio no lo hacía, principalmente porque hoy no es posible. Los que sostenían que el racismo psicológico es el aspecto más importante del problema racial en los Estados Unidos, tendían a aprobar menos la integración como objetivo posible. La vacilación de la minoría de intelectuales para respaldar plenamente la integración también es resultado de la influencia de los nacionalistas negros, cuya máxima influencia en la comunidad intelectual ha sido en los círculos literarios, centrales y radicales (pero definitivamente **no** en el círculo de la ciencia social-literatura). Esa influencia se refleja naturalmente en nuestra lista de intelectuales influyentes sobre la raza según nuestros entrevistados.

El **Black Power** expulsó a los intelectuales blancos del movimiento por los derechos civiles. Naturalmente, muchos de los entrevistados tenían algo que decir sobre el **Black Power**, y sus puntos de vista coincidían en general con su opinión sobre la integración. Pero no completamente, porque muchos pensaban que el término **Black Power** era muy poco claro. Un sociólogo expresó la opinión de la abrumadora mayoría de los que discutieron el asunto:

Soy bastante escéptico sobre el **Black Power**. Para empezar, no sé qué diablos significa y ciertamente [soy escéptico] sobre algunos de los abogados del **Black Power** como Bond, Stokely y, especialmente, por supuesto, Las Panteras. Si el **Black Power** significa la creación de una especie de comunidad moral negra con ciertos valores, etcétera, entonces muy bien. Si se difumina en ideas de separatismo negro y fantasías de toma de este o aquel trozo de territorio, ya sea Harlem o algún lugar del sur, creo que es paranoia.

Otros se mostraron más directamente “molestos por los extremistas del movimiento del **Black Power**, especialmente por la violencia.” Sólo muy pocos apoyaban el **Black Power**, tal como lo expresan Las Panteras. Un radical explicó:

Es muy importante apoyar a Las Panteras. Su militarismo es una parte necesaria de la lucha propia de los negros. Pueden parecer extremos y radicales en comparación con los demás —King, Wilkins, etcétera—, pero a medida que abandonan cada una de sus posiciones por otras más radicales, los otros ocupan las posiciones abandonadas, porque ya no parecen radicales en comparación. De modo que todos los grupos de la comunidad negra cumplen una función, aunque no parezcan estar trabajando juntos.

En forma nada sorprendente, los pocos defensores del **Black Power** tendían a tener una visión psicológica sobre los problemas raciales y, lo que es más importante, a ser miembros de los círculos literarios, centrales o radicales.

Llegamos ahora a la expresión más característica de la posición de los intelectuales americanos sobre la raza: el pesimismo, o por lo menos la falta de optimismo. Algunos, especialmente los abogados de una explicación psicológica de la raza, eran pesimistas aun a largo plazo, por ejemplo: “tenemos un problema muy serio... soy más pesimista ahora que antes.” O la visión sombría de un radical de la “vieja izquierda”:

Lo que veo que sucede es una combinación de polarización y **reghettoización**... No sé si saldremos de este periodo. Creo que va a haber una enorme cantidad de desorden interno y un sentimiento creciente de vivir en un estado policial.

Otros fijan algún vago límite de tiempo para su pesimismo opinando que a corto plazo las cosas andarán mal, pero “a la larga saldremos bien de ello, aunque va a ser un proceso lento.” La esencia de la respuesta a los problemas raciales era una mezcla de duda, desesperación, confusión y alguna esperanza. Un escritor **free-lance** lo resumió de este modo:

La única pregunta es si las instituciones democráticas podrán sobrevivir a esta fase de las relaciones raciales en los Estados Unidos. Si es posible, podremos continuar hacia algo mejor. Pero no lo sé. Hay dudas muy serias.

Ciertamente, unos pocos tenían un rayo de esperanza, como este editorialista bastante conservador:

Creo que hemos pasado una mala época, pero veo los últimos diez años, a pesar de todos los disturbios, revueltas, etcétera, como una época de gran progreso para los negros. Creo que en un problema difícil como el racial no se hacen progresos sin violencia, y por eso aún soy fundamentalmente optimista.

La visión sombría se asociaba en la mayoría de los casos con una visión psicológica del problema, porque no es posible cambiar "la naturaleza humana". Del mismo modo, los miembros de los círculos literarios, centrales y radicales que habían invertido mucho en el movimiento de los derechos civiles y en el crecimiento del nacionalismo negro ahora se contaban entre los más pesimistas, puesto que sus esperanzas parecían destrozadas por el fracaso del movimiento para comunicar su mensaje a la América blanca, así como por su propia fragmentación interna.

Intelectuales norteamericanos de primera categoría han quedado impotentes y confundidos acerca del problema racial por una combinación de dos factores básicos: la expulsión de los intelectuales liberales e izquierdistas del movimiento de los derechos civiles, junto con el desarrollo de una vigorosa expresión intelectual negra —fundamentalmente separatista en su naturaleza— y el "benigno descuido" de la administración de Nixon unido a su creciente resistencia al ideal de la integración. Al mismo tiempo que ven este problema, quizá como el más crucial que enfrentan los Estados Unidos, estos intelectuales norteamericanos piensan que ni los negros ni los blancos los escucharán. Además una vez creyeron conocer la solución del problema, que se trataba simplemente de ayudar a los negros a fortalecerse y convencer a la mayoría blanca de la justicia de la integración. Actualmente muy pocos intelectuales tienen una idea clara de cómo resolver el problema racial y no saben qué podrían proponer. Su reacción es alejarse del problema. Como lo expresó un editor al rechazar el problema racial como problema para discutir con nosotros:

Damos por sentadas la mayoría de las cosas. Mis amigos y yo no nos sentamos a contarnos mutuamente qué horrible es como tratan a los negros... No hablamos de los negros porque no hay de qué hablar. Quiero decir, yo opino que los negros deben ser iguales. No sé de qué hay que hablar.

Para la mayoría de los intelectuales, sin embargo, no es que el problema sea simple —están de acuerdo en que lo es, pero las soluciones ya no son evidentes.

La posición de la mayoría sobre la raza la expresó un crítico de arte que, en el curso de una agitada entrevista que cubrió una variedad de temas, dijo lo siguiente:

Cualquiera que no vacile de vez en cuando sobre este tema [la raza] es un fanático o un idiota. Este problema es tan profundo y tan vasto, implica tantos sacrificios de valor, que cualquiera que no entienda que esta cuestión es fundamentalmente trágica no puede comprenderla... Estoy confundido en forma más inteligente de lo que solía estarlo.

Los intelectuales y el poder*

Desde que Platón dijo lo suyo sobre los “filósofos reyes” la relación entre los intelectuales y los hombres de poder ha sido objeto de gran preocupación para los propios intelectuales, si no para los reyes, y ha sido tema de mucha especulación sociológica.⁴⁸ La relación está llena de conflictos imposibles de resolver. Por definición los intelectuales se consideran hombres de conocimiento y sabiduría, cualidades que se desarrollan mejor a través de la contemplación y de la independencia. Pero los intelectuales que nos interesan en este libro no están interesados únicamente en el conocimiento y la sabiduría por sí mismos. Más bien su inteligencia se dirige hacia el análisis, si no la solución, de problemas, de valores, política, estética y la condición humana en general. Es preciso ser una persona muy extraña en realidad para hacer tales análisis sin la esperanza de poder afectar en alguna forma la práctica efectiva en el mundo “real”, y la forma más directa de afectar al mundo real es participar de alguna manera en procesos efectivos de toma de decisiones. Sin embargo esa misma participación tiende a modificar el estilo de vida que hace posible la contemplación y la independencia.

Además de esta contradicción social existe el hecho cultural de que en las sociedades modernas la mayoría de los intelectuales

* Herman Kane y Stella Manne contribuyeron en varias esbozos de este apartado y sugerencias muy valiosas. Una versión más breve fue leída en la reunión anual de 1973 de la American Sociological Association.

⁴⁸ Por ejemplo: Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1936; Florian Znaniecki, *The Social Role of the Man of Knowledge*, Nueva York, Columbia University Press, 1940; Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, Free Press, 1957; Lewis Coser, *Men of Ideas: A Sociologist's View*, Nueva York, Free Press, 1965; Philip Rieff (ed), *On Intellectuals: Theoretical Case Studies*, Nueva York, Doubleday, 1969; Talcott Parsons, “‘Intellectual’: A Social Role Category” en Rieff, p. 4; J. P. Nettl, “Ideas, Intellectuals, and Structures of Dissent”, en Rieff, p. 81, y Edward A. Shils, *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1972. No es posible aquí reseñar todas sus posiciones, aunque resumiremos algunas en la conclusión del apartado. En forma interesante nuestros propios entrevistados ofrecen casi todos los matices de opinión y observación contenidos en estas obras —la mayoría de los cuales en todo caso han sido leídos por muchos de los entrevistados.

tienden a estar "alienados" de los poderes establecidos —lo cual significa en parte que las ideas y los planes intelectuales tienden a defender conceptos igualitarios, con frecuencia izquierdistas, que generalmente son mal recibidos por los hombres de poder que responden a un público más conservador. Cómo resolver este dilema y qué relación establecer con los hombres de poder es una cuestión que los intelectuales han resuelto de manera bastante distinta en diversas sociedades. En la medida en que las sociedades modernas permiten a los intelectuales una gran libertad de elección, en esa medida sus soluciones reflejan su personalidad y predisposición individual. Así dentro de cada sociedad encontramos una gran variedad de enfoques del problema.

En general hay dos tipos de relaciones entre los intelectuales y los hombres de poder: directa e indirecta. Las relaciones directas implican algún tipo de contacto personal además de un intento de comunicar una idea, un punto de vista o una política a una persona poderosa específica. Las relaciones indirectas implican escribir, hablar, manifestar, etcétera. En esos casos se dirige una comunicación a otros intelectuales, o a un público masivo o semimasivo. Si esa comunicación indirecta o tentativa de influir en la política tiene algún efecto sobre las personas poderosas, es fundamentalmente a través de un efecto indirecto por la vía de los medios de comunicación o por los canales aún más nebulosos del "clima de opinión". En este capítulo mostraremos que la mayoría de los intelectuales de élite norteamericanos, tanto en la teoría como en la práctica, prefieren el enfoque indirecto.

El hecho estructural más importante sobre los intelectuales norteamericanos de élite es que en los cinco años anteriores a nuestras entrevistas (periodo que cubre las administraciones de Nixon y Johnson) sólo alrededor del 30 por ciento tuvo alguna relación directa prolongada con hombres de poder. Otro 25 por ciento tuvo relaciones directas en forma muy esporádica, con frecuencia de una sola ocasión. El 5 por ciento tenía un canal de comunicación con hombres de poder, pero prefería no usarlo, mientras que el 40 por ciento no tenía medio alguno de comunicarse con ellos. La naturaleza de estas relaciones es lo que examinaremos en este apartado.

El hecho de que los intelectuales que estudiamos no corrieran a Washington con grandes planes en sus maletines no significa que no hayan hecho otras tentativas de afectar la política. En realidad sí trataron de crear o de afectar la opinión y así indirectamente de afectar la política. El 95 por ciento escribió algo sobre la guerra de Vietnam y/o el problema que más les interesaba. Casi el 80 por ciento pronunció discursos públicos sobre la guerra o el problema que discutieron. Como nuestra muestra fue seleccionada con base

a la obra escrita, el 5 por ciento restante eran novelistas, poetas o editores cuya producción literaria ellos mismos no contaban como interesada directamente por los temas de la entrevista. El 70 por ciento daba dinero a una u otra de las causas en discusión. El 68 por ciento firmó peticiones. Casi el 60 por ciento se unió a organizaciones vinculadas a los problemas o a Vietnam. Casi el 40 por ciento trabajó por un candidato o por una propuesta y otro 40 por ciento participó en manifestaciones. (¡Piénsese en miembros del **establishment** del poder en una manifestación de protesta!) Poco menos del 20 por ciento formaron una organización. Por último, más del 10 por ciento practicaron efectivamente la desobediencia civil.

En este apartado, pues, señalaremos las teorías sobre las relaciones con el poder que tiene la élite intelectual norteamericana, trataremos de explicar por qué sólo una minoría tiene efectivamente relaciones directas con hombres en el poder, y mostraremos qué tipo de intelectual intenta qué tipo de modificación de la opinión. Finalmente trataremos de estimar su eficacia en estas diversas actividades y ofrecer algún pronóstico para el futuro.

El papel de los intelectuales en relación con los hombres de poder: su visión teórica

¿Qué significa la frase "hombre de poder" para la mayoría de los intelectuales? La frase es nuestra, y al interrogar a los intelectuales la dejamos deliberadamente vaga para que pudieran interpretarla a su modo.

Obtenemos una noción aún más clara de lo que pensaban los intelectuales cuando examinamos también sus respuestas a preguntas relacionadas con quiénes fueron las "personas importantes" en la creación de la política referente a Vietnam o al problema que más interesaba al intelectual en cuestión. Parece ser que para los intelectuales, hombres de poder político significa miembros del personal de la Casa Blanca, a veces el presidente (cinco intelectuales se refirieron a conversaciones personales sobre Vietnam con Kennedy o Johnson, por ejemplo), frecuentemente otros funcionarios de alto nivel de departamentos ministeriales y agencias independientes. Pero también se incluyó a miembros de ambas cámaras del Congreso y sus ayudantes. Ocasionalmente los intelectuales entendían por "hombres de poder" a cualquiera que pudiera tener algún peso en un problema de interés para un intelectual. Si un entrevistado estaba interesado en la política exterior, su blanco tendía a ser personas de alto nivel en la administración o en el congreso. Un entrevistado interesado en el

estado del arte en los Estados Unidos, sin embargo, naturalmente tendría una lista muy diferente de personas poderosas. Mientras que algunos intelectuales mencionaron a líderes de las finanzas y militares en el contexto de las "personas importantes" en problemas particulares y especialmente en relación con Vietnam, casi ninguno fue mencionado como hombre de poder político con quien los intelectuales pudieran tener relaciones. En sus opiniones sobre los hombres de poder, los intelectuales curiosamente no diferían mucho de otros dirigentes americanos, que también tendían a concentrarse en los funcionarios de Washington.

Dado que ya tenemos alguna idea de lo que entienden los intelectuales por hombres de poder, hay dos aspectos de las relaciones de los intelectuales con ellos. En primer lugar, existen ideas generales que tienen los intelectuales sobre esas relaciones y luego el alcance efectivo y la naturaleza de esas relaciones. Como los intelectuales occidentales tienden a luchar por la coherencia lógica, hay un alto grado de coincidencia entre las teorías que los intelectuales tienen sobre el poder y su práctica efectiva. Sin afirmar la prioridad última de la teoría o la realidad, empecemos por la teoría, aunque sea por el hecho de que tan a menudo se afirma que los intelectuales son hombres de ideas.

Como se ha dicho que desempeñan papeles muy diferentes en las democracias occidentales y en las sociedades orientales como la Unión Soviética, es especialmente útil comparar la visión de los intelectuales de los Estados Unidos con la de los intelectuales de países socialistas con un sistema unipartidario. Como ejemplo de este último tipo tomaremos a Yugoslavia. Más liberal que otros países considerados generalmente de Europa Oriental,⁴⁹ Yugoslavia ha tenido, sin embargo, desde la Segunda Guerra Mundial, un partido comunista indígena (ahora llamado Liga de los Comunistas) no impuesto al país por una fuerza exterior. Por eso, en algunos sentidos, puede decirse de los intelectuales yugoslavos que son el prototipo de los intelectuales en una sociedad socialista más "liberal".⁵⁰

⁴⁹ Que es precisamente Yugoslavia —occidental balcánica, o lo que sea—, que sigue siendo objeto de debates constantes y no necesitamos determinarlo aquí.

⁵⁰ Mientras los intelectuales yugoslavos difícilmente pueden permitirse decir exactamente lo que quieren sin incurrir en la ira del gobierno, tienen mucho más libertad de hacerlo que los intelectuales de cualquier otra sociedad dominada por un partido comunista en el gobierno. Después de todo, el principal periódico yugoslavo de oposición intelectual, **Praxis**, recibe subsidio del gobierno, y, aunque ocasionalmente algún número es demorado o prohibido, el periódico sigue siendo un centro de pensamiento marxista humanista que a menudo difiere de la "línea" oficial.

Hacia el fin de nuestra entrevista, pedíamos a los intelectuales de élite, tanto en los Estados Unidos como en Yugoslavia,⁵¹ lo siguiente: "Escoja tres de los siguientes factores, en orden de importancia para usted en su trabajo como intelectual y califíquelos 1, 2 y 3."

Como cabía esperar, hubo muchas quejas sobre la lista. Muchos intelectuales agregaron calificaciones, comentarios, etcétera, lo cual dio como resultado algunas categorías adicionales. Sin embargo obtuvimos respuestas de 87 intelectuales norteamericanos (no respondieron únicamente aquellos a quienes se les había acabado el tiempo en la entrevista o los que fueron entrevistados por teléfono) y de 98 intelectuales yugoslavos. El cuadro 19 da el porcentaje de intelectuales norteamericanos y yugoslavos que dieron diversos aspectos de sus papeles como el primer o segundo factor más importante en su trabajo.

Casi desde el comienzo de nuestro diseño del estudio percibimos en charlas preliminares con intelectuales norteamericanos que establecían una clara distinción entre la pura crítica y la crítica que también ofrece soluciones. Por lo tanto, agregamos esta última alternativa a las que ya habíamos utilizado en Yugoslavia. El resultado fue un total de 60 por ciento de los intelectuales americanos que pensaba que su papel era criticar a la sociedad, pero sólo la mitad de ellos sentía que esa crítica implicaba también la presentación de sugerencias políticas. Mientras que sólo el 40 por ciento de la élite intelectual yugoslava optó por la crítica, el hecho de que tenía una elección menos que hacer en esa zona afectó el tamaño de su respuesta, de modo que ese porcentaje menor no debe ser tomado como indicación segura de una actitud menos crítica de su parte.

Si contemplamos el contexto de todas las respuestas en ambos países, es evidente que los intelectuales norteamericanos tienden a dar respuestas que reflejan menos responsabilidad social. Más de la mitad quiere satisfacerse sólo a sí mismo y a sus colegas. Están menos interesados que los yugoslavos en formular nuevos objeti-

⁵¹ Los intelectuales en Yugoslavia fueron elegidos en una forma similar a los de los Estados Unidos, salvo que debido al tamaño menor de los círculos intelectuales en un país balcánico algunos artistas, actores, directores y directores de cine tienden a pertenecer a los mismos círculos que los intelectuales literarios. Además hay también dirigentes intelectuales "oficiales" en un país socialista, tales como presidentes de academia, reunión de escritores y otras organizaciones por el estilo. Pero la gran mayoría de la muestra consistía en personas que escribían mucho en los lugares correctos. Los intelectuales yugoslavos fueron entrevistados en el contexto de un estudio más amplio de creación de opinión. Por los informes publicados en inglés, ver Allen Barton, Bogdan Denitch y Charles Hadushin, *Opinion-Making Elites in Yugoslavia*. Nueva York, Praeger, 1973.

vos e ideales y en comunicarse con los no intelectuales y con las personas que tienen menos conciencia de la alta cultura. Según estas respuestas, por lo menos, los intelectuales norteamericanos se mantienen más en la tradición liberal individualista occidental, mientras que los yugoslávicos tienden a dar respuestas más apropiadas a una tradición socialista.

CUADRO 19

PRIMERO Y SEGUNDO FACTOR MÁS IMPORTANTE
EN EL TRABAJO DE INTELLECTUAL:
INTELLECTUALES DE ÉLITE DE LOS ESTADOS
UNIDOS Y DE YUGOSLAVIA
(en porcentajes)

Factor ¹	Estados Unidos (N=87)	Yugoslavia (N=98)
Crear obras que respondan a las normas críticas de los intelectuales y colegas más estimados	46	31
Enfocar críticamente los problemas de nuestra sociedad	31	44
Enfocar críticamente y ofrecer soluciones para los problemas de nuestra sociedad	29	...
Comunicar a otras personas los valores e ideales de nuestra sociedad	23	22
Formular nuevos ideales y objetivos para nuestra sociedad	20	39
Asegurar que las obras de calidad reciban la mayor publicidad	9	11
Satisfacerse a sí mismo ²	9	—
Desarrollar intereses artísticos intelectuales y culturales en el pueblo	8	19
Crear obras que la mayoría del pueblo pueda comprender y gozar	7	32

¹ Enumerados en orden de importancia en los Estados Unidos —no en el orden en que fueron presentadas efectivamente.

² Agregado por el 9 por ciento de la muestra norteamericana.

Algunos intelectuales norteamericanos estaban más interesados que otros en satisfacer a sus colegas. Como cabía esperar, el 80 por ciento de los intelectuales que son profesores en el campo de las humanidades prefirió satisfacer a otros intelectuales; más del 40 por ciento de los profesores de ciencias sociales dijo que su papel era no sólo criticar, sino también resolver problemas. En forma interesante, la crítica (pero no necesariamente la tentativa de resolver problemas) fue un papel elegido con mayor frecuencia por los intelectuales de mayor prestigio.

Además la mayoría de los intelectuales no están convencidos siquiera de la necesidad de tener relaciones estrechas con los hombres de poder. Sólo el 30 por ciento de los que hablaron sobre este tema pensaban que los intelectuales debían tener alguna relación con los hombres de poder, otro 30 por ciento aproximadamente consideraba que debía tener una relación, pero sólo en condiciones cuidadosamente especificadas; unos cuantos eran ambivalentes y alrededor del 25 por ciento dijo firmemente que no.⁵²

Aparte de las aspiraciones sobre el particular, alrededor de la mitad pensaba que los intelectuales tenían efectivamente relación con los hombres de poder en 1970, mientras que aproximadamente la mitad pensaba que no. En el mejor de los casos, por lo tanto, los intelectuales eran ambivalentes con respecto a las relaciones con los hombres de poder. Por lo menos la mitad de las observaciones afirmativas traían tantas calificaciones que dejaban muy en duda la naturaleza de la relación. Las calificaciones y los deslindes son más importantes que las estadísticas de respuesta, de modo que es preciso examinar las respuestas en mayor detalle. Una minoría pensaba que era obligatorio el contacto con el poder y la creación de la política. Por ejemplo, un periodista dijo: "Ellos (los intelectuales) tienen que estar involucrados en la política. Todo el que tenga alguna estatura tiene que estar involucrado en la política." Después atacó la imagen de "la torre de marfil" de los intelectuales. "Cuando yo era mucho más joven -dijo- los profesores decían que no era su función ver que las ideas se diseminaran más allá de cierto punto." Otros pensaban que ese interés por la política era esencial para la cualidad más preciosa de un intelectual: la comprensión. "Se puede preservar la propia seguridad a distancia

⁵² Después de la lista que acabamos de analizar preguntábamos: "Las relaciones de los intelectuales con los hombres de poder (poder político) son un problema que interesa a muchos miembros de la comunidad intelectual. ¿Qué piensa usted de este problema?" Como la pregunta llegaba al fin de una entrevista muy larga, no todos tuvieron oportunidad de hablar sobre este tema. 75 lo hicieron; sin embargo casi 60 discutieron la situación en teoría, mientras que 50 presentaron su opinión de cómo eran efectivamente las cosas (evidentemente, 35 hicieron ambas cosas).

de los hombres que ocupan altos cargos a expensas de la propia comprensión.”

Otros, en fin, apoyaban alguna forma de participación con los hombres en el poder, pero no dijeron que fuera obligatorio; lo dejaron más bien como asunto de preferencia individual.

Creo que hay muchos intelectuales que quieren mantener una relación más distante, que quieren que se les llame a dar sus ideas, [y sin embargo] ser libres y críticos.

El papel crítico de los intelectuales apareció en los comentarios de muchos de los que calificaron su asentimiento, así como en las respuestas de los que se opusieron de plano a una relación entre los intelectuales y los hombres de poder. En efecto, dos tercios de los 39 que dieron alguna razón para su respuesta a esta pregunta, mencionaron el problema de la facultad crítica de los intelectuales, y la mitad pensaba que era simplemente imposible para los intelectuales participar en la creación de la política y a la vez mantenerse críticos. Por ejemplo:

En la mayoría de los casos en que lo intentaron (la participación en la creación de la política) terminó en desastre. Su papel principal es el de críticos. Son hombres que tienen que defender pautas más generales y, por lo tanto, chocarán siempre con los políticos, que siempre deben pensar en términos pragmáticos. Y ellos son la conciencia de la sociedad. En muchos casos han sido absorbidos y han abdicado de su función principal, la función crítica. Por eso en la mayoría de los casos se han convertido en lo que yo llamo técnicos mentales.

Otros intelectuales que hablaron del papel crítico de los intelectuales opinaban que la relación entre los intelectuales y los hombres de poder era intrínsecamente contradictoria:

Son realmente incompatibles... Para mantener su eficacia política (el intelectual) se inhibe de decir ciertas cosas... Al mismo tiempo el compromiso vicia el ejercicio pleno de su intelecto. Una vez que uno está comprometido con algo ya no puede pensar sobre eso en forma absolutamente libre.

No todos los intelectuales preocupados por su papel de críticos opinaban que el contacto con el poder era necesariamente destructivo de su papel tradicional:

Se oye el argumento de que el intelectual debe ser siempre crítico. Hay dos cosas relacionadas con eso. Uno es el abuso

del término "crítico". El uso original del término no debe ser negativo (sino)... explicar una estructura subyacente... [segundo] si uno es crítico, ¿en qué momento acepta la responsabilidad de lo que ha hecho?

Varios de los intelectuales que habían trabajado en el gobierno opinaban que la aceptación de la responsabilidad era suprema y que ésta era una forma de preservar la actitud crítica:

Si se hacen cosas que uno desaprueba intensamente, no necesariamente en terreno moral, sino simplemente políticas equivocadas, entonces no hay más alternativa que romper con la administración, con el poder, y decirlo.

El problema de ser crítico, por supuesto, se relacionaba con la visión general del intelectual de su papel; quienes favorecían la crítica y la solución política eran, en primer lugar, más propensos a **querer** relacionarse con hombres de poder y, segundo, estaban menos preocupados por la posibilidad de perder su propia facultad crítica.

La cualidad crítica de los intelectuales no era el único problema en la discusión de las relaciones de los intelectuales con los hombres de poder. Se discutía la naturaleza misma del papel.

La mayoría de los intelectuales excluyó los papeles de toma de decisión efectiva, pero aceptó la idea de los papeles de consejero, consultante o experto. Como cabía esperar, los sociólogos de nuestra muestra se manifestaron articulados respecto a los problemas del papel. Uno, que se opuso específicamente a la idea del "rey filósofo", opinaba, sin embargo, que los intelectuales debían ocupar posiciones de consejeros oficiales; tales como las del consejo de consejeros económicos y el "consejo de consejeros científicos". Pero mientras que algunos entrevistados trazaron líneas divisorias entre una posición ejecutiva, un cargo designado para hacer un trabajo limitado específico, una posición de consejero oficial y otra no oficial, otro sociólogo explicó que en la práctica con frecuencia era difícil trazar los límites entre el consejo y la creación de política.

Entonces hay dos cosas: el papel de experto y el papel de abogado. Se consulta a toda clase de académicos e intelectuales como expertos y "mecánicos" sociales. Supongamos que lo llaman para aconsejar sobre Vietnam. Si uno está comprometido, yo diría que la mayoría de los académicos que, digamos, aconsejan sobre Vietnam, aconsejan como partidarios —aunque muchos no lo hagan. Es posible que hoy sea un mal

ejemplo, porque hay tanta posición emocional –la gente está tan polarizada.

De modo que toda esta cuestión de cuándo uno es realmente un estudioso y cuándo está actuando como político, es una cosa muy curiosa.

...Tome los empleados públicos, típicamente el empleado público es supuestamente neutral y cuando su ministro le pide un memorándum sobre algo se supone que da los hechos y no sus propias conclusiones. Pero la práctica y los estudios han demostrado que la burocracia crea política. Y del mismo modo los consejeros crean política, por lo menos influyen en ella.

En realidad, sólo 5 intelectuales con los que hablamos apoyaban una participación abierta de los intelectuales en las actividades efectivas de toma de decisión.

Toda esta discusión del papel de los intelectuales presupone que en realidad tienen algo importante que aportar a los hombres de poder. En forma sorprendente, una buena cantidad de los intelectuales de élite que entrevistamos negaron que los intelectuales tuvieran algo que ofrecer. Una de las afirmaciones más fuertes de quienes se oponían a las relaciones con hombres de poder sugería que en realidad los intelectuales podían ser una amenaza para la sociedad.

En general, tengo una profunda desconfianza por los intelectuales, porque creo que históricamente han sido fascinados por las ideologías y mitologías autoritarias y grotescas que tienden a subvertir la civilización occidental. Creo que la pregunta es: ¿No pone en peligro a la sociedad el intelectual si llega demasiado cerca del poder?

La enorme mayoría de los intelectuales con quienes hablamos, en suma, no sólo estaban interesados en un papel más individualista, sino que desconfiaban de las relaciones con hombres de poder.

El acceso directo al poder: la realidad

Todo esto es teoría, ¿cuál es la realidad? Hemos visto que eran relativamente pocos los intelectuales que habían tenido bastante contacto directo con hombres de poder. Veamos cómo fue ese contacto.

Hay cuatro formas en que los principales intelectuales se

relacionaron con hombres de poder en la vida política. Una era directa, ya sea como persona "de adentro" o como una persona exterior al gobierno y a la política, pero con algún otro medio de acceso directo. Los de adentro tenían cargos del gobierno o los habían tenido recientemente. Por ejemplo, un antiguo miembro del Council of Economic Advisors aprovechaba al máximo sus canales especiales.

Si tengo algún canal directo hacia gentes de Washington, pero tienden a ser especialistas en la línea económica, aunque yo los presiono... Y cada vez que tengo una conversación con gentes que conozco en el gobierno —como Pat Moynihan, por ejemplo— no disimulo mis sentimientos.

Otros exteriores al gobierno eran como el científico social que nos dijo que había "estado trabajando mucho con el congreso" y había "tenido siete audiencias en el año pasado." Observó, "puedo comunicarme con casi cualquier persona en el mundo con quien quiera comunicarme por medio del teléfono. Y lo uso." En conjunto, el 30 por ciento de los 90 intelectuales de nuestra muestra que nos dieron información completa sobre sus actividades de influencia tenía tales canales directos, ya fuera sobre Vietnam o sobre el problema que les interesaba más.⁵³

Otro 25 por ciento de nuestra muestra de intelectuales de élite tenía canales irregulares hacia dirigentes gubernamentales o políticos, ya fuera sobre Vietnam o sobre su "problema". El papel de los "corredores" intelectuales clave, con canales regulares de acceso, era evidente para el primer grupo, pero en el caso de

⁵³ Tanto con respecto a la guerra de Vietnam como al problema de mayor interés para nuestros entrevistados, formulamos una serie de preguntas tales como: "¿Qué personas cree usted que son especialmente importantes en este país en la determinación de nuestra política (sobre el problema, o sobre Vietnam)?" Después de discutir esta pregunta, preguntábamos a los intelectuales cómo harían para comunicar sus ideas a esas "personas importantes" y si tenían algún "canal especial" hasta ellas. Finalmente preguntábamos si el intelectual había tratado efectivamente de llegar a esas "personas importantes" y cuál había sido el resultado de ese intento.

Esta línea de interrogatorio fue omitida en las entrevistas breves y en las telefónicas. De los veinte para los cuales carecemos de esta información hay tres o cuatro de los que definitivamente sabemos que tienen tales canales. Los otros probablemente no los tienen. En interés de la exactitud, sin embargo, no tratamos de adivinar y simplemente registramos los datos que nos fueron proporcionados efectivamente por nuestros entrevistados. Este procedimiento tiende a **sobrestimar** en alrededor del cinco por ciento la proporción de los que tienen canales regulares. Como los intelectuales con frecuencia agrupaban a Vietnam y al otro problema al discutir su acceso al gobierno, también nosotros agrupamos a Vietnam y el problema elegido.

comunicadores ocasionales con el poder es imposible exagerar su importancia. Por ejemplo:

Yo tengo muy poca experiencia de comunicarme directamente con esos círculos. Sin embargo a veces uno tiene ocasión de hablar con corredores del poder como intermediario. La semana pasada tuve oportunidad de conocer a Pat Moynihan a raíz de un problema muy especial.

Había además alrededor de media docena que conocía a intelectuales clave en cargos oficiales u otros hombres de poder político, pero por una u otra razón vacilaban en utilizar esos contactos.

Conozco a varias personas. Conozco a Kissinger y a varios senadores y conozco a un par de personas en la Cámara de Representantes y alguna gente del gobierno. Pero en realidad las cosas no funcionan así.

En general, el hecho de que un intelectual tuviera esos contactos era conocido por sus amigos, quienes podrían haberlo invitado a utilizarlos.

Conozco a personas que hablan con el presidente. Yo puedo hablar con gente que habla con él. Muchas personas quieren que yo tome la iniciativa y les diga cosas diferentes.

Finalmente casi el 40 por ciento de los intelectuales de élite no tenían ningún canal hacia los hombres de poder. Algunos admitieron "no sabría por dónde empezar." Otros pensaban que era "una pérdida de tiempo." Unos pocos tenían algunas conexiones indirectas, pero no sabían cómo utilizarlas. Finalmente alguien que se sentía muy exterior al asunto adoptó la posición radical de pensar que podría comunicarse con personas importantes sólo "poniendo en peligro su posición, amenazando las cosas que quieren mantener, mediante el chantaje, en otras palabras." No era exactamente el tipo de comunicación en que estábamos pensando.

Para algunos intelectuales, en forma más convencional, el contacto con hombres de poder, "personas importantes", significaba meramente comunicar sus opiniones. Un corresponsal extranjero experto en Vietnam explicó:

Yo lo he intentado intermitentemente a lo largo de los años... Los veo cuando voy, cuando vuelvo al país. Generalmente regreso una vez al año, voy a Wáshington, paso allí una

semana y me las arreglo para ver a la mayoría de esa gente y darle mi opinión.

Para la mayoría de los intelectuales, sin embargo, comunicarse con personas implicaba alguna indicación de que sus ideas eran tomadas en serio. Véase por ejemplo esta relación de un intento de influencia con respecto a la guerra de Vietnam.

Bueno, yo trabajaría. Trataría de reforzar, en la Cámara y en el Senado, la mano de quienes estuvieran en la posición que yo creo justa. Les daría información. Los impulsaría a ir más allá de lo que han ido ya. Haría todo lo que pudiera por apoyarlos... Por ejemplo, yo creo que una de las cosas más significativas que ha sucedido en relación con la guerra de Vietnam, desde un punto de vista político interno, fue cuando el senador Thurston Morton, que había sido un halcón desde el principio, de pronto decidió que había ido demasiado lejos... Bueno, cuando Morton cambió de opinión, nosotros lo elogiamos y tratamos de hacer todo lo posible por hacer conocer su opinión en todas partes.

Para otros, en fin, influencia significaba una fusión de las funciones de comunicación y de acción en un estilo general que por último tenía algún efecto, directo o indirecto, en el pensamiento de los creadores de la política. Los siguientes comentarios (hechos en 1970, recuérdese) ilustran esa fusión de las dos funciones.

Bueno, evidentemente Moynihan... sí desempeña un tipo particular de papel afectando el tipo de cosas en que se piensa. Digamos su trabajo en asuntos urbanos y, después de todo, si él dice vamos a tener este tipo de ley educacional, vamos a cambiar la política educacional o vamos a tratar de determinada manera a las minorías, entonces eso evidentemente tiene cierto impacto —no necesariamente sobre las prioridades económicas, pero sí sobre el modo como las personas que se hallan en la zona central de creación de la política tienden a pensar en las cosas. Y eso puede afectar en realidad también el desembolso de fondos...

En forma nada sorprendente, las experiencias de los intelectuales con hombres de poder corresponden bastante bien a sus opiniones y reflexiones sobre esas experiencias. El 70 por ciento de los intelectuales que disponían de canales regulares hacia los hombres de poder opinaba que los intelectuales **debían** comprome-

terse; mientras que menos del 15 por ciento del resto pensaba lo mismo. En cuanto a su visión de los hechos de la situación, casi todos los que disponían de canales regulares opinaban que los intelectuales tenían alguna influencia, aunque muchos atribuían a la administración Kennedy un aumento en la influencia de los intelectuales. Otros se mostraron menos positivos sobre el grado de influencia de los intelectuales, y aun los que disponían de canales regulares opinaban que las administraciones republicanas en general y la de Nixon en particular eran impenetrables a la influencia intelectual. En su opinión, no hay "...medios efectivos de comunicarse con el presidente o sus consejeros. Quiero decir, usted habla de que yo personalmente haga algo. Bueno, yo realmente no concibo que alguien tenga influencia sobre el presidente de los Estados Unidos."

También había cierto grado de resentimiento entre los intelectuales que tenían contactos irregulares con funcionarios de Wáshington. Uno contó esta historia:

Yo fui a Wáshington para hablar con Kissinger sobre Biafra. Yo había ido realmente a Biafra y pasado una semana allí. Y entonces... fui a Wáshington a tratar de influir personalmente y vi a dos personas. Vi a Kissinger y vi... a Mike Mansfield... El principal sentimiento que experimenté fue de impotencia. No es que fueran hostiles, ni siquiera en general indiferentes. Era que... para hacer algo, sería preciso hacer un esfuerzo monumental que nosotros no estábamos preparados para hacer. Y yo realmente me fui de allí sintiéndome perpeljo y derrotado —con la sensación de no saber realmente dónde presionar.

En resumen, sólo una minoría de los intelectuales de élite tienen regularmente acceso a hombres de poder, aunque más de la mitad obtiene por lo menos contactos irregulares. Cuando efectivamente los ven, con frecuencia tratan de hacer algo más que simplemente dar su opinión, aunque la mayoría o bien se siente frustrado, o bien aun, sin haberlo intentado, siente que el intento hubiera sido inútil. Buena parte del contacto parece tener lugar a través de los intelectuales oficiales de la Casa Blanca. Todo esto por cierto no representa un aislamiento total del poder; pero tampoco nos da una imagen de intimidación frecuente y cómoda.

Todo esto es desde el punto de vista de los propios intelectuales. La renuencia del tipo de intelectuales que habíamos estado entrevistando a vincularse con hombres de poder, sólo se compara con la escasa posibilidad de que los propios hombres de poder sean afectados directamente por esos intelectuales. En el estudio

de la dirigencia americana de la Universidad de Columbia,⁵⁴ en 1971, solicitamos a cada entrevistado que diera los nombres de personas con las que hubiera hablado, que tuvieran buenas ideas y que en alguna forma hubieran influido en él o a las que considerara influyentes sobre los problemas que se estaban discutiendo. En realidad, muy pocos de los que los propios intelectuales consideraban importantes o de los que de alguna manera fueron mencionados en ese sentido por los intelectuales, fueron mencionados también por el resto de los dirigentes norteamericanos. La lista que sigue incluye a todas las personas mencionadas cinco o más veces por los dirigentes norteamericanos que fueron entrevistadas como intelectuales en nuestro estudio —sólo ocho, aunque otros seis se hallaban en nuestra lista para ser entrevistados, pero o bien se negaron o fue imposible arreglar la entrevista a tiempo—; que escribieron por lo menos dos artículos; cuyo libro fue reseñado por lo menos una vez en la lista de periódicos intelectuales principales compilada con el fin de establecer nuestra muestra de intelectuales, o que fueron mencionados por lo menos por dos intelectuales en el curso de nuestras entrevistas con ellos. Se omitió a las personas que evidentemente tenían papeles solamente políticos, tales como J. F. Kennedy, Fulbright, Nixon, etcétera. Con un criterio generoso podríamos llamar “intelectuales” a todas las personas de la lista, porque reúnen las condiciones establecidas para el diseño de la muestra, aunque a un nivel más bajo: por ejemplo, dos artículos en lugar de cuatro, etcétera. Más precisamente, son personas que resultan por lo menos **visibles** para los intelectuales con respecto a temas de política social.

De las 55 personas de esta lista tratamos de entrevistar a 14 como intelectuales norteamericanos de élite y logramos comunicarnos con ocho. Las cruces indican a las personas mencionadas por los intelectuales como expertos en Vietnam, y los círculos muestran a los nombrados además por cinco intelectuales por lo menos como expertos en algún problema de interés para el entrevistado, distinto de Vietnam. Hay sólo 19 marcas en los 55 nombres que siguen. En dirección contraria, además de los ya mencionados siete que se hallaban en la lista de los setenta primeros intelectuales, hubo otros mencionados por los hombres de poder, pero no con frecuencia suficiente para alcanzar esta lista. (Cada uno de los miembros del nivel más bajo fue nombrado cuatro veces.) David Riesman y Arthur Schlesinger fueron nombrados tres veces por los hombres de poder; Buckminster Fuller, Norman Mailer y Hans Morgenthau fueron nombrados dos veces, y otros siete fueron nombrados una vez. Los otros 51 de los 70 primeros intelectuales no fueron mencionados por los hombres de poder ni siquiera una

⁵⁴ Dirigido por Allen Barton, Bogdan Denitch, Carol Weiss y yo.

vez. Todo esto no sugiere un grado muy alto de influencia directa de los intelectuales norteamericanos de élite sobre los hombres de poder de los Estados Unidos.

Aún más reveladora resulta una inspección cuidadosa de los tipos de personas mencionados por los intelectuales en comparación con las que mencionan los hombres de poder.

Los hombres de poder tienden a mencionar a técnicos, intelectuales que han desempeñado cargos, algunos periodistas, "personalidades" de los medios de comunicación masivos y otros de los que Lewis Coser ha llamado "celebridades" intelectuales.⁵⁵

Sobre la base de la información procedente de los intelectuales y de los hombres de poder debemos concluir que es muy escasa la comunicación directa entre ambos mundos.

El tipo de persona que los hombres de poder mencionan empieza a darnos alguna clave de por qué los intelectuales no se relacionan directamente con los hombres de poder. Un análisis de las características de los intelectuales que tienen por sí mismos canales hacia los hombres de poder, en comparación con las de los que no los tienen, sugiere además que la falta de relación general tiene que ver con el estilo de los intelectuales, con el hecho de que la mayoría de los intelectuales de nuestra muestra no son expertos técnicos y con el hecho de que la mayoría no sirve al gobierno en primer lugar.

CUADRO 20

LOS 55 INFLUYENTES

Categorías 1-10

Burns, A. F.	Moynihan, Patrick
°Friedman, Milton	Nader, Ralph
Galbraith, John Kenneth	Reston, James
Gardner, John	Wilkins, Roy
Kissinger, Henry	Young, Whitney

Categorías 11-20 (empatados)

Acheson, Dean	°Buckley, William
+ Alsop, Joseph	+ Bundy, McGeorge
+ Brinkley, David	Commoner, Barry

⁵⁵ "The Intellectual as Celebrity", en *Dissent*, núm. 20, invierno de 1973, pp. 46-56.

Ellsberg, Daniel
+ Halberstam, David
Heller, Walter
+ Huntley, Chet
°King, Martin Luther
McCloy, John
McNamara, Robert
Samuelson, Paul
Sevareid, Eric
Smith, Howard K.
+ Wicker, Tom
Brewster, Kingman
Bundy, William P.
°Clark, Kenneth
Clifford, Clark
Dale, Edwin L., Jr.
Evans, Rowland
Fairbank, John K.
+ Fall, Bernard
Freeman, Orville

Goldberg, Arthur
Hoffer, Eric
Kennan, George
Kerr, Clark
Lippmann, Walter
Lowenstein, Allard
Novak, Robert
Okun, Arthur
Pechman, Joseph
Raskin, A. H.
Reischauer, Edwin
Rostow, Walt
Rusk, Dean
Rustin, Bayard
Shakespeare, Frank
Sheehan, Neil
Sulzberger, Cyrus L.
Tobin, James
White, Theodore

NOTA: Son influyentes: a) Los entrevistados como intelectuales; b) Los que escribieron dos artículos o cuyo libro fue reseñado una vez en nuestra muestra principal de periódicos importantes entre 1964 y 1968; c) Los que fueron mencionados por dos o más entrevistados en 1970.

+ Se halla en la lista de los intelectuales más influyentes con respecto a Vietnam.

° Se halla entre los principales intelectuales mencionados con respecto a problemas (cinco o más votos).

El estilo es quizás lo más importante, porque el estilo intelectual general de un individuo subyace a las teorías, las percepciones y los compromisos reales de los intelectuales. La mejor explicación del asunto se halla quizás en la relación de Podhoretz de cómo la "familia" de intelectuales literarios de Nueva York reaccionó frente a la administración Kennedy.

La familia no consideraba en absoluto intelectuales a algunos de esos "principales representantes" que estaban siendo distinguidos con invitaciones a la Casa Blanca y nombramientos para la fuerza de trabajo del gobierno —la familia decía que eran académicos o técnicos de alto nivel— y dentro de la propia administración Kennedy solamente Schlesinger, Gal-

braith, Goodwin y Moynihan eran realmente reconocidos como intelectuales a los ojos de la familia...

A veces se nos consultaba directamente –y nos sentíamos muy incómodos al descubrir qué tipo de cosas se esperaba de nosotros. Una vez, por ejemplo, yo mismo fui convocado a Washington por un miembro **muy** elevado de la administración Kennedy (cabe suponer que se refiere al propio Kennedy) que quería conocer mis “ideas” (esa fue la palabra que utilizó) sobre la situación en Harlem.

Precisamente yo tenía muchas “ideas”, como yo las hubiera llamado –y en mi opinión eran interesantes–, sobre el tema, pero mientras las exponía sobre un excelente almuerzo observé que el gran hombre se mostraba cada vez más inquieto y aburrido. Eso me intrigó, porque creía estar hablando bien. Vacilando un poco en respuesta a su impaciencia le pregunté si no estaba de acuerdo con lo que yo estaba diciendo. “No, no –respondió–, lo que está diciendo está muy bien, pero, ¿qué debemos **hacer** al respecto?”

¿**Hacer**? Yo no estaba acostumbrado a pensar en esos términos; yo estaba acostumbrado a hacer análisis críticos cuyo objetivo era comprender un problema lo más plenamente posible, no afectarlo ni manipularlo.⁵⁶

Los críticos generales simplemente no tienen mucho que decir de interés para los hombres de acción. Los creadores de la política necesitan consejo específico sobre problemas técnicos, no teorías generales.

El estilo intelectual incluye no sólo una tendencia a la teoría general, sino los valores, las opiniones y los intereses específicos de un intelectual, así como su visión general de su propio papel. Por lo tanto, hay una relación entre la visión de un intelectual de su papel general en la sociedad y la probabilidad de que tenga acceso directo a “personas importantes”. La mayoría de los que opinaban que un papel importante para los intelectuales era el de ser críticos y ofrecer soluciones disponía de canales regulares a los hombres de poder. Sólo un tercio de los que insistían en la función crítica **sin** ver la necesidad de ofrecer soluciones tenía acceso al poder, y sólo un quinto de los que opinaban que los intelectuales debían interesarse por satisfacer a otros intelectuales disponía de canales especiales.

También en otra forma importante las ideas influían en quien llegaba a participar en el gobierno y el poder nacional. Los intelectuales de nuestra muestra de ideas fuertemente izquierdistas

⁵⁶ Podhoretz, **Making it**, pp. 312-313, las negritas son del original.

o radicales simplemente se hallaban fuera de la gama de diferencias de opinión admisibles. Los relativamente escasos intelectuales izquierdistas radicales de nuestra muestra no tenían probabilidades de acceder a los círculos de poder aun cuando cumplieran con otros criterios; es decir, aun cuando tuvieran ocupaciones técnicamente útiles y se interesaran por los problemas "correctos", tales como la política exterior o la reforma interna. Evidentemente esos intelectuales hubieran querido influir en los acontecimientos, pero no había interés por sus soluciones. Uno sugirió que era imposible llegar a los hombres de poder "a menos que uno los secuestre, ¡ese sería el enfoque directo!".

Luego hay otros que pueden no haber sido permanentemente excluidos, pero adoptaron una "línea" incorrecta en determinado momento. Muchos de ellos eran personas cuya "línea" era correcta en alguna administración previa, pero cuyas ideas ahora habían pasado de moda. Como casi todos los intelectuales votan por los demócratas esto sucede con más frecuencia con las administraciones republicanas, como lo observaron los propios entrevistados. Además estaba Vietnam, problema que trascendía la línea partidaria en cuanto muchos intelectuales que de otro modo podrían haber tenido canales hacia el poder se sentían impotentes en ese terreno. La siguiente es una declaración típica:

En 1965, después que Johnson empezó la escalada —en esa época yo tenía amigos en la administración democrática en Washington—, hablé con uno de ellos. Le dije: "Cristo, ¿no hay nadie que pueda hacer cambiar de opinión a este hombre? ¿No hay nadie que pueda hablarle?" El dijo (el amigo de la administración): "Lo siento, es imposible."

Todo esto sugiere que no sólo lo que piensa un intelectual, sino las cosas **sobre** las que piensa, afectan su relación con los hombres de poder. El interés por problemas "álvidos", tales como Vietnam, llevan al intelectual al campo de visión de los poderosos. De modo que a pesar del hecho de que algunos de los más destacados expertos en Vietnam fueron excluidos de los círculos de poder de Washington, debido a sus opiniones indeseables, casi la mitad de los mencionados dos o más veces por otros intelectuales como importantes con respecto a Vietnam o como participantes en una discusión sobre el tema tenían acceso regular directo a hombres de poder. Menos de un cuarto de los demás disponía de tales canales. Naturalmente la simple visibilidad era importante para obtener un "voto" elevado con respecto a Vietnam, y la visibilidad es a la vez resultado y causa de la participación política.

La probabilidad de que un problema de interés para un

intelectual lo lleve a un contacto regular con hombres de poder aumenta por el potencial político del problema y, lo que es quizás más importante, por su carácter técnico, "de experto" Así el 80 por ciento de los intelectuales que indicaron, aun después de hablar sobre Vietnam, que la política exterior era su tema de interés especial tenían canales directos regulares hacia hombres de poder. Y éstos eran de dos tipos diferentes: expertos en asuntos exteriores a quienes se consultaba regularmente sobre temas referentes a sus especialidades profesionales y que eran académicos o antiguos funcionarios gubernamentales o ambas cosas, y personas que trataban de presionar sobre problemas particulares. La mayoría de estos últimos eran liberales tradicionales que habían respondido a la amenaza de la guerra fría con una campaña activa en favor del desarme. Eran los fundadores de organizaciones como SANE y creían que la forma de influir efectivamente en la política era ser fuerte, estar bien organizado y mantenerse en contacto regular con los círculos interiores del gobierno. Era éste un grupo muy importante cuya eficacia disminuyó de alguna manera por la guerra de Vietnam.

Además había ecólogos y expertos en una variedad de temas como los viajes en el extranjero, la ayuda a las artes, etcétera, que se especializaban en el área de interés para ellos y que también tenían muchas probabilidades (70 por ciento) de tener relaciones regulares con notables del gobierno.

Los reformadores internos eran una mezcla de expertos (por ejemplo, economistas) y generalistas interesados en el sistema social, político y económico en su conjunto. Muy probablemente los primeros utilizaban canales, y los últimos no. Esta división ayuda a explicar la división dentro de los reformadores entre los que utilizaban canales especiales (un tercio regularmente, un cuarto ocasionalmente), y el 40 por ciento que no tenía acceso.

Por otra parte, los intelectuales cuyo tema era la juventud y los valores trataban un problema extremadamente general, un problema que por mucho tiempo ha sido uno de los principales intereses de los intelectuales: el estado de los valores culturales y morales en los Estados Unidos. Los que se interesaban específicamente por la agitación universitaria tendían a expresar su opinión en términos de valores generales también. En todo caso, su interés no tenía una orientación verdaderamente política y sólo el 20 por ciento tenía acceso regular a canales, y esto debido a algún otro interés o a su real prominencia. Los que discutían valores indicaban en general una difundida sensación de malestar, pero muy poco que pudiera verse como destinado a una aplicación política. Los problemas que veían no podían resolverse con la aprobación de una ley o el desembolso de fondos. Para los profesores infelices la preocupa-

ción era esencialmente por las universidades mismas. Era un caso de instituciones académicas ordenando su propia casa.

Finalmente el grupo que tenía menos acceso a canales era el de los activistas raciales. Sólo el 10 por ciento de ellos utilizaba regularmente canales; el 60 por ciento no tenía acceso. Al igual que los entrevistados que hablaban de valores, los intelectuales interesados por la raza eran también generalistas. La falta de canales reflejaba la escasez de nuevas ideas presentadas para ayudar a resolver los crecientes problemas raciales del país, y el doloroso fracaso de quienes en algún momento se habían hallado a la vanguardia de la cruzada racial.

Posiblemente uno de los indicadores más fidedignos de cierto estilo de competencia técnica unido a un interés por la política activa es la ocupación. Más del 40 por ciento de los profesores no de humanidades disponía de canales regulares hacia el poder, pero sólo poco más del diez por ciento de profesores de humanidades tenía ese acceso.

Los profesores de literatura, de inglés, de historia, de arte y otro por el estilo son, por supuesto, los clásicos "intelectuales literarios", generalistas en temas de ideas y ciertamente no técnicos. Los científicos políticos, sociólogos y economistas del campo de las ciencias sociales tenían una potencial pericia técnica que comunicar y algunos tendían a comunicarla no sólo a sus colegas, sino también a los hombres de poder. Además de la inclinación puede haber ayudado al reclutamiento por otros intelectuales. Un economista teórico cuenta una historia típica:

Pasé (años) trabajando en el Consejo de Consejeros Económicos. Lo hice porque las gentes que llegaron con Kennedy al asunto del Consejo Económico en Wáshington... me pidieron que me uniera a ellos. Yo personalmente me había opuesto claramente a buena parte de la línea político-económica de la administración de Eisenhower y finalmente resolví que debía actuar según lo que predicaba... Salí con un interés permanente por hacer el tipo de investigación y de trabajo mucho más directamente vinculado con los sistemas de política económica... que el que solía hacer.

Una de las razones por la que los científicos sociales y otros profesores no de humanidades llegan a participar en canales de alto nivel es que, a diferencia de este economista, ya desempeñaban diversas actividades como consultores, consejeros políticos y políticos. Así dos tercios de estos profesores, además de los canales activos de influencia al máximo nivel del gobierno que pudieran haber tenido, ya participaban por lo menos en una

actividad de creación de política. Sólo el 30 por ciento de los profesores de humanidades participaban en esa forma. El 60 por ciento de los profesores no de humanidades de nuestra muestra participaban en dos o más actividades de consulta, mientras que sólo el 40 por ciento de los profesores de humanidades lo hacía. Más de la mitad de los que desempeñaban por lo menos una actividad de consejo político tenía canales directos regulares en contraste con casi ninguno de los que no aconsejaban políticamente; la mitad de los que desempeñaban dos o más actividades de consulta tienen canales regulares, en contraste con el diez por ciento de los que tienen uno o ningún trabajo de consulta, y el 40 por ciento de los que desempeñan por lo menos una actividad política tiene canales regulares, en contraste con el 10 por ciento de los que no lo hacen.

Así hay un importante grado de superposición entre los consultantes y los expertos en ciencias sociales. Entre ellos forman la mayor proporción de los que utilizan canales regulares, aunque son sólo una minoría de todos los intelectuales.

Una participación basada en la creación de política también lleva a una participación presente. Este tipo de intelectual tiene una historia de trabajo político anterior. Ha sido consultor o consejero del gobierno, ha trabajado en un departamento ministerial u otra agencia ejecutiva, o ha sido miembro del personal de la Casa Blanca. Es posible que haya desempeñado esas actividades como experto del tipo mencionado más arriba, o que haya sido un simple funcionario; un generalista que, sin embargo, como parte de su trabajo, tenía acceso regular a importantes dirigentes políticos y que ha conservado ese acceso aunque ya no sirve al gobierno. También puede haber sido un administrador hábil o un partidario político, cuyos servicios fueron solicitados por una administración presidencial particular. Así más del 60 por ciento de los 21 intelectuales de estas categorías aún disponía de acceso regular a los canales. Una vez metido en los "molinos políticos", la mayoría de esas personas ha conservado la entrada, aunque el grado de esa entrada puede variar de una administración a la siguiente.

Aparte de los profesores hay otros dos grupos ocupacionales que tienen una relación importante con los hombres de poder: los editores de periódicos importantes y los reporteros famosos. Los editores son una mezcla de intelectuales prominentes y no tan prominentes. Su grado de participación en los círculos políticos también parece ser variado, destacándose varios a los que se podría describir como activistas que buscan contactos con hombres en posiciones de poder. En este caso el alto nivel de actividad parece tener menos relación con sus papeles como editores que con sus intereses específicos, generalmente en política exterior y

específicamente en la guerra de Vietnam. Esta preocupación por la política exterior la discutiremos con más detalle posteriormente, pero surgió como respuesta negativa a la guerra fría y se manifestó en serias preocupaciones en el área del desarme, con una actitud generalmente aceptada de que la forma de cambiar las cosas era a través del sistema, y por lo tanto esos editores han tratado de alcanzar ese objetivo tanto en lo individual como en sus organizaciones.

Los reporteros en general, y también algunos de los editores, valoran su "objetividad" y su papel como descubridores de hechos y dadores de información: función esta última que realizan esencialmente para el público. Aquí la objetividad se define como no tomar posición. Por lo tanto, no quieren verse a sí mismo como habiendo influido en sus fuentes. Incluso un corresponsal radical compartía ese sentimiento:

Si uno es reportero y se toma en serio su trabajo no puede hacer ese tipo de cosas [participar en la creación de la política -se refiere a un comité específico a cuyas reuniones se le había invitado]... Uno compromete su independencia. Por eso yo soy muy cuidadoso. En la comunidad radical eso se considera ser un "cerdo", porque significa que uno no es un activista... Yo estoy verdaderamente muy interesado en algunas de estas cosas, pero trato de mantenerme independiente, de modo que no participo.

Todo esto nos lleva de nuevo al estilo intelectual. Como hemos visto, difícilmente puede decirse que sea asunto de simple preferencia personal, sino algo intrínseco a las normas: en realidad, los valores básicos de las diferentes clases de empresas intelectuales. Y la mayoría de las normas parecen estar en contra de la participación activa en la creación de política, por lo menos en el momento.

Aproximaciones indirectas al poder

Aunque relativamente pocos intelectuales de élite tenían acceso directo a hombres de poder, eso no significa que los intelectuales de élite fueran en lo político totalmente inertes. La mayor parte de su actividad era indirecta. Aquí examinaremos sus actividades políticas y en organizaciones en defensa de su posición acerca de Vietnam y del problema que más les interesaba. En la sección final trataremos de valorar las consecuencias de sus modos más característicos de conducta política: escribir y hablar.

La medida en que un intelectual era políticamente activo se determinaba: por si tenía o no una línea directa hacia hombres de poder (si la tenía, era menos probable que participara en manifestaciones y nunca practicaba la desobediencia civil); por su ideología (cuanto más izquierdista, más probable era que hiciera las cosas que los intelectuales del **establishment** no harían); por su tradición étnico-religiosa de activismo político (con frecuencia los judíos eran más activos políticamente); por su ocupación (un científico social puede llegar a participar en forma técnica, por una actividad que lo llevó a participar políticamente), y finalmente porque todos estos factores interactúan, por su situación en una u otra red de personas interesadas que en razón de sus intereses tendían a atraerlo a las actividades políticas. Tal vez lo más importante, cuanto más prominente y visible era un intelectual, más tendía a iniciar actividades políticas o ser arrastrado a ellas. En este sentido cuanto más cerca estaba una persona de ser el intelectual prototípico, más probabilidades tenía de ser políticamente activa. En el cuadro 21 aparece una lista de actividades políticas en que participaron los intelectuales de nuestra muestra, dispuestas según la diferencia que resulta de si el sujeto tiene canales regulares a hombres de poder o no.

CUADRO 21

**PARTICIPACIÓN DE LOS INTELLECTUALES
EN ACTIVIDADES POLÍTICAS,
SEGÚN SU ACCESO A HOMBRES DE PODER
(en porcentajes)**

Actividad	Acceso de los intelectuales a los hombres de poder	
	Regular (N=27)	Ninguna (N=62)
Trabajó por candidato o propuesta política	48	40
Se unió a una organización	63	61
Formó una organización	15	21
Dio dinero	70	76
Firmó peticiones	63	69
Participó en manifestaciones	22	50
Participó en actos de desobediencia civil	0	19

Evidentemente las manifestaciones y la desobediencia civil son los métodos de "influencia" de quienes no tienen otros para relacionarse con hombres de poder. En la mayoría de las actividades las diferencias son aún mayores si se compara a los que no tienen ningún canal con los que tienen canales regulares. Casi el 30 por ciento de los que no tienen ningún canal (35) practicaron la desobediencia civil; casi el 80 por ciento formó organizaciones, etcétera. Por otra parte, también es cierto que los intelectuales con acceso regular a canales no abandonan toda otra actividad política. Para buena parte del trabajo organizativo o bien no hay diferencia entre los que poseen canales y los que no, o bien los que tienen canales resultan ser todavía más activos. Tratar de influir directamente en los políticos es una actividad organizada en los Estados Unidos, incluso para la élite intelectual.

Pero aparte del acceso a los canales —que en sí mismo está relacionado con la ideología política, y los liberales tienen mucho mejor acceso que los radicales—, la ideología provoca una diferencia más. Aparte de la práctica normal en el **establishment** de apoyar candidatos o trabajar por propuestas oficiales, los que considerábamos radicales tenían muchas más probabilidades de dedicarse a actividades políticas que cualquier otro grupo de los intelectuales.⁵⁷ Y por supuesto esta tendencia se muestra especialmente marcada cuando se trata de manifestaciones y desobediencia civil. El 85 por ciento de los 14 radicales manifestaron, en comparación con el 35 por ciento de los 52 liberales. Más del 40 por ciento de los radicales practicaron la desobediencia civil, en contraste con el 6 por ciento de los liberales.

La ocupación, la religión y el prestigio de los intelectuales también afectan en forma importante sus actividades políticas, y estas características están todas interrelacionadas. Para empezar, los profesores de ciencias sociales simplemente se comportaban de distinta manera que los demás intelectuales acerca de la guerra de Vietnam; tenían el doble de probabilidades de unirse a organizaciones y muchas menos de participar en actos de desobediencia civil. Y los profesores en general, en comparación con los no académicos, tenían más probabilidades de dar dinero y firmar peticiones. Más o menos lo mismo puede decirse con respecto al problema de mayor interés para los intelectuales, pero las tendencias son menos fuertes.

Todas estas actividades políticas referentes a Vietnam fueron también más características de los judíos, y había más judíos entre los profesores que entre los no académicos. Es decir, los judíos

⁵⁷ Este juicio se basaba evidentemente en su "línea", no en su actividad para un efecto de goteo.

tenían más probabilidades de unirse a organizaciones, dar dinero, firmar peticiones y participar en manifestaciones. Incluso tenían más probabilidades de apoyar candidatos o proposiciones. Si observamos simultáneamente la religión y la ocupación, resulta que los profesores de ciencias sociales judíos eran especialmente diferentes del resto de los intelectuales. Casi el 85 por ciento de los profesores de ciencias sociales judíos se unieron a organizaciones, en comparación con poco más del 25 por ciento de los profesores de ciencias sociales no judíos. Pero la tasa del 25 por ciento es la misma para los profesores judíos y los no judíos de humanidades. Aparentemente la vida de las organizaciones simplemente no atrae a los humanistas. Los no académicos judíos son más activos que los otros no académicos, pues más de la mitad se une a organizaciones, en comparación con alrededor del 25 por ciento de los no judíos. Pero fundamentalmente son los científicos sociales judíos los especialmente activos. Más o menos lo mismo puede decirse de dar dinero: el cien por ciento de los científicos sociales judíos dio dinero para diversas causas relacionadas con la guerra de Vietnam, pero no hay diferencia entre judíos y no judíos en los miembros de otras ocupaciones. Cualquiera que fuese su religión, los no académicos tenían menos probabilidades de dar dinero.

Parece ser que para las actividades organizacionales más pasivas relacionadas con Vietnam, tales como unirse simplemente a una organización y dar dinero, había una red de científicos sociales principalmente judíos que hasta cierto punto se extendía a otros no académicos judíos, pero no a no judíos. La teoría de la red se hace plausible por el extraño juego de descubrimientos que hacemos sobre problemas específicos distintos de Vietnam, donde para cada problema y para cada juego de combinaciones de ocupación y religión obtenemos resultados distintos. El reclutamiento para organizaciones relacionadas con esos problemas ocurrió durante un periodo de tiempo más largo y en muchas formas diferentes, de modo que cualquier red que pueda haber habido funcionó probablemente para varios propósitos.

Con respecto a cosas más activas, como manifestaciones, peticiones y desobediencia civil, la disposición interior parece ser más importante que una red de influencia. Los judíos, cualquiera fuera su ocupación, tenían más probabilidades de participar en manifestaciones y firmar peticiones. En esta última actividad es cierto que dominan los profesores de ciencias sociales, pero es fundamentalmente porque once de los doce profesores judíos de ciencias sociales firmaron peticiones, en comparación con sólo 5 de los diez profesores de ciencias sociales no judíos.

Luego tenemos el asunto de arriesgarse realmente: la desobediencia civil. Aquí la religión no es especialmente importante: realmen-

te éste es un tema en el que no ha habido normas asociadas con modelos tradicionales, porque no ha habido mucha tradición de desobediencia civil entre los intelectuales norteamericanos. Pero hay un hecho sorprendente que se destaca de todo el resto: ninguno de los profesores de ciencias sociales —judíos o no— practicó la desobediencia civil. Su sentido del orden civil, que puede atribuirse al funcionalismo, o al keynesianismo, o a cualquier otra teoría del orden social, debe ser de alguna manera responsable de este hecho. Y es este respeto por la ley lo que debe explicar la acusación de muchos radicales de que los principales científicos sociales norteamericanos son esencialmente conservadores. La verdad es que en general, en comparación con las personas de otras disciplinas, los científicos sociales se hallan mucho más a la izquierda en sus opiniones. Pero aparentemente la opinión y la actividad organizativa son muy distintas de la violación deliberada de la ley con el fin de afirmar algo.

De todo lo que se ha presentado aquí parece desprenderse que los intelectuales de élite son casi completamente ineficaces: no tomaron una posición moral o ideológica acerca de la guerra y ésta continuó; tenían muy poco que decir sobre los problemas que más les interesaban, y finalmente sólo una minoría tenía canales efectivos hacia hombres de poder. Los datos que discutiremos a continuación redimen ese cuadro hasta cierto punto.

Cuanto más prestigioso era un intelectual, más probabilidades tenía de participar en actividades políticas. Menos de la mitad de los intelectuales mencionados una vez o no mencionados nunca por sus colegas en relación con cualquier tema excepto la guerra de Vietnam habían integrado alguna organización referente a la guerra o al problema que más les interesaba; casi el 60 por ciento de los nombrados entre dos y cinco veces y el 70 por ciento de los mencionados seis o más veces había participado en alguna organización. En forma semejante, el 66 por ciento de los mencionados con escasa frecuencia dio dinero para alguna causa política, pero el 80 por ciento de los referidos más a menudo lo hizo. Alrededor del 30 por ciento de los nombrados raramente participó en una manifestación; el 45 por ciento de los señalados con más frecuencia lo hizo. La firma de peticiones muestra una sorprendente relación con el prestigio, con la mitad de los nombrados raramente y el 80 por ciento de los nombrados con frecuencia firmando peticiones. Aun la desobediencia civil está relacionada con el prestigio, a pesar de la impresión de algunos intelectuales de que los de gran nombre la eluden: el 10 por ciento de los mencionados raramente declaró haber actuado en esa forma, en contraste con el 20 por ciento de los nombrados más a menudo. Con algunas discrepancias menores todas estas conclu-

siones se mantienen cuando se toma en cuenta la ocupación, aun cuando los profesores tienden a tener un prestigio más elevado que los no académicos.

¿Cuánto contribuye a este fenómeno la simple visibilidad? Hay tres posibilidades: los intelectuales de más alto prestigio participaron más, porque la actividad **política** es la esencia de ser un intelectual de élite y cuanto más élite más participación; o los intelectuales de más elevado prestigio participaron más, porque sus nombres eran más conocidos y por lo tanto tenían más probabilidades de que los activistas trataran de reclutarlos; o la actividad política hacía más conocido a un intelectual y por lo tanto con más probabilidades de ser mencionado por otros intelectuales con respecto a algún tema. Esta última explicación parece ser la menos plausible, puesto que con excepción de la desobediencia civil, y quizás la firma de peticiones (si se publican) o de tener el nombre impreso en el membrete de alguna organización, ninguna de estas actividades ofrece especiales posibilidades de llevar a un aumento de la visibilidad. Lo que hace conocido a un intelectual entre otros intelectuales es lo que escribe y, a su vez, lo que escribe está relacionado con todas esas actividades. Con los datos de que disponemos es difícil elegir entre las dos primeras alternativas. Lo que es más importante, sin embargo, ya sea que los intelectuales de mayor prestigio hayan participado en actividades políticas porque se les pidió, o que las hayan iniciado porque estaban dispuestos a hacerlo, el resultado final es que se afirma una norma: los intelectuales de élite **deben** participar en actividades políticas (aparte del consejo político directo). Esta norma de participación es aún más importante desde que el puro prestigio intelectual aparte del problema de Vietnam **no** tiene relación con el disponer de buen acceso a los canales. Ahora es evidente por qué consideramos a la élite intelectual un grupo políticamente activo: cuanto más "intelectual" es una persona a los ojos de otros intelectuales, más participa en actividades políticas.

Hombre de palabras

La principal característica del papel del intelectual no es aconsejar a los hombres de poder ni participar en actividades políticas, sino utilizar palabras. Escribir y hablar estaban entre las principales actividades de los intelectuales en defensa de sus posiciones acerca de la guerra de Vietnam y de los diversos problemas de especial interés para ellos. Esta actividad puede haber tenido una influencia indirecta sobre la política a través de un efecto de goteo y, como hemos visto al hablar de los periódicos,

buen número de editores de los principales periódicos intelectuales creían en ese efecto. Un importante escritor, comunista en la década de los 30's y posteriormente celebrado anticomunista –esto lo decimos para sugerir que su carrera es bastante larga– desarrolló la idea de un clima de opinión.

Creo que los intelectuales tienen muy a menudo una influencia indirecta creando una atmósfera que puede permeare los centros de poder. De vez en cuando, supongo, hay un ejemplo de influencia indirecta... (pero) es muy difícil descubrir esa influencia –en el mejor de los casos sólo tienen influencia indirecta que uno apenas puede adivinar y nunca realmente estar seguro.

Un editor con larga experiencia de intentos de influir en personas clave de Washington, y al cual clasificamos como disponiendo de acceso regular a los canales, desarrolló a pesar de ese acceso una teoría más general de la influencia, señalando nuevamente cuán difícil es explicar los cambios.

Creo que en este país tenemos una visión demasiado estrecha de la política. La mayor parte de la gente tiende a pensar en la política como algo que sucede cada cuatro años cuando uno vota por Brown o por Jones. Para mí la política es un concepto mucho más amplio que eso. Implica conversación, la expresión de actitudes, actividades, toda clase de cosas. Ahora para mí lo interesante es que después que un problema ha tenido cierta cantidad de tiempo, la gente toma conciencia de él y empieza a saturar su yo. Entonces sucede un cambio en la estructura de las actitudes. Mientras en el pasado se veía apoyo por una política, de pronto éste ha desaparecido. ¿Cómo sucedió ese cambio? Bueno, yo creo que es muy difícil señalar una cosa determinada.

¿Qué tan exactas son estas percepciones de que de alguna manera en alguna parte los intelectuales, a través de un efecto de goteo, tienen alguna influencia sobre el curso de los acontecimientos en este país? Tampoco nosotros podemos señalar el efecto de ningún esfuerzo individual, por lo menos no en el marco de este estudio. Pero podemos demostrar que una proporción considerable de las personas más importantes de los medios de comunicación masivos sí leen por lo menos algunos de los principales periódicos intelectuales y que un número significativo de dirigentes de otros sectores de la élite, por ejemplo el Congreso, también

los leen. (La sensación de algunos de nuestros intelectuales de que alcanzaban al Congreso parece ser correcta.) Si tienen algún efecto o no es otro problema, pero se lee, como lo muestra el cuadro 22.

CUADRO 22

EL EFECTO DE GOTEO: PERIÓDICOS LEÍDOS
POR LAS ELITES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN
MASIVOS Y OTROS CAMPOS
(en porcentajes)

Periódico o revista	Los dirigentes de los medios de Comunicación masivos leen ¹	El otro sector cuyos dirigentes leen ¹ con más frecuencia	
Newsweek	98	Congreso	91
New York Times Magazine	93	Administradores políticamente nombrados	75
Time	88	Congreso	91
New Yorker	86	Propietarios	77
Harper	85	Congreso	50
Fortune	75	Empresas industriales	100
New Republic	75	Sindicatos	40
Atlantic	75	Congreso	39
		Administradores políticamente nombrados	39
Saturday Review	64	Congreso	55
Foreign Affairs	64	Congreso	45
		Administradores políticamente nombrados	45
New York Review of Books	61	Administradores políticamente nombrados	25
Esquire	59	Sindicatos	36
Commentary	54	Congreso	25
National Review	47	Congreso	41
Commonwealth	39	Congreso	16
Nation	37	Sindicatos	48
Daedalus	37	Administradores políticamente nombrados	23
Reader's Digest	33	Propietarios	62
Public Interest	29	Administradores políticamente nombrados	10

¹ Por lo menos "ocasionalmente".

Naturalmente que el orden del tamaño del público es algo diferente en esta lista del orden dado en los periódicos. La **New York Review of Books** se halla bastante abajo, por ejemplo, aunque aun aquí el 60 por ciento de los omnívoros dirigentes de los medios de comunicación masivos probablemente la leen por lo menos ocasionalmente. El 25 por ciento de los más altos administradores del gobierno federal políticamente nombrados y del personal de la Casa Blanca los leen, porque esos funcionarios parecen tener los gustos más "intelectuales" de todos los dirigentes norteamericanos. En todo caso puede parecer que son "muchos" lectores, considerando lo que se podría esperar. También vale la pena observar cuáles son los periódicos leídos en forma casi igual por los dirigentes de los medios de comunicación y por lo menos otro sector de la élite, porque éstos son los periódicos que tienen efectos más directos, si es que existe alguno.⁵⁸ La **New York Times Magazine**, que casi todos los dirigentes de los medios de comunicación masivos leen, también parece ser especialmente eficaz para llegar a los funcionarios más altos del gobierno, aunque tiene menos éxito en el Congreso. El **New Yorker** se halla en una clase propia, pues lo lee casi toda la élite de los medios de comunicación masivos y casi todas esas pocas personas de abrumadora riqueza con que pudimos comunicarnos. **New Republic**, ampliamente leído por los dirigentes de los medios de comunicación, también tiene un relativo éxito en los sindicatos, al igual que la **Nation**, que sin embargo no es muy leída por la élite de los medios de comunicación masivos. El periódico intelectual favorito del Congreso es **Saturday Review**, que tiene casi tanto éxito allí, como entre los dirigentes de los medios de comunicación masivos. La **National Review** fracasa relativamente con los hombres de los medios de comunicación masivos, pero tiene bastante éxito en el Congreso.

La impresión general entonces es que cuanto más "intelectuales" los periódicos menos los leen los hombres de poder—incluso los de los medios de comunicación masivos—, pero que los periódicos "semintelectuales" o periódicos de calidad dirigidos a un mercado de alrededor de 300 mil personas o más definitivamente se hallan en la lista de lecturas de una importante proporción de hombres de poder, y en especial forman el telón de fondo de los sentimientos y

Carol H. Weiss, "Readership of the Leadership", en **Public Opinion Quarterly**, primavera de 1974, cuadro 3, muestra el porcentaje que declara lectura frecuente para todos los sectores de los dirigentes. Los porcentajes disminuyen en forma vertiginosa. Por ejemplo, el 25 por ciento de los dirigentes de los medios de comunicación masivos afirman leer "regularmente" la **New York Review of Books**, en contraste con el 60 por ciento que la lee por lo menos ocasionalmente. Sin embargo una lectura ocasional es probablemente suficiente para un efecto de goteo.

las opiniones de los dirigentes de los medios de comunicación masivos.

Escribir y hablar sobre la guerra o cualquier otro problema particular no era necesariamente una **alternativa** de la influencia directa, como pretenden algunos teóricos sobre el papel de los intelectuales. Los intelectuales con canales, regulares o irregulares, hacia hombres de poder tenían **más** probabilidades de hablar acerca de los problemas o de la guerra —entre el 75 y el 80 por ciento de ellos lo hizo— que los demás. Parte de esto puede atribuirse a la necesidad de la administración de justificarse a sí misma ante el público intelectual, especialmente en las universidades, y parte también a la mayor visibilidad de los consejeros públicos. Porque casi todos los intelectuales de élite hablaron porque otros se lo **pidieron**; casi nunca se ofrecieron voluntariamente. Casi lo mismo puede decirse de escribir: a la mayoría se le solicitó que contribuyera con un trabajo, pero en este caso es escasa la diferencia entre los intelectuales con canales hacia hombres de poder y los que carecen de tales medios de influencia.

Lo más importante que puede correlacionarse con escribir y hablar es, por supuesto, el prestigio intelectual: los que tienen mayor prestigio tienen muchas más probabilidades de hablar o de escribir. Como hemos dicho, esto es cierto en dos sentidos. Cuanto mayor es el prestigio más probabilidades tienen los intelectuales de que se les pida que contribuyan con un artículo o hablen en una reunión. Al mismo tiempo, cuanto más a menudo escribe o habla un intelectual más probable es que nuestros entrevistados recordaran su nombre y, por lo tanto, lo mencionaran en el curso de nuestras muchas preguntas sobre la influencia y los intelectuales.

En vista de esos hechos sobre el prestigio, deberíamos señalar que los no académicos se mostraron especialmente activos en hablar sobre la guerra de Vietnam: el 70 por ciento lo hizo. Sobre problemas distintos de Vietnam fueron los profesores de elevado prestigio quienes con mayor frecuencia hablaban como “expertos”, aunque los no académicos también se mostraron muy activos, cualquiera que fuese su prestigio. En cuanto a escribir, los profesores de ciencias sociales fueron relativamente inactivos, lo que también parece apoyar la idea de que algunos “se escondieron” cuando las cosas se pusieron difíciles. Por otra parte, casi todos ellos escribieron sobre el problema de su interés.

Ya hemos dicho que con respecto al problema de Vietnam los de opiniones más radicales tenían más probabilidades de escribir, pero el punto puede repetirse frecuentemente, porque ese hecho ha llevado a una visión distorsionada de la comunidad intelectual en su conjunto. Quizá debido a la necesidad de la comunidad intelectual de hallar adversarios dignos para el debate, parece ser

que los de opiniones moderadas o conservadoras acerca de la guerra tenían más probabilidad que otros de haberlo dicho si habían hablado sobre la guerra.

Conclusión

Cuando empecé a pensar en este estudio de los intelectuales norteamericanos de élite en 1967, suponía que los intelectuales tenían mucho que ver con el reconocimiento social y la definición de los problemas sociales. Los problemas sociales, escribía al proponer este estudio, son problemas morales, y tanto la definición de la moralidad como la activación de la indignación moral son procesos sociales. Aunque no puede decirse que la pobreza haya sido creada por decreto, la atención social hacia ese problema y aun su definición tienen una historia que puede seguirse de Malthus (1803) hasta Harrington (1962). Los derechos civiles y el problema de los negros no son invención de los dirigentes liberales negros y blancos, pero es poco probable que esos problemas compartieran con la pobreza el centro de tanta atención sin algunos esfuerzos sociales activos. Cada uno de estos problemas en efecto, tiene una historia de desarrollo perfectamente visible en la que los intelectuales han desempeñado los principales papeles. Recientemente la guerra fría y sus derivados "candentes", como la guerra de Vietnam, han llegado a ser centrales en el pensamiento de muchos norteamericanos —o así lo creía yo.

Los intelectuales tienen papeles importantes en el proceso de definición de los problemas sociales, decía, especialmente al dar contenido y forma a los conceptos de valor que significan un problema social, porque la *intelligentzia* está adquiriendo una importancia creciente como dirigente de la opinión sobre problemas morales. Ahora ya no estoy tan seguro. Los hechos son turbios y mezclados. Los datos sugieren que los intelectuales norteamericanos de élite pueden haber tenido en realidad un efecto relativamente pequeño sobre los acontecimientos de la década de los 60's, aunque es posible que hayan afectado el clima de opinión. Es indiscutible que estuvieron en la vanguardia con respecto al principal problema de la década: la guerra en Asia Sudoriental. Pero Richard Nixon declaró terminada la guerra en 1973, como ocho años después de que la mayoría de los intelectuales norteamericanos de élite se opusieron a ella. Y aunque los términos del fin de la guerra fueron negociados por uno de los principales intelectuales norteamericanos, fueron tales que la mayoría de los incluidos en nuestra muestra difícilmente los habría aprobado, y con toda seguridad hubiera dudado de que pudieran funcionar. Lo que es más importante, los datos muestran que la mayoría de los

intelectuales norteamericanos de élite no fueron dirigentes morales con respecto a la guerra; más bien señalaron sus dificultades prácticas. Por otra parte, es indudable que en esa estimación fueron seguidos algunos años después por el resto del pueblo norteamericano. Si los intelectuales contribuyeron a ese viraje o simplemente eran más sensibles a los valores norteamericanos básicos, es difícil de determinar.

La guerra contra la pobreza, que yo creía que aún tenía alguna oportunidad en 1967, en parte fue víctima de la guerra de Vietnam; para 1972 había sido declarada oficialmente muerta por el presidente Nixon. Los intelectuales de nuestra muestra que se interesaban por algún tipo de reforma social en su mayor parte desesperaban de tener éxito y no sabían qué proponer. Sin embargo en un tiempo muchos intelectuales habían estado a la vanguardia de los problemas sociales. Otro problema crucial según todo el mundo, desde el público hasta los máximos dirigentes norteamericanos, era el de los derechos civiles y las relaciones raciales; por lo menos se le consideró crucial durante la primera parte de la década, hasta que la guerra combinada con las crisis económicas lo desplazó. Los intelectuales de élite, aunque fueron de los primeros defensores de los derechos civiles en la década de los 30's hasta que el maccarthismo y la guerra fría plantearon otros problemas como más importantes, reaparecieron a fines de los años cincuenta cuando recomenzó el gran impulso no como la vanguardia, sino siguiendo a la dirección de negros y estudiantes universitarios. Cuando los negros rechazaron el apoyo de los blancos, cuando las revueltas urbanas terminaron su curso porque ya no despertaban esperanzas en la comunidad negra y cuando la huelga de los maestros de escuela de la ciudad de Nueva York enturbió para siempre las diferencias entre progresistas y reaccionarios, la élite intelectual norteamericana había quedado muy atrás, fuera del cuadro, con muy poco que decir. Sin embargo en su estimación de la importancia de los problemas raciales, los intelectuales siguen estando lejos al frente de todo el resto de la élite y del público también.

Con respecto a un problema de fines de los años sesenta, problema que aún dura, los intelectuales de élite fueron manifiestamente dirigentes, pero era un problema que aparentemente tenía pocas implicaciones políticas directas. La llamada "crisis cultural" representaba la reacción por parte de los dirigentes intelectuales a nuevos valores en el reino de los valores y del estilo de vida hechos por intelectuales de la contracultura, "neoperiodistas", y estudiantes universitarios. Esta crisis, subrayada por los medios de comunicación masiva, se asociaba con la guerra de Vietnam y el fracaso de la sociedad norteamericana en cuanto a vivir a la altura

de su potencial. Los principales intelectuales norteamericanos rechazaron terminantemente al "movimiento" como una cultura de **lotófagos**. La nación también la rechazó en las elecciones de 1972. Después de los descubrimientos de Watergate, sin embargo, la preocupación por la naturaleza y la estructura de los valores norteamericanos parece aún mayor y ciertamente aún más necesaria. El aura de "paranoia" que parecía rodear a la administración de Nixon hace de los sentimientos "paranoicos" del "movimiento" una respuesta racional a una situación difícil. Desde este punto de vista, y con el beneficio de la visión retrospectiva, los "chicos" tenían razón y la élite intelectual, en su mayor parte, estaba equivocada. De modo que en la única área en la que evidentemente eran dirigentes y claramente los más "expertos", la mayoría de los intelectuales no logró extraer las conclusiones que retrospectivamente parecen haber sido las correctas. Pero el hecho de haberse equivocado no impide a los consejeros políticos hacer política. Lo que sí logró la línea intelectual con respecto a la crisis de la cultura, al mismo tiempo que su línea con respecto a Vietnam, fue disminuir su eficacia política al alienarle su público natural y muy grande: la juventud universitaria.

El contenido y el estilo de sus ideas no fue, sin embargo, el principal factor que impidió a los intelectuales norteamericanos de élite tener un efecto importante sobre la política norteamericana en la década de los sesentas. Más bien los intelectuales de élite no fueron agentes efectivos, fundamentalmente debido al estilo con que se aproximaban a otros dirigentes nacionales y a la forma como veían su propio papel en la sociedad. Es decir, los intelectuales norteamericanos de élite no afectaron a la política fundamentalmente porque no quisieron aproximarse directamente, o por lo menos porque la creación de política y el consejo tenían para ellos una prioridad inferior a la de otros asuntos.

A pesar de su interés en los valores, la cultura, la política y la moral, la mayoría de los intelectuales norteamericanos de élite del tipo de los que hemos estado examinando no ven su principal papel en la sociedad como un papel de participación en la toma de decisiones políticas, ni siquiera de consejeros habituales de los hombres de poder. A pesar de esta actitud, la mayoría de los intelectuales norteamericanos sí tienen **interés** por la política social y son bastante activos hablando y escribiendo sobre ella. Es sólo cuando quieren influir **directamente** en los creadores de la política que la mayoría lo hace en forma inepta, o por lo menos ineficaz. Como estudiosos, pensadores y dirigentes en sus respectivas esferas, están acostumbrados a que se los tome en serio. Además, como élite y celebridades por derecho propio, están acostumbrados a recibir el homenaje de los demás. Un profesor importante es

bastante semejante en su propio mundo a una celebridad del espectáculo, y generalmente vive rodeado por un grupo de admiradores. También muchos intelectuales **free-lance** atraen un séquito semejante. Los editores y periodistas clave son realmente personas muy poderosas en su propio mundo, con capacidad para crear o destruir a otros. En consecuencia, cuando los intelectuales ofrecen una idea a los hombres de poder en general prefieren:

1. Tratar con las personas que se hallan en la cumbre antes que con asistentes, ayudantes legislativos y otros por el estilo, cuyo trabajo es efectivamente absorber el tipo de información y de ideas que los intelectuales pueden ofrecer, y
2. Decir lo que tienen que decir y retirarse.

Es decir, tienden más a hacer pronunciamientos únicos, y luego se muestran resentidos si no se sigue cuidadosamente su valiosa palabra o se les resta importancia de cualquier otra manera.

Naturalmente que este cuadro de pronunciamiento y retirada no se aplica a las personas que han preferido trabajar dentro del gobierno o muy cerca de él, ni para los que han establecido grupos como el **Institute for Policy Studies**. Como ya hemos señalado, son una minoría dentro de la comunidad de la élite intelectual, aunque es probable que su número aumente. Ahora casi un cuarto de los intelectuales de élite son científicos sociales, muchos de ellos con habilidades técnicas que el gobierno valora. Algunos de ellos son reclutados para ese tipo de cargos de consejeros con los que los hombres de poder se sienten más cómodos; es decir, son la clase de persona que se encuentra más a menudo en las listas que proporcionan los hombres de poder. Pero esos intelectuales también son generalistas y tienen buenas relaciones, especialmente a través del círculo literario de las ciencias sociales, con otros intelectuales de élite. Por lo tanto sirven de puente entre los círculos de intelectuales de élite y hombres de poder. El papel de intermediario es sumamente importante y es probable que su importancia aumente. Bien puede ser el principal modo como los intelectuales pueden comunicarse con los hombres de poder político. El papel ha sido formalizado por las varias administraciones últimas, naturalmente, pero esta formalización tiende a centralizar excesivamente la relación. Como es probable que el intermediario oficial tenga un punto de vista conocido y fuerte, los intelectuales con otros puntos de vista o que forman parte de otros círculos tienden a ser excluidos por completo. Esto parece ser algo menos probable cuando algunos intelectuales clave desempeñan un papel técnico conservando al mismo tiempo su interés general y sus contactos más amplios.

Los intelectuales de élite mostraron menos renuencia a participar en alguna forma de activismo político que al consejo político

directo. Las actividades en las que la mayoría participó definitivamente no eran de tipo radical. Pero aquí los esfuerzos de los intelectuales parecían sufrir del mismo tipo de deficiencia que sus intentos de aconsejar a los poderosos. Tenían escasas probabilidades de integrarse permanentemente en una estructura en funcionamiento que tuviera estrechos vínculos con el proceso político norteamericano. Muchas de las organizaciones eran de naturaleza provisoria (las más efectivas eran pequeños grupos de élite cuyo objetivo era informar a legisladores clave y otras personas sobre los problemas de la paz, la guerra y el desarme. Uno de estos grupos duró más de veinte años, pero fue una excepción). La desorganización general de la izquierda democrática —el grupo donde mejor se encontraría la mayor parte de nuestros intelectuales— contribuyó por supuesto a su falta de eficacia organizativa. El efecto de goteo a partir de los trabajos escritos de los intelectuales de élite en los periódicos de élite sigue probablemente siendo el principal modo de comunicación, y en consecuencia de influencia; que los intelectuales ejercen. El proceso es de lo más inseguro, pues como hemos visto funciona principalmente a través de los medios de comunicación masiva y en parte a través de los legisladores clave y los administradores federales. En qué medida los intelectuales crean un clima de opinión y en qué medida simplemente lo reflejan sigue siendo un factor ignorado. La extraordinaria convergencia entre la élite, los intelectuales y el público en su opinión de qué problemas son importantes bien puede surgir del hecho de que todos ellos están expuestos a los medios de comunicación masiva. Por otra parte, hemos mostrado claramente que los dirigentes de los medios de comunicación masiva son lectores omnívoros de medios intelectuales, y que mientras las máximas estrellas intelectuales sólo pueden expresar sus pronunciamientos en esos medios después que especialistas y técnicos han hecho lo propio, muchos de estos mismos especialistas publican también en periódicos intelectuales. Aun las estrellas intelectuales, que pueden ir un poco detrás de los “expertos”, están evidentemente muy adelante de la mayor parte de los medios de comunicación masiva y ciertamente del público. Quién guía a quién, y si, como lo sospechan algunos expertos, los verdaderos innovadores sociales son en realidad funcionarios de alto nivel y los empleados de algunos legisladores, es un problema que por último sólo puede resolverse con un estudio acucioso del desarrollo de problemas seleccionados. Pero existe definitivamente una posibilidad de que los intelectuales sí tengan un efecto indirecto sobre la política mediante la definición de problemas y la creación de un clima de discusión. Naturalmente todo esto presupone que el pueblo norteamericano, a través de sus dirigentes, realmente querría escuchar a sus intelectuales si sólo estos

últimos pudieran aprender a comunicarse con ellos o a asumir algún tipo de papel que los hiciera más soportables para los hombres de poder. Por una parte, es verdad que una proporción creciente de los egresados de la enseñanza secundaria están ahora ingresando a la universidad (alrededor del 70 por ciento en 1972) y por lo tanto están entrando en contacto con la obra de algunos de los intelectuales que hemos entrevistado. El público potencial de los periódicos de calidad y de los libros de pensamiento está aumentando tanto absoluta como proporcionalmente. El público potencial de los intelectuales norteamericanos tiene que estar aumentando. Por otra parte, sin necesidad de invocar el espectro del “antintelectualismo” norteamericano, aún es posible afirmar que el creciente refinamiento cultural del norteamericano medio se da principalmente en el sentido de un aumento de atención a la relación entre medios y fines —a la tecnología— antes que en el sentido de un replanteamiento de los fines mismos en alguna forma abstracta. Y esta impaciencia por todo lo que no sean rápidas soluciones técnicas parece aún más característica de los máximos dirigentes norteamericanos; y no sólo los dirigentes de la presente administración. Cualquier cosa que hagan los intelectuales —aun los de orientación más técnica de los intelectuales generales— puede simplemente carecer de atractivo y de interés para el resto de los dirigentes norteamericanos. Los intelectuales generalistas de los que hemos estado hablando probablemente tendrían que transformarse en técnicos burocráticos para que se les escuchara —y entonces simplemente serían remplazados por otro grupo de pensadores generalistas a los que tampoco se escucharía. Por lo tanto el papel crucial de los intelectuales en cuanto a afectar a la política sigue siendo indirecto.

Debemos regresar a la noción de círculos y redes de intelectuales. Mientras que siempre es elegante hablar, por un lado, del genio solitario y, por otra parte, de la integración de los intelectuales en la sociedad —y por cierto que en nuestros datos hemos visto ambas cosas— casi todas las ideas serias presentadas por los intelectuales con los que hemos hablado o bien resultaron de la interacción con otros intelectuales o fueron probadas por primera vez con el público supercrítico de otros intelectuales de élite. Sin el estímulo de otros intelectuales y sin el proceso de filtrado engendrado por la discusión con otros intelectuales la vida misma de las ideas está en peligro.

Esto significa que las ideas importantes sobre los valores, la moralidad de la cultura, la política y la estética —el tipo de cosas de que nos hemos estado ocupando— se desarrollan generalmente en un ambiente que necesariamente está algo aislado del resto de los Estados Unidos y del mundo de acción de los hombres de poder, y que necesariamente se compone de intelectuales que hablan

fundamentalmente entre sí. Dada la estructura de las grandes sociedades modernas, difícilmente podía ser de otra manera. Por difusa que sea la red de los intelectuales y por lejana que se encuentre del salón del siglo XIX, la red se vuelve sobre sí misma y tiende a incluir solamente a personas que por lo menos tienen inclinaciones, ideas políticas y valores similares. La mayor parte de los intelectuales de élite deben, por lo tanto, seguir siendo como profetas en el desierto, proclamando sus principios sin ninguna certeza de que los esté escuchando nadie más que algún colega intelectual.